

Un hombre para Amanda

Sloan O'Riley era el arquitecto encargado de convertir la mansión Las Torres en un hotel, y Amanda Calhoun pensaba que era una persona insufrible. Sin embargo, mientras a ayudaba a buscar las esmeraldas que su bisabuela había escondido, descubrió que era más amable y atractivo de lo que en un principio pensaba...

Prólogo

Bar Harbor. 8 de junio de 1913

Por la tarde, caminé hasta los acantilados. El día, nuestro primer día de regreso en Las Torres, estaba cálido y despejado. El rumor del mar no había cambiado desde que dejé de oírlo diez largos meses atrás. Había un barquito de pesca surcando el mar verdiazul. Todo seguía igual y, sin embargo, se había producido un cambio vital.

Él no estaba.

Era un error por mi parte esperar encontrarlo allí donde lo había dejado hacía ya tantos meses. Encontrarlo pintando al aire libre, como era su costumbre. Era un error por mi parte esperar verlo y que se volviera de pronto hacia mí, mirándome con aquellos ojos grises de mirada intensa. Sonriéndome, pronunciando mi nombre...

El corazón bailaba en mi pecho mientras salía a toda prisa de la casa para correr por el césped, atravesar los jardines y bajar la cuesta.

Allí estaban los acantilados, altos y orgullosos. A mis pies, al fondo, el mar batía las rocas. Detrás, las torres de mi residencia de verano, la casa de mi marido, se alzaban arrogantes y hermosas. Qué extraño amar aquella casa cuando tantas desgracias había encerrado dentro. Me recordé a mí misma quién era: Bianca Calhoun, esposa de Fergus Calhoun, madre de Colleen, de Ethan y de Sean. Soy una mujer respetada, una abnegada esposa, una devota madre. Mi matrimonio no es feliz, pero eso no puede cambiar los sagrados votos que contraí. No hay lugar en mi vida para románticas fantasías o sueños pecaminosos.

Aun así, me quedé allí y esperé. Pero él no vino. Christian, el amante que tomé solo en mi corazón, no vino. Tal vez ni siquiera estaba ya en la isla. Quizá había empaquetado sus lienzos y pinceles y se había marchado a pintar otro mar, otro cielo.

Eso sería lo mejor. Sé que sería lo mejor. Desde que lo conocí el verano pasado, no he dejado ni un solo día de pensar en él. Pero tengo un marido al que respeto, tres hijos a los que quiero más que a mi vida. Es a ellos a quienes debo ser fiel, y no al recuerdo de algo que nunca fue. Ni nunca podrá ser.

Contemplo la puesta de sol desde la ventana de mi torre. Dentro de poco tendré que bajar y ayudar a Nanny a acostar a los niños. El pequeño Sean ha crecido mucho y ya está empezando a gatear. Pronto gateará tan rápido como Ethan. Colleen, la joven damita de cuatro años, quiere ya un nuevo vestido.

Es en ellos en quienes debo pensar, en mis hijos, mis preciosos tesoros, y no en Christian.

Esta será una noche tranquila, una de las pocas de las que podré disfrutar durante nuestro veraneo en la isla de Mount Desert. Fergus ya ha hablado de dar una fiesta la semana que viene. Debo...

Está allí. Abajo de los acantilados. Con esta luz y a la distancia que se encuentra, apenas es más que una sombra. Pero sé que es él. De pie, con la mano apoyada contra el cristal de la ventana, sabía que me estaba mirando. Por muy imposible que parezca, estoy segura de que lo oí pronunciar mi nombre. Suavemente.

Bianca.

Fue como chocar contra una sólida pared de carne y músculo. Del impacto, se le cortó la respiración y cayeron al suelo los paquetes que llevaba en las manos. En sus prisas, ni siquiera se molestó en mirarlo.

Mordiéndose la lengua, Amanda se dijo que si aquel tipo hubiera mirado por dónde iba, ella no habría chocado contra él. Arrodillada en la acera, en la puerta de la boutique donde había estado comprando, se dedicó a recuperar sus numerosos y dispersos paquetes.

-Déjeme echarle una mano, preciosa.

Aquel acento del oeste la irritó sobremanera. Tenía un millón de cosas que hacer, y pelearse en la acera con un turista no figuraba en su agenda.

-Ya me las arreglo yo -musito, bajando la cabeza de modo que su rostro quedó oculto por la cortina de su melena. «Hoy todo me está sacando de quicio», pensó mientras recogía cajas y bolsas. Y aquella pequeña irritación era la última de una larga serie.

-Es demasiado para que lo lleve una sola persona.

-Puedo yo, gracias -recogió una caja en el preciso momento en que aquel insistente tipo hacía lo mismo. Y, como la tapa estaba abierta, aquel tira y afloja tuvo el resultado de verter el contenido de la caja al suelo.

-Hey, qué preciosidad -comentó el desconocido con un tono de voz tan divertido como aprobador, cuando tocó lo que parecía ser un camisón rojo, de fina seda.

Amanda se lo quitó de las manos y lo guardó en una de las bolsas.

-¿Le importa?

-No, claro que no...

Amanda se echó la melena hacia atrás y lo miró por primera vez. Hasta ese momento lo único que había visto de él eran un par de botas vaqueras y el dobladillo de

unos tejanos. Pero ya estaba viendo mucho más. Incluso arrodillado frente a ella parecía enorme. Todo en él era grande: los hombros, las manos... Le estaba sonriendo con una sonrisa que, en otras circunstancias, habría sido cautivadora. Tenía un rostro atractivo, atezado, de rasgos duros, ojos verdes. Y su cabello rizado, de color rubio rojizo, que le llegaba hasta el cuello de la camisa de franela, habría resultado sencillamente irresistible... si en ese momento no hubiera estado interponiéndose en su camino.

-Tengo prisa.

-Ya lo he notado -extendió una mano para recogerle delicadamente un mechón de pelo detrás de la oreja-. Parecía que iba a apagar un fuego cuando chocó contra mí.

-Si no se hubiera puesto delante... -empezó a decir Amanda, pero de repente se interrumpió, sacudiendo la cabeza. Ni siquiera tenía tiempo de discutir-. No importa -terminando de recoger los paquetes, se levantó-. Disculpe.

-Espere.

Se irguió mientras ella lo miraba impaciente, con el ceño fruncido.

Con su uno ochenta de estatura, estaba acostumbrada a no tener que alzar la cabeza para mirar a ningún hombre. Pero con aquel se veía obligada a hacerlo.

-¿Qué?

-Puedo llevarla en mi coche a apagar ese fuego, si lo necesita.

-No será necesario -le lanzó una helada mirada.

Con un dedo, el desconocido le colocó bien una caja, evitando que se le volviera a caer al suelo.

-Me parece que podría necesitar alguna ayuda.

-Soy perfectamente capaz de llegar a donde quiero ir, gracias.

-Entonces quizá usted me pueda ayudar a mí -le gustaba el flequillo que le caía sobre la frente, y el gesto impaciente con que continuamente se lo apartaba de los ojos-. Acabo de llegar al pueblo esta misma mañana. Pensé que tal vez podría hacerme alguna sugerencia sobre... lo que podría hacer conmigo mismo.

En aquel instante, Amanda habría podido ofrecerle numerosas ideas al respecto.

-Mire, amigo, yo no sé cuáles son las costumbres que se estilan en Tuckson...

-Oklahoma City -la corrigió él.

-En Oklahoma. Pero, aquí, la policía ve con malos ojos a los hombres que molestan a las mujeres en la calle.

-¿Ah, sí?

-Puede estar seguro.

-Pues entonces tendré que andarme con cuidado, ya que tengo intención de quedarme por aquí algún tiempo.

-Como quiera. Yo me voy. Ahora, discúlpeme...

-Solo una cosa más -le tendió unas medias negras, con unas rosas bordadas-. Creo que se olvida esto.

Amanda agarró las medias y se marchó mientras se las guardaba en un bolsillo.

-Me alegro de conocerla -gritó el desconocido a su espalda, echándose a reír al ver que aceleraba aun más el paso.

Veinte minutos después, Amanda sacaba sus compras del asiento trasero de su coche. Nuevamente cargada de bolsas y paquetes, cerró la puerta con un pie. Casi se había olvidado del molesto encuentro que había sufrido. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. A su espalda la mansión se recortaba contra el cielo, pétrea, con sus artísticas torres y pináculos. Al igual que el resto de su familia, no había nada en el mundo que Amanda quisiera más que Las Torres.

Subió los escalones, sorteando una tabla rota, y consiguió liberar una mano para abrir la puerta principal.

-¡Tía Coco! -en el instante en que entró en el vestíbulo, un enorme cachorro de perro, de color negro, bajó las escaleras a la carrera. Cuando poco le faltaba por llegar, rodó como una bola peluda y aterrizó despatarrado en el reluciente suelo de

madera de castaño-. ¡Hola, Fred!

Saltando de contento, Fred se puso a correr en torno a Amanda, que seguía llamando a su tía.

-Ya voy, ya voy... -alta y distinguida, Cordelia Calhoun McPike llegó corriendo. Bajo el delantal blanco, llevaba una blusa y unos pantalones amarillos de lino-. Estaba en la cocina. Esta noche voy a probar una nueva receta de canelones a la italiana.

-¿Está C.C. en casa?

-Oh, no, querida -Coco se atusó el cabello, que se había teñido de rubio claro el día anterior. Como siempre tenía por costumbre, se miró en el espejo del vestíbulo para cerciorarse de que el tono le sentaba bien... por el momento-. Está abajo, en su taller. La verdad es que no tengo ni idea de lo que está haciendo.

-Estupendo. Sube arriba conmigo. Quiero enseñarte lo que he comprado.

-Parece que has vaciado todas las tiendas de la ciudad. Déjame ayudarte -Coco agarró dos bolsas antes de que Amanda empezara a subir las escaleras.

-Me lo he pasado genial.

-Pero tú detestas ir de compras.

-Esto ha sido distinto. Lo malo es que me entretuve mucho, y temía no poder llegar a tiempo y esconderlo todo antes de que volviera C.C. -corrió a su habitación para dejar sus compras sobre la gran cama de dosel-. Luego aquel estúpido se puso en medio y se me cayeron todos los paquetes al suelo -se quitó la chaqueta, la dobló y la colocó cuidadosamente en el respaldo de una silla-. Y, para colmo de males, el tipo tuvo el descaro de intentar ligar conmigo.

-¿De verdad? -siempre interesada en romances y aventuras, Coco le preguntó:- ¿Era atractivo?

-Si te gustan los vaqueros de aspecto duro, sí. Mira, encontré todos estos fantásticos adornos para la fiesta que estamos preparando para antes de la boda -mientras Fred intentaba en vano subirse a la cama, Amanda empezó a sacar de las bolsas campanillas plateadas, guirnaldas blancas, globos... -. Me encanta esta sombrilla tan recargada. Quizá no sea el estilo de C.C. pero pensé que podríamos colgarla por ahí... Tía Coco -con un suspiro, se sentó en la cama-. Por favor, no te pongas a llorar otra vez.

-No puedo evitarlo -sacó un pañuelo bordado de un bolsillo de su delantal y se enjugó las lágrimas-. Es una niña, al fin y al cabo. La más joven de mis cuatro pequeñas.

-No hay una sola mujer Calhoun que merezca el calificativo de «pequeña» -señaló Amanda.

-Vosotras seguís siendo mis niñas. Siempre lo habéis sido desde que murieron vuestros padres. Cada vez que pienso en que ella se va a casar, y ya solo quedan unos días, se me saltan las lágrimas. Adoro a Trenton, ya lo sabes -pensando en su futuro sobrino, se sonó suavemente la nariz-. Es un hombre maravilloso, y yo sabía desde el principio que hacían muy buena pareja, pero todo ha sido tan rápido que...

-Dímelo a mí. Apenas he tenido tiempo de organizar nada. No entiendo cómo se puede señalar fecha de boda con tan solo tres semanas de adelanto. Habrían hecho mucho mejor en fugarse.

-Por favor, no digas eso -escandalizada, Coco se guardó su pañuelo en el bolsillo-. Me habría puesto furiosísima si me hubieran mantenido al margen. Y si crees que puedes engañarme cuando a ti te llegue el momento, estás muy equivocada.

-Pasarán años antes de que a mí me llegue ese momento, si es que me llega meticulosamente, Amanda se puso a ordenar los adornos de boda-. Los hombres se encuentran en un lugar muy bajo de mi lista de prioridades.

-Tú y tus listas -replicó Coco, chasqueando la lengua-. Déjame decirte algo, Mandy: lo único que no puedes planificar en esta vida es enamorarte. Tu hermana no lo planificó, y mírala ahora. Tu momento te puede llegar antes de lo que esperas. Mira, esta misma mañana he estado leyendo los posos del té y...

-Oh, tía Coco. Los posos del té otra vez no, por favor...

-He leído cosas fascinantes en los posos del té. Después de nuestra última sesión de espiritismo, pensaba que te habías vuelto menos escéptica...

-Bueno, quizá ocurrió algo en esa sesión, pero...

-¿Quizá?

-De acuerdo, algo ocurrió -suspirando, Amanda se encogió de hombros-. Sé que C.C. tuvo una imagen...

-Una visión.

-Lo que sea... una visión del collar de esmeraldas de la bisabuela Bianca -pensó, aunque no llegó a decirlo, que le había parecido espeluznante la perfección con que C.C. había podido describirlo, a pesar de que hacía décadas que nadie había visto aquel collar-. Y nadie que haya vivido en esta casa podría negar que se puede percibir... alguna presencia o fenómeno extraño en la torre de Bianca.

-¡Ajá!

-Pero eso no quiere decir que me vaya a poner ahora a ver cosas en una bola de cristal.

-Eres de miras muy estrechas, Mandy. No sé a quién has podido salir. Tal vez a mi tía Colleen. Fred, no te comas el bordado irlandés... -amonestó al cachorro, que estaba mordiendo la colcha de la cama de Amanda-. En cualquier caso, estábamos hablando de los posos del té. Bueno, cuando esta mañana los estaba leyendo, vi a un hombre.

Amanda se levantó para esconder en su armario las decoraciones que había comprado.

-Viste a un hombre en tu taza de té.

-Pues sí. Vi a un hombre, y tengo el fuerte presentimiento de que se encuentra muy cerca.

-Quizá sea el fontanero. Lleva días diciendo que está a punto de dejarse caer por aquí.

-No, no es el fontanero. Este hombre... está cerca, pero no es de la isla -entornó los párpados, como siempre hacía cuando tenía visiones o ejercitaba sus poderes mentales-. De hecho, está a muy escasa distancia de aquí. Va a formar parte importante de nuestras vidas. Y, estoy seguro de ello, ejercerá una influencia trascendental sobre una de vosotras.

-Que se lo lleve Lilah -sugirió Amanda, pensando en su hermana mayor-. Por cierto, ¿dónde está?

-Había quedado con un tipo a la salida del trabajo. No sé si era Rod, o Tod, o Dominick.

-Maldita sea -Amanda recogió su chaqueta para colgarla cuidadosamente en una percha del armario-. Se suponía que teníamos que revisar todos esos papeles en el almacén. Tenemos que encontrar alguna pista que nos lleve al escondite de esas esmeraldas.

-Las encontraremos, querida -distráida, Coco se puso a curiosear el resto de las compras-. Cuando llegue el momento, la propia Bianca nos lo dirá. Creo que muy pronto volverá a manifestarse.

-Pues yo creo que vamos a necesitar algo más que una fe ciega y visiones místicas. Bianca tuvo que haberlas escondido en alguna parte -frunciendo el ceño, Amanda volvió a sentarse en la cama.

No la preocupaba tanto el dinero, aunque se decía que las esmeraldas de la familia Calhoun valían una verdadera fortuna, como la publicidad provocada por la compra de Las Torres por parte de Trent, el prometido de su hermana. A partir de aquel momento, la vieja leyenda había salido a la luz pública. Y los planes de la propia Amanda de llevar una existencia tranquila y ordenada se habían visto definitivamente frustrados.

Ciertamente aquella antigua historia había gozado de una gran repercusión, reflexionó Amanda mientras su tía se deshacía en elogios ante las prendas de lencería que le había comprado a su hermana. A principios de la segunda década del siglo XX, cuando la mansión de Bar Harbor se encontraba en su apogeo, Fergus Calhoun había construido Las Torres a modo de opulenta residencia veraniega. Allí, en los acantilados de la bahía del Francés, era donde había veraneado con su esposa Bianca y sus tres hijos, y organizado incontables fiestas para los miembros de la alta sociedad a la que pertenecían.

Y allí también había conocido Bianca a un joven artista. Se enamoraron. Al parecer, Bianca se había sentido desgarrada entre sus sentimientos y sus deberes conyugales. Su matrimonio, arreglado por sus padres, había sido un fracaso. Finalmente, siguiendo los dictados de su corazón y decidida a abandonar a su marido, Bianca había preparado un valioso equipaje que incluía las esmeraldas que Fergus le había regalado con ocasión del nacimiento de su primer y de su segundo hijo. El escondrijo del famoso collar era un misterio ya que, según le leyenda, la propia Bianca se había arrojado al vacío desde lo alto de la torre, presa de la culpa y la desesperación.

Ahora, ochenta años después, el interés por aquel collar se había reavivado. Mientras los últimos miembros de la dinastía Calhoun buscaban alguna pista entre montañas de papeles antiguos, los periodistas y los cazadores de fortuna se habían

convertido en una molestia cotidiana. Y Amanda se lo había tomado muy mal. La leyenda, y los protagonistas de la leyenda, pertenecían a su familia. Cuanto antes fuera localizado aquel collar, mejor para todos. Una vez que se resolviera el misterio, el interés no tardaría en evaporarse también.

-¿Cuándo regresa Trent? -le preguntó a su tía.

-Pronto -suspirando, Coco se alisó la camisa roja de seda-. Tan pronto como haya terminado de arreglar sus cosas en Boston, se pondrá en camino. No soporta estar lejos de C.C. Apenas habrá tiempo de empezar con las reformas del ala oeste antes de que se vayan de luna de miel -se le llenaron nuevamente los ojos de lágrimas.

-No empieces otra vez, tía Coco. Piensa en el fabuloso trabajo de catering que vas a desempeñar en el banquete de bodas. Te vendrá muy bien. Esta vez, el año que viene sí que podrás empezar tu nueva carrera como cocinera en El Refugio de Las Torres, el hotel más acogedor e íntimo de las cadenas St. James.

-¿Te imaginas? -Coco se llevó una mano al pecho, emocionada.

De repente llamaron a la puerta. Fred, sobresaltado, comenzó a aullar.

-Quédate aquí y sigue imaginándotelo, tía Coco. Ya abro yo.

Bajó apresurada las escaleras, seguida de Fred. Cuando el perrillo volvió a tropezar, Amanda lo alzó en brazos, riendo, y abrió la puerta.

-¡Usted!

El tono de su voz asustó al pobre Fred. Pero no al hombre que había aparecido en el umbral, sonriente.

-El mundo es un pañuelo.

-Me ha seguido.

-Oh, no. Aunque no me habría disgustado hacerlo. Me llamo O'Riley. Sloan O'Riley.

-No me importa cómo se llame usted, porque ya puede dar media vuelta y seguir su camino se dispuso a cerrarle la puerta en las narices, pero él se lo impidió extendiendo una mano.

-No creo que sea una buena idea. He venido desde muy lejos para ver esta casa.

-¿Ah, sí? -Amanda entrecerró los párpados-. Bueno, pues déjeme decirle algo: esta casa es privada. No me importa lo que haya leído en los periódicos o las desesperadas ganas que tenga de buscar las esmeraldas. Esta no es la isla del tesoro, y estoy harta de conocer a personas como usted, que se creen con derecho a llamar a esta puerta y ponerse a picar de noche en el jardín de esta casa.

«Es muy bonita», se dijo Sloan mientras esperaba a que terminara con su perorata. Era alta y delgada. Pero no demasiado delgada: con voluptuosas curvas en los lugares adecuados. Daba la impresión de tener una energía inagotable. Le gustaba su barbilla saliente, indicio de tenacidad. Su melena de color castaño se agitaba a cada movimiento que hacía con la cabeza, con verdadera furia.

Tenía unos enormes ojos azules. Y aquella boca fresca, de aspecto tan sabroso...

-¿Ya ha terminado? -le preguntó cuando Amanda se había interrumpido para tomar aliento.

-No, y si no se marcha ahora mismo, le echaré al perro.

Dándose por aludido, Fred saltó de sus brazos y emitió un gruñido.

-Parece muy fiero -comentó Sloan, y se agachó para acercarle suavemente el dorso de una mano. Fred se la olfateó, y al instante empezó a mover alegremente el rabo mientras se dejaba rascar las orejas-. Vaya, qué ferocidad...

-Muy bien -dijo Amanda, con las manos en las caderas-. Pues entonces iré por la escopeta.

Pero antes de que pudiera buscar aquel arma imaginaria, Coco bajó las escaleras.

-¿Quién es, Amanda?

-Un cadáver.

-¿Cómo? -se acercó a la puerta. En el preciso instante en que vio a Sloan, sufrió un ataque de coquetería y se quitó como un rayo el delantal-. Hola -esbozó una radiante sonrisa mientras le tendía la mano-. Soy Cordelia McPike.

-Es un verdadero placer, señora -Sloan se levó su mano a los labios-. Precisamente le estaba diciendo a su hermana que...

-Oh, no -Coco soltó una carcajada de puro deleite-. Amanda no es mi hermana. Es mi sobrina. La tercera hija de mi hermano mayor... que era bastante mayor que yo.

-Perdón.

-Tía Coco, este tipo me tiró al suelo en la puerta de la boutique, y luego me siguió hasta casa. Solo quiere meterse aquí por lo del collar.

-Mandy, por favor, esos modales...

-Tiene parte de razón, señora McPike -pronunció Sloan-. Su sobrina y yo tuvimos un... encontronazo en la calle. Supongo que no pude evitar apartarme a tiempo de su camino. Y también estoy interesado en ver la casa, eso no puedo negarlo.

-Entiendo -dividida entre la esperanza y las dudas, Coco suspiró-. Lo lamento terriblemente, pero me temo que no me va a ser posible enseñarle la entrada. Estamos muy ocupadas con la boda y...

Sloan se volvió para mirar a Amanda.

-¿Se va a casar?

-Yo no, mi hermana -respondió, tensa-. Pero eso no es asunto suyo. Y ahora, si nos disculpa...

-Oh, no es mi intención molestarlas, así que seguiré mi camino. Si son ustedes tan amables de decirle a Trent que O'Riley se ha pasado por aquí, les estaría muy agradecido.

-¿O'Riley? -repitió Coco, juntando las manos-. Dios mío, ¿es usted el señor O'Riley? Por favor, entre. Oh, perdóneme...

-Tía Coco...

-Es el señor O'Riley, Amanda.

-Ya me doy cuenta. ¿Pero por qué diablos acabas de dejarlo entrar?

-El señor O'Riley -continuó Coco-. El mismo del que nos habló Trenton esta mañana, avisándonos de que venía. ¿No te acuerdas...? Claro que no te acuerdas, como que no te lo dije se llevó las manos a las mejillas-. Ay, estoy tan avergonzada de haberlo tenido tanto tiempo esperando en la puerta...

-Oh, no se preocupe -le dijo Sloan a Coco-. Es un error comprensible.

-Tía Coco -Amanda no se apartó de la puerta, todavía dispuesta a echar a trompicones a aquel intruso-. ¿Quién es O'Riley y por qué Trent te dijo que esperaba que viniera?

-El señor O'Riley es el arquitecto -explicó Coco, radiante.

Entornando los párpados, Amanda lo miró de los pies a la cabeza: desde las puntas de sus polvorientas botas hasta su pelo despeinado.

-¿Es arquitecto?

-Es nuestro arquitecto. El señor O'Riley se va a hacer cargo de las reformas de todo el edificio: tanto del nuevo hospedaje como de nuestras viviendas. Trabajaremos mano a mano con él.

-Llámeme Sloan, por favor.

-Trabajaremos con Sloan... -Coco batió graciosamente las pestañas-... durante algún tiempo.

-Fantástico -repuso Amanda, cerrando de un portazo.

Con los pulgares enganchados en las trabillas de sus tejanos, Sloan le lanzó una lenta sonrisa.

-Eso es exactamente lo que pienso yo.

-Qué grosería por nuestra parte, Sloan -exclamó Coco-. Tenerte aquí esperando, en la puerta... Pasa, por favor, y siéntate. ¿Qué te apetece tomar? ¿Té, café?

-Una cerveza en una botella de cuello largo -musitó Amanda, irónica.

Sloan se volvió hacia ella, sonriente.

-Eso mismo. Has acertado.

-¿Cerveza? -Coco lo hizo pasar al salón-. En la cocina tengo una cerveza muy buena que uso para algunos platos de marisco. Amanda, ¿querrás por favor entretener a Sloan mientras se la traigo?

-Claro. ¿Por qué no? -de mala gana, Amanda le indicó una silla, tomando asiento frente a la chimenea-. Supongo que debería disculparme.

Sloan se agachó para acariciar a Fred, que los había seguido.

-¿Por qué?

-No habría sido tan brusca de haber sabido a lo que habías venido.

-Ah, ¿tú crees? -mientras el cachorrillo se instalaba en la alfombra entre ellos, Sloan se recostó en su silla y observó tranquilamente a su poco hospitalaria anfitriona.

Después de unos diez segundos de tenso silencio, Amanda procuró dominar su impaciencia.

-Fue un equívoco bastante natural.

-Si tú lo dices. Me acusaste de venir a desenterrar unas esmeraldas. ¿A qué te referías?

-A las esmeraldas de las Calhoun -al ver que se limitaba a arquear una ceja, sacudió la cabeza. El collar de esmeraldas de mi bisabuela. Ha salido en todos los periódicos.

-No he tenido oportunidad de leer la prensa durante algún tiempo. Estaba en Budapest -se llevó una mano al bolsillo y sacó un largo y fino cigarro-. ¿Te importa que fume?

-Adelante -se levantó para conseguirle un cenicero-. Me sorprende que Trent no te lo dijera.

Sloan encendió un fósforo y se tomó su tiempo en prender el cigarro. Luego dio una profunda y placentera calada y soltó lentamente una bocanada de humo.

-Trent me envió un mensaje hablándome de la casa y de los planes de reforma, y pidiéndome que me encargara de ellos.

-¿Aceptaste un trabajo como este sin siquiera ver primero la propiedad?

-Sí, me pareció lo más adecuado -pensó que tenía unos ojos preciosos. Cargados de sospecha, pero preciosos-. Además, Trent no me lo habría pedido si no hubiera estado seguro de que el proyecto iba a gustarme.

-Parece que conoces bien a Trent.

-Estudiamos juntos en Harvard.

- ¿Harvard? -inquirió sorprendida-. ¿Estuviste en Harvard?

Cualquier otro hombre se habría sentido insultado. Sloan, en cambio, se mostró divertido.

-Para tu asombro... sí -murmuró, viendo cómo se ruborizaba.

-Lo siento, no quería... lo que pasa es que no me parecías...

-¿El tipo clásico de universidad de élite? -le sugirió antes de dar otra calada a su cigarro-. A veces las apariencias engañan. Esta casa, por ejemplo.

-¿La casa?

-Viéndola por fuera resulta difícil saber si es una fortaleza, un castillo o el delirio de un arquitecto. Pero cuando se la contempla detenidamente, resulta que es todo eso a la vez. Una obra intemporal, sobria y poderosa, y al mismo tiempo llena de encanto y fantasía -le sonrió. Hay gente que piensa que una casa refleja la personalidad de la gente que vive dentro.

Se levantó cuando Coco volvió empujando un carrito con una bandeja.

-Oh, siéntate, por favor. Es un placer tener un hombre en la casa, ¿verdad, Mandy?

-Por supuesto. Tengo el corazón que se me sale del pecho.

-Espero que te guste la cerveza.

-Seguro que sí.

-Prueba estos canapés. Mandy, he traído vino para nosotras -deleitada con aquella oportunidad para socializar, sonrió a Sloan por encima del borde de su copa-. ¿Te ha hablado ya Amanda de la casa?

-Estábamos empezando a abordar el tema -Sloan bebió un largo trago de cerveza-. En el mensaje que me envió, Trent me decía que había pertenecido a su familia desde principios de siglo.

-Oh, sí. Con los hijos de Suzanna, mi sobrina mayor, ya somos cinco las generaciones que han vivido en Las Torres. Fergus -señaló el retrato del hombre de gesto adusto que estaba colgado arriba de la chimenea-, mi abuelo, edificó Las Torres en 1904, como una residencia de verano. Su esposa Bianca y él tuvieron tres hijos antes de que ella se suicidara arrojándose desde la ventana de la torre -como siempre, la idea de la muerte por amor le arrancaba un nostálgico suspiro-. No creo que el abuelo se quedara muy contento después de aquello. Hacia el final de su vida enloqueció, y lo ingresamos en un psiquiátrico muy bueno.

-Tía Coco, estoy segura de que Sloan no está interesado en la historia de la familia.

-Oh, interesado no -exclamó, acercando su cigarro al cenicero-. Fascinado más bien, señora McPike.

-Por favor, llámame Coco. Todo el mundo lo hace -se atusó el pelo-. La casa pasó a manos de mi padre, Ethan. Era su segundo vástago, pero el primer varón. El abuelo estaba obsesionado con perpetuar la estirpe de los Calhoun. La hermana mayor de Ethan, Colleen, se enfadó mucho. Hasta la fecha rara vez nos ha vuelto a dirigir la palabra.

-Algo por lo cual le estaremos eternamente agradecidos -señaló Amanda.

-Bueno, sí. Es un poquito... avasalladora. Luego está el tío Sean, hermano menor de mi padre. Tuvo un montón de problemas con una mujer, se metió a marinero y emigró a las Indias Occidentales antes de que yo naciera. Después de su matrimonio, su esposa y él decidieron vivir cerca de un año aquí. Adoraban esta casa. Judson concibió unos planes maravillosos para arreglarla, pero trágicamente Deliah y ella murieron antes de que pudieran empezarlas. Luego yo me vine aquí para cuidar de Amanda y de sus tres hermanas. Toma otro canapé, por favor.

-Gracias. ¿Puedo preguntar por qué decidieron convertir parte de la casa en un hotel?

-Fue idea de Trent. Le estamos tan agradecidos, ¿verdad, Amanda?

-Sí, tía.

-Pero, para ser del todo sinceras -tomó delicadamente un sorbo de vino-, estamos pasando ciertos apuros económicos. ¿Crees en el destino, Sloan?

-Soy de origen irlandés y cherokee. No tengo más remedio.

-Bueno, entonces lo comprenderás perfectamente. Estaba escrito que el padre de Trent descubriera Las Torres cuando estaba navegando en su yate por la Bahía del Francés, y que de inmediato se enamorara de la mansión. Cuando la cadena St. James se ofreció a comprar la casa y a convertirla en un hotel de temporada, no supimos qué hacer. Después de todo era nuestro hogar, el único que habían conocido mis niñas, pero su mantenimiento era muy caro.

-Entiendo.

-En cualquier caso, no hay mal que por bien no venga. Todo fue tan romántico y excitante... Estábamos a punto de vender, cuando Trent se enamoró de C.C. Por supuesto, él sabía lo mucho que esta casa significaba para ella, y concibió el fantástico plan de convertir solamente el ala oeste en una serie de suites de hotel. De esa manera podremos mantener la casa y superar las dificultades financieras para mantenerla.

-Y, finalmente, todos contentos -asintió Sloan.

-Exactamente -Coco se inclinó hacia él, con un gesto de complicidad-. Imagino que, dados tus antecedentes, también creerás en los espíritus.

-Tía Coco...

-Mandy, por favor. Tú siempre tan escéptica. Es increíble -le dijo a Sloan-. Toda esa sangre celta que corre por sus venas y no tiene ni un gramo de espiritualismo en el cuerpo.

Amanda la señaló con su copa.

-Eso te lo dejo a ti y a Lilah.

-Lilah es mi otra sobrina -le informó Coco a Sloan-. Es muy fantasiosa. Pero ahora estamos hablando de lo sobrenatural. ¿Tienes alguna opinión formada al respecto?

Sloan dejó su vaso a un lado.

-No creo que se pueda tener una casa como esta sin convivir con un par de fantasmas.

-Ajá -Coco juntó las manos, entusiasmada-. Tan pronto como te vi supe que seríamos almas gemelas. Bianca todavía sigue aquí. En nuestra última sesión de espiritismo la sentí con tanta intensidad... -ignoró el gruñido de disgusto de Amanda-. C.C. también participó, y eso que es tan escéptica como Amanda. Bianca quiere que encontremos el collar.

-¿Las esmeraldas de los Calhoun? -inquirió Sloan.

-Sí. Hemos estado buscando alguna pista, pero es difícil, después de ochenta años. Y la publicidad ha sido una molestia.

-Por utilizar un eufemismo -apuntó Amanda, frunciendo el ceño.

-Tal vez aparezca durante las obras de reforma -sugirió Sloan.

-Ojalá -Coco se llevó un dedo a los labios, pensativa-. Creo que se impone organizar otra sesión de espiritismo. Estoy seguro de que tienes una sensibilidad especial.

Amanda se atragantó con el vino.

-Tía Coco, Sloan ha venido aquí a trabajar, no a jugar con fantasmas.

-Oh, siempre me ha gustado mezclar los negocios con el placer -levantó su vaso hacia Amanda, a modo de brindis-. De hecho, es una costumbre que tengo.

Un nuevo pensamiento asaltó la mente de Coco.

-Tú no eres de la isla, Sloan.

-No. Soy de Oklahoma.

-¿De verdad? Eso está muy lejos de aquí -miró a su sobrina, satisfecha-. Como arquitecto encargado de realizar las reformas, vas a ser muy importante para todas nosotras...

-Me gustaría pensar eso -repuso, desconcertado por la manera en que estaba mirando a su sobrina.

-Los posos del té -musitó entre dientes Coco, y se levantó-. Bueno, tengo que seguir preparando la cena. Espero que nos harás los honores de acompañarnos.

Sloan había planeado echar un rápido vistazo a la casa y después volver al hotel para dormir diez horas seguidas. Pero la expresión de disgusto que vio en los ojos de Amanda le hizo cambiar de idea. Una tarde con ella podría ser la mejor manera de reponerse del cansancio del viaje.

-Sería un placer.

-Maravilloso. Mandy, ¿por qué no le enseñas a Sloan el ala oeste mientras yo termino de preparar la cena?

-¿Posos del té? -le preguntó Sloan a Amanda una vez que Coco abandonó el salón.

-Será mejor que no te lo diga -resignada, se levantó-. Bueno, ¿empezamos con el recorrido?

-Sería una buena idea -la siguió al-vestíbulo, y subieron luego por la escalera de caracol-. ¿Cómo te gusta que te llame? ¿Amanda o Mandy?

-Responderé a cualquiera de los dos nombres -se encogió de hombros.

-Bueno, yo creo que son bastante distintos, evocan diferentes imágenes. Amanda evoca una imagen de frialdad y formalidad. Mandy... es más suave, más tierno -pensó que olía maravillosamente bien. Como a brisa fresca en un día de calor sofocante.

Ya en lo alto de las escaleras, se volvió para mirarlo.

-¿Qué tipo de imagen evoca Sloan?

Se quedó un escalón por debajo de ella, para que sus ojos quedaran a la misma altura.

-Dímelo tú.

Amanda se dijo que aquel tipo tenía la sonrisa más engreída que había visto en toda su vida. Siempre que la usaba con ella, experimentaba un temblor que no podía ser más que de disgusto.

-¿Dodge City? inquirió con tono suave-. En la costa este no vemos muchos vaqueros -se volvió, y ya había dado un par de pasos por el pasillo cuando él la sujetó de un brazo.

-¿Siempre tienes tanta prisa?

-No me gusta perder el tiempo. No la soltó mientras continuaron caminando.

-Lo tendré en cuenta.

«Dios mío, este lugar es fabuloso», pensó Sloan al contemplar los artesonados de los techos, los dinteles esculpidos, las paredes forradas de madera de caoba. Se detuvo ante una vidriera en forma de arco, para acariciar el cristal esmerilado, policromo. Tenía que ser original, al igual que el suelo de madera de castaño y el estucado de las paredes. Ciertamente había grietas en los muros, algunas de ellas muy grandes. Aquí y allá el techo presentaba agujeros, y faltaban algunos pedazos de moldura. Constituiría todo un desafío devolverle a aquella casa su antigua gloria. Un desafío y un verdadero placer.

-Hace años que nadie usa esta parte de la casa -Amanda abrió una puerta de madera de roble, labrada, y apartó una telaraña-. Por eso no la hemos calentado durante el invierno.

Sloan entró. El suelo crujió lúgubremente bajo sus botas. Faltaban dos de los pequeños cristales de las puertas de la terraza, que habían sido reemplazados con contrachapado. Los ratones se habían dado un festín con el rodapié. En el techo se podía ver un deteriorado fresco que representaba ángeles y amorcillos.

-Esta era la habitación de los invitados -le explicó Amanda-. Fergus la reservaba para la gente a la que quería impresionar. Supuestamente aquí estuvieron varios miembros de la familia Rockefeller. Tiene su propio baño y su vestidor -empujó una puerta rota.

Ignorándola, Sloan se acercó a la chimenea de mármol negro. La pared, empapelada con seda, estaba oscurecida por el humo. La esquina astillada de la repisa le partió el corazón.

-¿Cómo habéis podido...?

-¿Perdón?

-¿Cómo habéis podido dejar que se deteriorara tanto un lugar como este? -la mirada que en esa ocasión le lanzó no fue ni seductora ni divertida. Fue de auténtica ira-. Una chimenea como esta es única en el mundo.

Ruborizada, contempló culpable la repisa de mármol.

-Bueno, yo no la rompí...

-Y mira estas paredes. El trabajo del estucado es una joya, un arte tan puro como una obra de Rembrandt. Un Rembrandt sí que lo cuidarías, ¿verdad?

-Por supuesto, pero...

-Al menos tuviste el buen sentido de no pintar la moldura -pasó de largo ante ella y entró en el cuarto de baño adjunto. Y se puso a maldecir.-. Y estos baldosines, por el amor de Dios. Mira estas grietas.

-No entiendo lo que...

-Claro que no lo entiendes -se volvió hacia ella-. No tienes ni la más remota idea de lo que hay aquí. Esta casa es un monumento al arte de principios del siglo XX, y habéis dejado que se venga poco a poco abajo. ¿Ves esto? Son auténticas lámparas de gas.

-Sé perfectamente lo que son -le espetó Amanda-. Puede que esta casa sea un monumento para ti, pero para mí es mi hogar. Hemos hecho todo lo posible para conservar los tejados. Si el estucado está roto es porque hemos tenido que concentrarnos en mantener en funcionamiento las calderas. Y si no nos hemos preocupado de reparar los baldosines de una habitación que no usa nadie, es porque

tuvimos que arreglar la fontanería de otra. Se te ha contratado para reformar, no para filosofar.

-Pierde cuidado, que haré las dos cosas por el mismo precio -extendió una mano hacia Amanda. Asustada, retrocedió un paso.

-¿Qué estás haciendo?

-Tranquila, cariño. Tienes un hilo de telaraña en el cabello.

-Puedo quitármelo yo -dijo, tensándose cuando sintió sus dedos en el pelo-. Y no me llames «cariño».

-Vaya mal genio. ¿Por qué no continuas enseñándome el resto de la casa?

-No sé para qué. No estás anotando nada de lo que ves.

Sloan bajó la mirada hasta sus labios, la detuvo allí por un instante y volvió luego a mirarla a los ojos.

-Me gusta echar un primer vistazo antes de empezar a preocuparme... por los detalles. Bueno -la tomó del brazo-. Sigamos con el recorrido.

Amanda continuó enseñándole el ala oeste, haciendo todo lo posible por guardar las distancias. Pero Sloan tenía tendencia a acercarse demasiado, interponiéndose siempre cuando iba a salir de una habitación, acorralándola contra una esquina, volviéndose de pronto hacia ella.

Estaban en la torre del oeste cuando, por tercera vez, Amanda tropezó con él.

-Me gustaría que dejaras de hacer eso.

-¿Hacer qué?

-Estar siempre en medio. En mi camino.

-Eres tú la que siempre tiene demasiada prisa. Parece que, en vez de valorar el lugar donde estás, siempre quieras ir a alguna otra parte.

-Más filosofía barata -rezongó Amanda, acercándose a la ventana en forma de arco que daba a los jardines.

Se veía obligada a admitir que aquel hombre la molestaba, la afectaba a un nivel básico, profundo. Quizá fuera su envergadura: aquellas enormes espaldas y aquellas manos anchas, gigantescas. O aquella desproporcionada estatura. Estaba acostumbrada a relacionarse de igual a igual con los hombres.

O tal vez fuera su voz ronca, lenta, perezosa, tan engreída y pagada de sí misma como su sonrisa. O la manera que tenía de mirarla, detenida, insistente, con un cierto brillo de diversión. Fuera lo que fuera, tendría que aprender a soportarlo y superarlo.

-Esta es la última parada -le dijo-. La idea de Trent es convertir esta torre en un comedor, de ambiente más íntimo que el del piso bajo. Aquí deberían caber holgadamente cinco mesas para dos personas, con vistas a los jardines y a la bahía.

Se volvió mientras hablaba, y un rayo del sol del atardecer entró por la ventana creando un maravilloso halo en torno a su cabello. La luz parecía filtrarse por aquellos mechones de color castaño claro, salpicándolos de oro. Admirado por aquel efecto, con la mente en blanco, Sloan se la quedó mirando de hito en hito.

-¿Pasa algo?

-No -se acercó a ella.

Ya no había diversión alguna en sus ojos, sino algo mucho más peligroso. Retrocedió un paso. Y otro más.

-Si no tienes ninguna pregunta más que hacerme sobre la torre, o sobre el resto del ala, creo que podríamos... -se interrumpió, sin aliento, cuando de repente Sloan le rodeó la cintura con un brazo, atrayéndola hacia sí-. ¿Qué diablos crees que estás haciendo?

-Evitar que repitas el mismo salto que hizo tu bisabuela -señaló la ventana que tenía a su espalda-. Si hubieras seguido retrocediendo, podrías haber atravesado ese cristal. Esas vidrieras no parecen muy resistentes.

-Vamos -pronunció, con el corazón acelerado.

Pero él no la soltó, sino que incluso acercó el rostro a su cabello, aspirando su perfume.

-Deberías habérmelo agradecido, Amanda. Probablemente te haya salvado la vida.

Amanda se dijo que su pulso podía estar dando alocados saltos, pero por nada del mundo se dejaría intimidar por aquel vaquero.

-Si no me sueltas ahora mismo, me temo que alguien tendrá que salvarte la tuya.

Sloan se echó a reír, encantado con su salida, y tentado de levantarla en brazos. Pero al momento siguiente, casi sin darse cuenta, se vio impulsado hacia atrás y aterrizó con el trasero en el suelo. Con una sonrisa de inmensa satisfacción, Amanda inclinó la cabeza.

-Con esto concluye nuestro recorrido de esta tarde. Y ahora, si me disculpas... -dio media vuelta y se dispuso a salir.

Pero Sloan, desde donde estaba, la agarró de un tobillo. Amanda apenas tuvo tiempo de soltar un grito antes de aterrizar también en el suelo, a su lado.

-¡Oh...! ¡Bruto! -le espetó, enfadada, y se apartó el cabello de los ojos.

-Lo que es bueno para el ganso es bueno para la gansa -le alzó la barbilla con un dedo-. Más filosofía barata. Te mueves muy rápido, Amanda, pero tienes que recordar no perder nunca de vista tu objetivo.

-Si fuera un hombre...

-Entonces no sería ni mucho menos tan divertido -riendo, le dio un rápido beso, y se dedicó a disfrutar de su azorada reacción-. Vaya. Creo que se impone repetir esto...

Amanda habría terminado por empujarlo. Estaba absolutamente segura de ello. A pesar del ardor que le recorría la espalda. A pesar de la melaza derretida, en vez de sangre, que parecía correr por sus venas. Lo habría empujado, e incluso había levantado una mano con esa intención... cuando unos pasos resonaron en los escalones de hierro que llevaban a la torre.

Sloan alzó la mirada para ver a una mujer alta, de generosas curvas, en el umbral. Llevaba unos vaqueros con un roto en una rodilla, y una camiseta blanca anudada a la cintura. Tenía el pelo corto y liso, con un gracioso flequillo. Sus ojos expresaron primeramente sorpresa, y luego una genuina diversión.

-Hola -miró a Amanda, sonriendo al reparar en el rostro ruborizado y en el cabello despeinado de su hermana. El único lugar en el que no esperaba ver a su fría y siempre formal Amanda Calhoun era el suelo, y además con un desconocido. Un

desconocido muy atractivo-. ¿Qué pasa aquí?

-Oh, solo estábamos comprobando el estado del suelo -mintió Sloan. Se levantó y ayudó a levantarse a Amanda, que se apartó rápidamente para concentrarse en sacudirse el polvo de los pantalones.

-Esta es mi hermana, C.C.

-Y tú debes de ser Sloan -entró en la habitación, tendiéndole la mano-. Trent me ha hablado de ti -con un brillo en sus ojos verdes, miró rápidamente a su hermana-. Vaya. Supongo que no exageró nada.

Sloan se dijo que C.C. no encajaba en absoluto con el tipo de mujer con la que había esperado que se relacionara su viejo amigo. Y, como Trent era un gran amigo suyo, no podía alegrarse más.

-Ahora entiendo por qué Trent se encuentra tan atrapado.

-Como puedes ver, Sloan tiene un sentido del humor muy particular -señaló Amanda, irónica.

Soltando una carcajada, C.C. le pasó un brazo por los hombros a su hermana.

-Ya me lo figuraba. Me alegro de conocerte, Sloan. De verdad que sí. Cuando fui a Boston con Trent hace un par de semanas, toda la gente que me encontré era tan...

-¿Estirada? -sugirió él, sonriendo.

-Eso me temo -afirmó, algo azorada-. Supongo que a algunos les resultará difícil aceptar que Trent se vaya a casar con una mecánica poco aficionada a la ópera.

-A mí me parece que Trent va a salir ganando. Muchísimo.

-Ya lo veremos. Tía Coco me dijo que te ibas a quedar a cenar. Esperaba que, durante tu estancia, te instalarías en una de las habitaciones para invitados de la casa.

Sloan no podía verlo, pero habría apostado cualquier cosa a que Amanda se estaba mordiendo la lengua. La idea de alterarla hasta ese punto lo incitaba a cambiar de planes.

-Gracias, pero ya estoy alojado en un hotel.

-Bueno, como quieras. Pero que sepas que puedes trasladarte a Las Torres cuando quieras.

-Voy a bajar para ver si tía Coco necesita alguna ayuda -Amanda se despidió de Sloan con una fría inclinación de cabeza-. Te dejo en manos de C.C.

Sloan le guiñó un ojo.

-Gracias por el recorrido, cariño.

Casi pudo oír su rechinar de dientes mientras se retiraba.

-Vaya mal genio que tiene tu hermana.

-Sí -convino C.C. con una sonrisa, y añadió a modo de advertencia-: Trent me dijo que eras un gran mujeriego.

-Aún sigue enfadado porque le quité una mujer de debajo de las narices cuando todavía éramos unos jóvenes alocados -la tomó de la mano mientras salían de la habitación-. ¿De verdad que estás enamorada de él?

C. C. no pudo menos que echarse a reír.

-Ahora entiendo por qué me advirtió de que encerrara a mis hermanas bajo llave.

-Si se parecen a ti, espero que sepan cuidar de sí mismas.

-Oh, sí que saben. Las mujeres Calhoun siempre han sido de una madera especial -se detuvo en lo alto de la escalera de caracol-. Será mejor que te avise. La tía Coco mantiene que te vio en los posos del té esta mañana.

-En los... Ah.

-Sí -se encogió de hombros-. Es un hobby que tiene. El caso es que puede empezar a manipularte en cualquier momento, sobre todo si se le mete en la cabeza que el destino te ha ligado con una de mis hermanas. Tiene buenas intenciones, pero...

-Bueno, los hombres O'Riley también saben cuidar de sí mismos.

-Muy bien -le dio unas palmaditas en el hombro-. Allá tú.

-Dime una cosa, C.C. ¿Voy a tener que ahuyentar a algún hombre... con el que

Amanda esté relacionada?

C.C. se detuvo, mirándolo fijamente.

-No -respondió al cabo de un momento-. Ella sola se encarga de ahuyentarlos.

-Qué bien -se sonrió mientras seguía bajando las escaleras. Cuando llegaron al segundo piso, oyó un eco de griterío infantil mezclado con los ladridos de Fred.

-Son los hijos de mi hermana Suzanne -explicó C.C. antes de que él pudiera preguntarle-. Alex y Jenny son los típicos niños tranquilos y nada escandalosos -añadió, irónica.

-Ya lo oigo.

Una especie de misil de pelo rubio subía a toda velocidad por las escaleras. Sloan tuvo el reflejo de interceptarlo y se encontró mirando un curioso y simpático rostro, de enormes ojos azules.

-¡Qué alto eres! -exclamó Jenny.

-Qué va. Eres tú la que eres baja.

-¿Quieres subirme a caballito?

-Monta.

Sloan se la cargó a la espalda y siguió bajando. Al pie de las escaleras, Amanda tenía agarrada de una oreja a la otra criatura, un niño pequeño y moreno.

-¿Dónde está Suzanna? -le preguntó C.C. a su hermana.

-En la cocina. Me ha dejado encargada de vigilar a esos dos -miró a Jenny-. Y esa pequeñaja se me acaba de escapar.

-¿Quién es ese? -quiso saber Alex.

-Sloan O'Riley -Sloan le tendió la mano. El niño vaciló por un instante antes de estrechársela.

-Hablas muy gracioso. ¿Eres de Texas?

-Oklahoma.

-Hey, eso es casi igual de estupendo. ¿Alguna vez has matado a alguien de un disparo?

-Últimamente no.

-Ya es suficiente, ¡qué niño más morboso! -exclamó C.C.-. Vamos, a lavarse para cenar -y bajó a Jenny de la espalda de Sloan.

-Parecen buenos chicos -comentó Sloan cuando ya C. C. se los llevaba escaleras abajo.

-Lo son -Amanda le lanzó una genuina sonrisa. El hecho de haberlo visto llevando a Jenny a caballito parecía haberla enternecido-. Se pasan la mayor parte del día en el colegio, así que no creo que te molesten mucho en tu trabajo.

-Oh, seguro que no me molestarán. Me gustan los niños. En casa tengo un sobrino que es un verdadero diablillo.

-Me temo que estos todavía pueden ser peores. ¿Sabes? -sonrió de nuevo-. Es bueno que vean de vez en cuando a un hombre en casa.

-¿Y el marido de tu hermana?

Amanda dejó de sonreír.

-Están divorciados. Se llama Baxter Dumont.

-He oído hablar de él -respondió, adoptando de pronto un tono frío, distante.

-Bueno, pero eso ya es historia. La cena está casi a punto. ¿Quieres que te enseñe el cuarto de baño para que te refresques un poco?

-Gracias -distráido, Sloan la siguió. Estaba pensando que había algunos episodios de la historia que tenían la mala costumbre de coincidir en el tiempo. Y de solaparse unos con otros.

Amanda se sumergió de golpe en el agua fría de la piscina. Y empezó a nadar sus habituales cincuenta largos. No había nada que le gustara más que empezar el día con un vigoroso ejercicio físico. Un ejercicio que la descargara de la tensión acumulada y la pusiera a punto para afrontar una nueva jornada de trabajo.

No la disgustaba trabajar de ayudante ejecutiva en el hotel BayWatch. Sobre todo desde que gozaba del privilegio de utilizar la piscina del hotel antes de que se llenara de clientes. Mayo tocaba a su fin y cada vez hacía más calor. Por supuesto, aquello no era nada comparado con las temperaturas de mediados del verano, pero la mayor parte de las habitaciones estaban ya ocupadas, lo que significaba que a Amanda no le faltaba trabajo.

Mientras nadaba, pensó que al cabo de un año sería ya directora de El Refugio de Las Torres. Un hotel de la cadena de St. James. El objetivo que se había marcado desde que aceptó su primer trabajo a tiempo parcial como recepcionista de hotel, con solo dieciséis años, estaba ya al alcance de su mano.

No podía negar que, de vez en cuando, la molestaba pensar que ese trabajo solamente sería suyo porque Trent iba a casarse con su hermana. Pero ese pensamiento siempre acababa por fortalecer su voluntad de demostrar a todo el mundo que se lo merecía. Que era la persona más capacitada para ese puesto. Al cabo de un año llegaría a dirigir un hotel de élite, perteneciente a una de las 'cadenas más importantes del país. Y no simplemente un hotel, se recordó, sino Las Torres. Parte de su propia herencia, de su propia historia, de su propia familia.

Las diez lujosas suites que Trent pretendía crear en el ala oeste estarían bajo su directa responsabilidad. Y si sus previsiones eran ciertas, el aura legendaria que rodeaba Las Torres mantendría esas suites llenas durante todo el año. Haría un trabajo estupendo, excepcional; estaba segura de ello. Cada cliente de las Torres volvería a su casa con el recuerdo de un excelente e impecable servicio. No tendría ya que depender de un exigente y quisquilloso superior, ni frustrarse al ver que ella hacía el trabajo y otros se llevaban los beneficios, o el mérito. Al final, el éxito o el fracaso serían solamente suyos. Solo era cuestión de esperar a que se reformara el edificio.

Y el curso de esos pensamientos la llevaba inevitablemente a Sloan O'Riley. Ciertamente esperaba que Trent supiera lo que estaba haciendo al haberlo contratado. Lo que más la desconcertaba era cómo un hombre tan refinado y sofisticado como

Trenton St. James III había podido hacer amistad con un tipo como O'Riley.

Amanda continuó nadando con energía. No se arrepentía ni por un momento de la grosería con la que lo había tratado. Aquel tipo se había comportado con tanta arrogancia e insolencia desde el momento en que lo conoció... Y, además, se había atrevido a besarla. Ella no lo había animado en absoluto a hacerlo. Pero él había esbozado una estúpida sonrisa y la había besado.

No había disfrutado de ese beso, por supuesto. Si C.C. no hubiera entrado en aquel preciso instante, le habría dado su merecido a O'Riley. El problema era que no había podido hacerlo. No era posible que se sintiera atraída por un tipo duro, habituado al parecer a la vida al aire libre, de grandes manos callosas y viejas botas llenas de polvo. No era tan estúpida como para dejarse atraer por un par de ojos verdes como los suyos, siempre con aquel brillo de diversión. Su imagen de hombre ideal incluía un cierto refinamiento, finos modales, cultura y una cierta aura de éxito. Cuando estuviera interesada en entablar una relación, esos serían sus requisitos. Abstenerse vaqueros arrogantes.

Quizá había creído vislumbrar algo tierno en aquel tipo cuando les habló a los niños, pero eso no bastaba para compensar sus otros defectos. Recordaba muy bien sus flirteos con Coco durante la cena. Había logrado divertir a C.C. con anécdotas de sus tiempos de estudiante con Trent en la universidad, y había respondido de buen humor a las preguntas que los críos le habían hecho sobre indios, vaqueros y caballos.

Pero había mirado a Suzanna con demasiado detenimiento para el gusto de Amanda, aunque también con una cierta sospecha. Sí, debía de ser un impenitente mujeriego. Si Lilah hubiera estado presente, probablemente habría flirteado asimismo con ella. Pero Lilah, por lo que se refería a los hombres, sabía muy bien cómo defenderse.

Suzanna era diferente. Era hermosa, sensible y vulnerable. Su ex mando le había hecho sufrir mucho, y nadie, ni siquiera el arrogante Sloan O'Riley tendría la menor oportunidad de infligirle más daño. La propia Amanda se aseguraría de ello.

Esa vez, cuando por enésima vez llegó al extremo de la piscina, creyó ver a alguien en el borde.

-Buenos días -le sonrió Sloan. El sol arrancaba reflejos cobrizos a su cabello despeinado-. Veo que gozas de una buena forma física.

-¿Qué diablos estás haciendo aquí?

-¿Aquí? -señaló con el pulgar el edificio del hotel, a su espalda-. Bueno, como dicen los vaqueros, he colgado mi sombrero en este sitio. Habitación 320.

-¿Estás alojado en el BayWatch? -Amanda apoyó los brazos en el borde de la piscina-. Me lo figuraba.

Sin dejar de sonreír, Sloan se puso en cuclillas. Y contempló admirado la blancura de su piel, que parecía una característica de las Calhoun.

-Una buena manera de comenzar el día.

-Lo era -frunció el ceño.

-Puestos a preguntar... ¿qué estás haciendo tú aquí?

-Yo trabajo aquí.

-¿Ah, sí? -pensó que las cosas se estaban poniendo cada vez más interesantes.

-Soy ayudante ejecutiva.

-Vaya -señaló el agua-. ¿Y estás comprobando la temperatura del agua de la piscina para los clientes? Eso sí que es dedicación.

-La piscina no se abre hasta las diez.

-No te preocupes -enganchó los pulgares en las trabillas de sus vaqueros-. Todavía no estaba pensando en darme un chapuzón -lo que sí había pensado hacer era dar un paseo, largo y solitario. Pero eso había sido antes de verla nadar-. Supongo que, entonces, si tengo alguna pregunta sobre el hotel, podría hacértela a ti.

-Así es -Amanda se acercó a la escalerilla para salir de la piscina. Su traje de baño color azul zafiro, de una sola pieza, se ceñía a su cuerpo como una segunda piel-. ¿Te resulta satisfactoria tu habitación?

-¿Mmm? -pensó que aquellas piernas parecían haber sido diseñadas para hacer sudar a un hombre. Tan largas y bien torneadas... -Tu habitación -repitió mientras recogía su toalla-. ¿Te satisface?

-Me satisface mucho -fue subiendo la mirada desde sus finos tobillos hasta sus muslos y caderas-. Creo que, por ese precio, la vista merece mucho la pena.

Amanda se puso la toalla al cuello.

-La vista de la bahía es gratis... así como el desayuno europeo que ahora mismo están sirviendo en el restaurante. Supongo que querrás aprovecharlo.

-He descubierto ya que un par de cruasanes y una taza de café nunca logran saciar del todo mi apetito -como no quería que se marchara todavía, le agarró la toalla de los dos extremos-. ¿Por qué no te sientas a disfrutar conmigo de un desayuno de verdad?

-Lo siento -el corazón se le estaba acelerando de una manera preocupante-. A los empleados no se nos permite relacionarnos con los clientes.

-Supongo que podríamos hacer una excepción en este caso, dado que somos... viejos amigos.

-Ni siquiera somos nuevos amigos.

«Otra vez esa sonrisa», pensó Amanda. Lenta, insistente, demasiado conocedora.

-Eso es algo que podríamos arreglar delante de un buen desayuno.

-Lo siento. No estoy interesada -empezó a volverse, pero Sloan se lo impidió al no soltar la toalla.

-En el lugar del que procedo la gente es un poquito más amable.

Dado que no le dejaba más remedio, Amanda se quedó donde estaba.

-Y en el lugar del que procedo yo, la gente es muchísimo más amable. Si tienes algún problema con el servicio durante tu estancia en BayWatch, estaré encantada de atenderte. Si tienes alguna pregunta más sobre Las Torres, te la responderé con mucho gusto. Pero, aparte de eso, no tenemos nada que hablar.

La observó pacientemente, admirando su capacidad de adoptar un frío tono de voz que desmentía el brillo de sus ojos. Aquella era una mujer dotada de un gran control de sí misma. Y con muchas agallas.

-¿A qué hora comienza tu jornada aquí?

-A las nueve. Y ahora, si me disculpas, me gustaría vestirme.

Sloan alzó la mirada para comprobar la situación del sol.

-Me parece que todavía dispones de una hora antes de que tengas que entrar. Y por tu manera de moverte, no tardarás ni media en prepararte.

Amanda cerró los ojos por un instante, a punto de estallar.

-Sloan, ¿es que estás intentando irritarme? -No tengo ninguna necesidad. Ya te irritas tú sola -con aparente naturalidad tiró de los dos extremos de la toalla, acercándola hacia sí. Sonrió al ver que levantaba rápidamente la cabeza-. ¿Lo ves?

Amanda estaba disgustada consigo misma por la forma en que se le había acelerado el corazón, y por el nudo de tensión que sentía en el estómago.

-¿Qué te pasa, O'Riley? -preguntó-. Ya te he dejado meridianamente claro que no estoy interesada.

-¿Seguro? -la acercó aún más. El humor que hasta ese momento había brillado en sus ojos se había transformado al instante en algo completamente distinto. Algo tan oscuro y peligroso como excitante-. Eres como un manantial de agua fresca. Cada vez que estoy cerca de ti, me entra una sed terrible -con un último tirón, le hizo perder el equilibrio y cayó directamente sobre él. Las manos se le quedaron aprisionadas contra su poderoso cuerpo-. Y ese pequeño sorbo que tomé ayer no fue ni mucho menos suficiente -inclinando la cabeza, le mordisqueó el labio inferior.

Sloan pudo percibir su temblor, pero mientras la miraba a los ojos, no vio en ellos miedo. Una punzada de pánico quizá, pero no miedo. Aun así, esperó a que se resistiera, a que pronunciara una negativa. Eso era algo que tendría que respetar, por muy intensa que fuera su necesidad de saborearla.

Pero Amanda no dijo nada, sino que simplemente se lo quedó mirando con aquellos enormes ojos llenos de sospecha. Suavemente Sloan le acarició los labios con los suyos.

-Quiero más -murmuró. E insistió.

Amanda había cerrado los puños, pero no podía usarlos para empujarlo. El combate se estaba librando en su interior, una salvaje y cruel batalla que estaba trastornando completamente su sistema nervioso incluso mientras él bombardeaba de aquella forma sus sentidos. Atrapada entre dos fuegos, dejó de pensar.

La boca de Sloan no se movía ya con languidez, ni sus manos con lentitud. Sus labios arrasaban los suyos mientras con una mano le presionaba la espalda desnuda y

húmeda. Poco a poco Amanda fue abriendo los dedos y, tras ascender por sus hombros, por su cuello, terminó enterrándolos en su pelo. Aquella desesperación que estaba sintiendo era algo nuevo, aterrador, maravilloso. Algo que la impulsaba á apretarse contra su pecho con la misma urgencia con la que él la estaba abrazando.

Aquel repentino cambio lo desconcertó. Estaba acostumbrado a que se le nublaran los sentidos con una mujer, a aquel acelerado latido y ardor de la sangre. Pero aquello era distinto. En el preciso instante en que Amanda pasó de una aturdida rendición a aquella febril urgencia, descubrió en sí mismo una necesidad tan intensa y aguzada que parecía perforarle el alma. A partir de entonces, solo la sintió a ella. La húmeda y sedosa textura de su piel. El dulce calor de sus labios.

Amanda temía ya que el corazón fuera a salirse del pecho. Era como si el calor de su cuerpo hubiera convertido el agua de su piel en vapor, y aquellos vapores se le hubieran subido al cerebro.

-Amanda -pronunció Sloan, aspirando profundamente. Abrió los ojos y, al mirarla, volvió a sufrir aquella pavorosa punzada de deseo-. Sube a mi habitación.

-¿A tu habitación? -se llevó una mano temblorosa a los labios, y luego a una sien-. ¿Tu habitación?

Aquella voz ronca y aquella mirada aturdida estaban a punto de enloquecerlo, de hacerlo caer de hinojos ante ella. Todavía no le había suplicado nunca a ninguna mujer, pero con Amanda sospechaba que eso era algo inevitable.

-Ven conmigo -con gesto posesivo, deslizó las manos por sus hombros. En algún momento la toalla había resbalado al suelo-. Necesitamos terminar esto en privado.

-¿Terminar esto?

Con un gruñido, volvió a besarla. Fue un último, largo, hambriento beso.

-Creo que vas a llegar tarde a trabajar.

Antes de que pudiera recuperarse, Amanda se dio cuenta de que la estaba empujando suavemente hacia la puerta. «¿Su habitación?», se preguntó, mareada. Oh, Dios, ¿qué había hecho? ¿Qué era lo que estaba a punto de hacer? «No», pensó, decidida.

-No voy a ir a ninguna parte -exclamó, apartándose bruscamente de él.

-Es un poco tarde para andar jugando -extendió una mano, tomándola de la nuca-. Te deseo. Y no puedes disimular que tú también me deseas a mí. No después de lo que acaba de ocurrir.

-Yo no estoy jugando -replicó con tono firme, preguntándose si podría escuchar el tumultuoso latido de su corazón-. Y no pienso empezar a hacerlo ahora -se recordó que era una mujer razonable. No de las que corrían a una habitación de hotel a hacer el amor con un hombre al que apenas conocían-. Quiero que me dejes en paz.

-Ni hablar. Yo siempre termino lo que empiezo.

-Pues considera esto como terminado. No tenía ningún sentido empezar.

-¿Por qué?

Amanda se volvió para ponerse el albornoz.

-Conozco a los de tu tipo, O'Riley.

-¿Ah, sí?

-Vas viajando de ciudad en ciudad y dedicas tu tiempo libre a darte un revolcón con la primera mujer dispuesta a ello con la que te encuentras -se ató con fuerza el cinturón-. Pues bien, yo no estoy dispuesta.

-Te crees que ya me has etiquetado, ¿eh? -no la tocó, pero su expresión bastó para intimidarla. No se molestó en explicarle que con ella era diferente. Eso era algo que ni siquiera se había explicado a sí mismo-. Puedes tomarte esto como una advertencia, Calhoun. No hemos terminado. Al final te tendré.

-¿Que me tendrás? -en un acceso de orgullo y furia, dio un paso hacia él-. Maldito arrogante...

-Resérvate esos halagos para más adelante -la interrumpió-. Porque habrá un después, Amanda, solo para nosotros solos. Y te prometo que no será algo rápido -sonrió-. Cuando te haga el amor, me tomaré mi tiempo -deslizó un dedo por el cuello de su albornoz-. Y te volveré loca.

Ella le retiró bruscamente la mano.

-Eso ya lo has conseguido.

-Gracias. Bueno, ahora me voy a desayunar. Que tengas un buen día.

«Lo tendré», pensó Amanda mientras Sloan se alejaba tranquilamente, silbando. Lo tendría siempre y cuando no volviera a verlo.

Ya era bastante malo que hubiera tenido que quedarse a trabajar hasta tarde, pero tener que aguantar uno de los habituales sermones del señor Stenerson sobre la eficiencia era ya demasiado. Como director del hotel BayWatch, Stenerson era tan exigente como maniático y cargante con sus empleados. Su método preferido de supervisión era delegar. De esa manera siempre podía echar la culpa a alguien cuando las cosas salían mal, y llevarse el mérito cuando resultaban bien.

En su despacho decorado en tonos pastel, Amanda escuchaba pacientemente la lista de quejas de aquella semana.

-El servicio de limpieza se ha retrasado veinte minutos. Desde mi puesto de vigilancia en el tercer piso, descubrí este envoltorio de celofán bajo la cama de la 302 -levantó la mano y agito el plástico como si fuera una bandera-. Espero que lleve más cuidado, señorita Calhoun.

-Sí, señor. Hablaré personalmente con el servicio de limpieza.

-Será mejor que lo haga -tomó su cuaderno, del que nunca se separaba-. La velocidad del servicio de habitaciones ha bajado en un ocho por ciento. A este ritmo, cuando lleguemos al pico de temporada habrá descendido en un veinte.

Al contrario que Stenerson, Amanda había trabajado tiempo extra en la cocina durante las horas del desayuno y la comida.

-Quizá si contratáramos a un camarero o dos más... -empezó a decir.

-La solución no estriba en ampliar la plantilla, sino en mejorar la eficiencia de la que tenemos -tamborileó con los dedos en su cuaderno-. Espero que para la semana que viene el servicio de habitaciones rinda al máximo de su capacidad.

-Sí, señor.

-Espero también que esté dispuesta a arremangarse la camisa y trabajar en lo que sea y cuando sea necesario, señorita Calhoun -entrelazó sus blancas y finas manos

y se inclinó hacia delante. Antes de que volviera a abrir la boca, Amanda ya sabía lo que iba a seguir-: Hace veinte años yo trabajaba de camarero en este hotel, y solo a fuerza de pura determinación fue como alcancé la posición que ostento hoy. Si usted espera tener el mismo éxito, quizá incluso ocupar mi puesto cuando me jubile, deberá vivir por y para BayWatch. Recuerde que la eficiencia de la plantilla es siempre un reflejo de la de cada empleado, señorita Calhoun.

-Sí, señor -ansiaba decirle que al cabo de un año ella tendría su propia plantilla y su propio despacho, y que con mucho gusto 'mandaría aquel empleo al diablo. Pero no se lo dijo. Hasta que llegara su momento, necesitaba el puesto y la paga semanal-. Ahora mismo tengo una reunión con los trabajadores de la cocina.

-Bien, bien. Bueno, esta tarde la dejo a usted a cargo de todo. No quiero que se me moleste. Oh, y en cuanto a las reservas de agosto, quiero un informe. Ah, y hable con el chico de la piscina acerca de esas toallas desaparecidas. Este mes hemos perdido cinco.

-Sí, señor, ¿algo más? -«¿quiere que le abrillante los zapatos, que le lave el coche?»-, se burló para sus adentros.

-No. Eso es todo.

Amanda abrió la puerta y se esforzó por ponerse su habitual máscara de fría e imperturbable profesionalidad. En aquel instante tenía unas inmensas ganas de tirar cosas al suelo y darse de cabezazos contra la pared. Pero antes de que tuviera oportunidad de retirarse a un lugar discreto y privado para hacerlo, la llamaron a recepción.

Sloan se sentó en el vestíbulo con la única intención de observarla. Se sorprendió al ver que todavía seguía trabajando. Había pasado el día entero en Las Torres, y el maletín que tenía al lado estaba lleno de notas, medidas y bocetos. A esas horas, lo único que quería era tomarse una buena cerveza y comerse un sabroso filete.

Pero allí estaba Amanda, informando a los clientes, impartiendo órdenes a sus subalternos, firmando papeles. Y, a pesar de ello, tan fresca y tan bella como aquella mañana. En cierto momento vio cómo se quitaba un pendiente mientras atendía una llamada de teléfono.

Era un verdadero placer contemplarla. Desbordaba una incansable actividad, sin

esfuerzo aparente. Pero no. Porque, cuando se fijaba mejor, veía que tenía el ceño levemente fruncido. Tal vez de frustración, o de disgusto. O de simple testarudez.

Sintió el poderoso impulso de levantarse e ir hacia ella para borrar aquel sombrío ceño. Pero, en lugar de eso, llamó a un botones.

-¿Señor?

-¿Hay alguna floristería por aquí cerca?

-Sí, señor. Aquí al lado, bajando la calle.

Todavía observando a Amanda, Sloan sacó su cartera y le entregó al chico un billete de veinte dólares.

-¿Querías acercarte y comprarme una rosa roja? Un capullo de tallo largo, que todavía esté cerrado. Y quédate con el cambio.

-Sí, señor. Muchas gracias.

Mientras esperaba, Sloan pidió una cerveza y encendió un cigarro. Luego, con las piernas estiradas, se preparó para disfrutar de lo que seguiría a continuación.

Agarrando con fuerza el pendiente, Amanda se llevó una mano al estómago. Al menos cuando bajaba a la cocina a hablar con los trabajadores podía picar algo. Una mirada al reloj le confirmó que ese día no le quedaría tiempo para revisar los papeles de su familia, como solía hacer a diario, a la busca de alguna pista del collar de esmeraldas. Lo único bueno de aquella situación era que, cuando volviera a Las Torres, no tendría que aguantar la molesta presencia de Sloan.

-Disculpe.

Amanda alzó la mirada y vio a un hombre elegante y atractivo, vestido con un traje de color hueso. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, y tenía unos ojos azules de mirada cálida, sonriente. Su leve acento inglés añadía todavía un mayor encanto a su voz.

-Dígame, señor, ¿en qué puedo ayudarlo?

-Me gustaría hablar con el director.

-Lo siento, pero el señor Stenerson no está disponible en este momento. Si tiene

algún problema, me encantaría poder ayudarlo.

-Oh, no es ningún problema, señorita... -bajó la mirada al nombre que aparecía en su placa... Calhoun. Voy a alojarme aquí durante unas semanas. Tengo reservada la suite Island.

-Ah, por supuesto, señor Livingston. Lo estábamos esperando -rápida y diligentemente, comprobó los datos en el ordenador-. ¿Ya se había alojado antes en el hotel?

-No -sonrió-. Lamentablemente.

-Espero que la suite sea de su gusto -mientras hablaba, le entregó un impreso de registro-. Si hay algo que podamos hacer para hacerle más agradable su estancia aquí, no dude en pedirnoslo.

-Estoy seguro de que mi estancia va a ser muy placentera -le lanzó una detenida mirada al tiempo que rellenaba el documento-. Pero, por desgracia, ha de ser también productiva. ¿Querría informarme acerca de la posibilidad de alquilar una máquina de fax durante mi estancia?

-En el hotel tenemos un servicio de fax a disposición de los clientes.

-Me temo que tengo trabajo pendiente, y voy a necesitar un aparato propio. No me resultaría práctico tener que bajar aquí cada vez que necesitara enviar o recibir algún documento. Naturalmente, estoy dispuesto a pagar lo que sea. Si no puedo alquilar uno, quizá pueda comprármelo.

-Veré lo que puedo hacer.

-Le estaría muy agradecido -le tendió su tarjeta de crédito-. Ah, usaré el salón de la suite como oficina. Preferiría que el servicio de limpieza no tocara mis papeles.

-Por supuesto.

-¿Pecaría de indiscreto si le preguntara si conoce bien la isla?

-He nacido en ella -sonriendo, Amanda le devolvió la tarjeta y le entregó las llaves.

-Maravilloso. Entonces recurriré a usted si tengo alguna pregunta. Muchísimas gracias por todo, señorita Calhoun -mientras le estrechaba la mano, volvió a mirar su

nombre en la placa-. Amanda.

-De nada -algo nerviosa, llamó a un botones-. Que disfrute de su estancia aquí, señor Livingston.

-Ya lo estoy haciendo.

Una vez que se hubo retirado, Karen, la joven compañera de Amanda en el mostrador de recepción, soltó un profundo suspiro.

-¿Quién era ese?

-William Livingston.

-Un tipo magnífico. Si me hubiera mirado como te ha mirado a ti, me habría derretido por dentro.

«William Livingston», se repitió Amanda, con la mirada fija en el impreso de registro. De Nueva York. Si podía permitirse pasar un par de semanas en la suite Island, eso quería decir que tenía tanto dinero como encanto, elegancia y buen gusto con la ropa. Si hubiera estado buscando un hombre, aquel caballero habría satisfecho todos sus requisitos. Abrió el listín telefónico y se puso a buscar un servicio de alquiler de máquinas de fax.

-Hola, Calhoun.

Con un dedo en una página de la agenda, alzó la mirada. Era Sloan, con su camisa de franela enrollada hasta los codos, levemente despeinado, apoyado indolentemente sobre el mostrador.

-Estoy ocupada -pronunció, despreciativa.

-¿Trabajando hasta tarde?

-Qué sagaz.

-Estás preciosa con ese traje -deslizó un dedo por la solapa de su chaqueta roja-. En plan modosita y recatada, claro.

Lejos del pequeño sobresalto que sufrió u pulso cuando William. Livingston le estrechó la mano, el contacto de Sloan le aceleró violentamente el corazón.

-¿Tienes algún problema con tu habitación? -inquirió disgustada.

-No. Es muy bonita.

-¿Con el servicio?

-No podría quejarme de nada.

-Entonces, si me disculpas, tengo trabajo que hacer.

-Oh, ya lo suponía. No he dejado de observarte durante la última media hora.

-¿Me has estado observando? -exclamó, frunciendo el ceño.

Sloan mantuvo fija la mirada en sus labios, evocando su sabor.

-Sí. Mientras me tomaba una cerveza.

-Debe de ser muy agradable tener tanto tiempo libre. Y ahora...

-Lo importante no es la cantidad, sino el saber aprovecharlo. Y dado que te resultó... imposible desayunar conmigo, ¿por qué no cenamos juntos?

Consciente de que sus compañeras mantenían los oídos bien abiertos, Amanda bajó la voz.

-¿Aún no se te ha metido en la cabeza que no estoy interesada?

-No -sonrió, y le hizo un guiño a Karen, que se había acercado discretamente-. Dijiste que no te gustaba malgastar el tiempo. Así que pensé que podríamos cenar un poco y retomar aquello que habíamos dejado empezado esta mañana.

Amanda recordó aquellos segundos en que se había sentido perdida en sus brazos. Con la mente nublada y el pulso latiéndole a toda velocidad. Se había quedado contemplando fijamente sus labios cuando una irónica sonrisa la devolvió de pronto a la realidad.

-Estoy ocupada, y no tengo ningún deseo...

-Tienes mucho deseo, Amanda.

-No quiero cenar contigo, ¿está claro?

-Como el cristal. Estaré arriba si se te abre el apetito -de repente sacó la rosa que había mantenido oculta detrás de la espalda y se la puso en la mano-. No trabajes demasiado.

-Qué suerte. Dos pretendientes en una sola tarde -murmuró segundos después Karen, viendo alejarse a Sloan-. Dios mío, qué manera de llevar unos vaqueros.

Para sus adentros, Amanda no pudo más que darle la razón, y se maldijo a sí misma.

-Es un hombre grosero, irritante e insoportable -pero se acarició una mejilla con el capullo de rosa.

-De acuerdo, entonces yo me quedaré con el segundo candidato. Así podrás dedicarte tú al de Nueva York.

-A lo que me voy a dedicar es a trabajar. Y tú también. Stenerson está al caer, y lo último que necesito es que un maldito vaquero altere mi rutina de trabajo.

-Ojalá se ofreciera ese tipo a alterar la mía -musitó Karen antes de continuar con sus tareas.

Amanda se prometió que no volvería a pensar en él. Dejó la rosa a un lado, pero al rato volvió a tomarla. Después de todo, la culpa no era de la flor, que se merecía que la pusieran en agua y la admiraran por su belleza. Un tanto ablandada, aspiró su aroma y sonrió. Sloan había tenido un gesto muy dulce al regalársela. Por muy irritante que se hubiera mostrado con ella, habría debido darle las gracias.

De repente sonó el teléfono. Con gesto ausente, descolgó el auricular.

-Recepción, Amanda Calhoun al habla. ¿En qué puedo ayudarlo?

-Solo quería oírte decir eso -rió Sloan-. Buenas noches, Calhoun.

Mascullando una maldición, Amanda volvió a colgar.

No obstante, sin saber por qué, se echó a reír cuando se llevó la rosa a su despacho para buscar un vaso donde ponerla.

Corrí hacia él. Era como si otra mujer estuviera corriendo por el césped, ladera abajo, por las rocas. En aquel momento no existía lo justo o lo injusto. No existía ningún deber excepto el que me exigía mi propio corazón. Porque indudablemente era mi corazón el que guiaba mis pasos, mis ojos, mi voz.

Se había vuelto de espaldas al mar. La primera vez que lo vi se encontraba de frente al mar, librando su batalla personal con las pinturas y el lienzo. Pero en aquel instante solo estaba contemplando el agua. Cuando lo llamé, se giró en redondo. En su rostro pude ver el reflejo de mi propio gozo. Su risa era la mía mientras corría a mi encuentro. Me abrazó con tanta fuerza... Ocurrió lo que tanto había soñado. Su boca se adaptaba a la perfección a la mía, tan tierna y a la vez tan impaciente...

El tiempo no se detiene. Mientras estoy aquí sentada escribiendo esto, ahora lo sé. Pero entonces... oh, entonces sí que se detuvo. Solamente existía el viento y el rumor del mar y la simple maravilla de estar en sus brazos. Como si durante toda mi vida hubiera estado esperando a que sucediera aquel 'mágico instante.

De pronto se apartó, deslizó las manos por mis brazos hasta entrelazarlas con las mías, y se las llevó luego a los labios. Sus ojos se habían oscurecido, se habían vuelto del color del humo.

-Había hecho las maletas -dijo-. Lo había preparado todo para volver a Inglaterra. Quedarme aquí sin ti ha sido un infierno. Me volvía loco solo de pensar que quizá nunca más volvería a verte, a tocarte... Cada día, cada noche, Bianca, he suspirado por ti.

Yo le acariciaba el rostro, delineando sus rasgos como tantas veces había soñado hacerlo.

-Yo también temía no volver a verte. Intenté rezar para que no fuera así -me aparté de él, repentinamente avergonzada-. Oh, ¿qué pensarás de mí? Soy la esposa de otro hombre, la madre de sus hijos...

-Aquí no -su voz era dura, aunque sus manos eran tiernas-. Aquí me perteneces. Aquí, donde te vi por vez primera hace ahora un año. No pienses en él.

Me besó otra vez, y ya no pude pensar. Ya no me importó nada.

-Te he esperado, Bianca, en el frío del invierno, en el calor de la primavera. Cuando intentaba pintar, era tu imagen la que asaltaba mi mente. Podía verte aquí, donde estás, con el viento haciendo ondear tu pelo, con la luz del sol tornándolo rojizo,

y dorado. Intenté olvidarte -con sus manos en mis hombros, me miraba como si quisiera devorar mi rostro-. Intenté decirme que esto era un error, que por tu bien, cuando no por el mío, debía marcharme de aquí. Te imaginaba con él, asistiendo a un baile, al teatro, acostándote en su cama -sus dedos se tensaron sobre mis hombros-. «Ella es su esposa», me decía a mí mismo. «No tienes derecho a desearla, a esperar que venga a ti. Que te pertenezca».

Le acaricié los labios con la punta de mis dedos. Su dolor era el mío.

-He venido a ti. Te pertenezco.

Me dio la espalda. La sensatez y el amor luchaban en su interior.

-No tengo nada que ofrecerte.

-Tu amor sí. No deseo otra cosa -le respondí.

-Ya soy tuyo. He sido tuyo desde el primer momento en que te vi -se volvió otra vez hacia mí y me acarició una mejilla. Yo podía ver el arrepentimiento, y también el anhelo, en aquellos preciosos ojos-. Bianca, no hay futuro para nosotros. Ni puedo pedirte, y no te pediré, que renuncies a lo que tienes.

-Christian...

-No. No lo haré. Sé que me darías lo que te 'pidiera, lo que no tengo ningún derecho a pedirte, y que después me odiarías por ello.

-No -en aquel momento recuerdo que afloraron a mis ojos las lágrimas-. Yo nunca podría odiarte.

-Entonces me odiaría yo. Pero sí te pediré unas pocas horas de tu compañía en este verano, cuando puedas venir aquí... y podamos fingir los dos que el invierno nunca vendrá sonriendo, me besó con ternura-. Ven aquí y reúnete conmigo, Bianca, bajo la luz del sol. Déjame pintarte. Con eso me contentaré.

Y así cada mañana, cada día durante este dulce e interminable verano, me reuniré con él. En los acantilados, frente al mar, seremos todo lo felices que puedan serlo dos enamorados.

-Hola.

Sloan alzó la mirada de las notas que estaba tomando en el salón de billar y vio a una esbelta gitana, vestida con una bata estampada de flores. Sus ojos de mirada soñadora lo escrutaron mientras entraba en la habitación, con la actitud de alguien que tuviera todo el tiempo del mundo y estuviera dispuesto a derrocharlo generosamente.

-Hola -Sloan percibió su perfume sutil, como a flores secas, antes de que le tendiera la mano.

-Yo soy Lilah. Durante los dos últimos días no hemos podido coincidir.

-Y yo lo lamento terriblemente.

Se echó a reír. Las primeras impresiones contaban mucho para Lilah, y a esas alturas ya había decidido que Sloan le gustaba.

-Yo también. ¿Qué has estado haciendo?

-Familiarizándome con este lugar, y con la gente que lo habita. ¿Y tú?

-He estado ocupada intentando descubrir si estaba enamorada o no.

-¿Y?

-No -respondió, pero a Sloan no le pasó desapercibida la mirada nostálgica que asomó a sus ojos antes de volverse para caminar por el salón-. Y bien, ¿en qué piensas convertir esta habitación?

-En un elegante comedor de estilo principios de siglo. Derribaremos parte de esa pared de allí, abriremos una puerta que comunique con el estudio contiguo, instalaremos un par de puertas con vidrieras y ya tendremos el comedor.

-¿Así, sin más?

-Así sin más... después de haber solucionado los problemas que pueda tener la estructura. Dentro de un par de días ya tendré preparados unos cuantos bocetos preliminares para enseñárselos a Trent y a tu familia.

-Me resulta extraño... -murmuró Lilah, deslizando un dedo por el respaldo de una antigua y polvorienta silla-... imaginarme este lugar nuevo y reformado, con gente viviendo en él, como antes -sin embargo, si cerraba los ojos, podía verlo perfectamente-. Aquí solían darse grandes fiestas, muy elegantes. Me imagino a mi bisabuelo saboreando un escocés al lado de la mesa de billar... -se volvió hacia Sloan-. ¿Piensas en esas cosas cuando haces tus bocetos y calculas las medidas de todo?

-Sí. Mira, aquí, en el suelo, hay una huella de quemadura -señaló el lugar con su bolígrafo-. Me imagino a un tipo grueso, vestido de frac, que dejó caer por descuido la ceniza de su puro mientras discutía sobre la guerra en Europa. Otros dos estarían al lado de esa ventana, bebiendo brandy y enfrascados en una conversación sobre el mercado de acciones.

Riendo, Lilah se le acercó.

-Y las señoras estarían abajo, en el salón.

-Escuchando música de piano y hablando de las últimas novedades de la moda de París.

-O discutiendo sobre la posibilidad de alcanzar el derecho al voto.

-Eso es.

-¿Sabes? Creo que tú eres justo lo que Las Torres necesitan. ¿Puedo echar un vistazo a tus dibujos, o te da vergüenza enseñarlos?

-Tengo por costumbre no contrariar jamás a una mujer hermosa.

-Astuto e inteligente -se inclinó sobre su hombro y se puso a ojear sus papeles-. Vaya, pero si es la Sala del Emperador.

-¿El qué?

-La Sala del Emperador: así es como llamamos a la mejor habitación de invitados. La que tiene ese fresco con angelitos en el techo -recogiéndose la melena de un hombro, examinó el dibujo más de cerca-. Es estupendo -advirtió que el vestidor había sido convertido en un pequeño y acogedor salón. El cuarto de baño apenas había sufrido cambios, con un moderno jacuzzi instalado en lo que había sido un viejo trastero contiguo-. Todo en el estilo de principios de siglo. Apenas has cambiado la decoración original.

-Trent me dijo que quería conseguir lujo y funcionalidad sin alterar la atmósfera, el ambiente originario. Conservaremos la mayor parte de los materiales y reproduciremos los que sean irrecuperables.

-Lo conseguirás -de repente, un brillo de emoción asomó a los ojos de Lilah mientras apoyaba una mano en su hombro-. Mi padre quería hacerlo. Mi madre y él estaban hablando todo el tiempo de eso. Ojalá pudieran verlo.

Conmovido, Sloan puso una mano sobre la de ella. Y en esa postura seguían cuando Amanda entró en la habitación. Su primera reacción fue de asombro al ver a su hermana con la mejilla casi pegada a la de Sloan. Luego sobrevino la punzada de celos. Era indudable que había interrumpido un momento privado, íntimo.

De todas formas, ¿de qué se asombraba? ¿Acaso no lo había definido como un impenitente mujeriego?

-Perdón -pronunció con voz helada, entrando en la sala-. Te estaba buscando, Lilah.

-Pues me has encontrado -repuso, todavía con los ojos brillantes de emoción. No se molestó en apartarse de él-. Pensé que ya era hora de que conociera a Sloan.

-Veo que ya lo has hecho -decidida a aparentar un tono de naturalidad, Amanda hundió las manos en los bolsillos de los pantalones-. Hoy te toca a ti revisar los papeles de la familia en el almacén.

-Vaya, para esto sirven los días libres -Lilah arrugó la nariz, y le lanzó a Sloan una sonrisa cómplice-. Las Calhoun se han convertido en detectives, a la caza y captura de pistas sobre el escondrijo de las esmeraldas.

-Eso he oído.

-Quizá las encuentres tú un día por accidente, detrás de un falso tabique -con un suspiro, se dispuso a retirarse-. Bueno, el deber me reclama. Mandy, deberías echar un vistazo a los bocetos de Sloan. Son estupendos.

-No lo dudo.

Su tono irónico no reflejaba ninguna duda sobre su actitud. Consciente de ello, Lilah no dejó pasar aquella oportunidad de hacer rabiar a su hermana. Fue por eso por lo que, antes de marcharse, se inclinó para besar a Sloan en las mejillas.

-Bienvenido a Las Torres.

Su intención resultaba evidente. Sloan se dijo que podía tener unos ojos de mirada soñadora, pero el brillo que en aquel instante brillaba en ellos era de pura malicia.

-Gracias. Cada día que pasa, me siento más y más cómodo. Como si estuviera en mi propio hogar.

-Te veré en el almacén dentro de quince minutos -le dijo a Amanda, sonriéndose, y abandonó la sala.

-¿Es ese tu nuevo uniforme? -le preguntó Sloan a Amanda viéndola de pie en medio de la habitación, con las manos todavía en los bolsillos de sus holgados pantalones grises.

-Hoy no entro a trabajar hasta las dos.

-Estupendo. ¿Sabes? Me gusta tu hermana. -Eso me parecía.

-¿A qué se dedica?

-Trabaja de naturalista en el Parque Nacional de Acadia.

-Le sienta bien ese oficio.

Como si su tono de admiración no la hubiera molestado en absoluto, se encogió de hombros y se acercó a las puertas que comunicaban con la terraza.

-Creí que estarías tomando medidas, o algo así... -por encima del hombro, le lanzó una mirada sesgada-. De las habitaciones, claro está.

Sloan se echó a reír.

-Te pones muy bonita cuando estás celosa, Calhoun.

Amanda se volvió rápidamente.

-No sé de qué estás hablando.

-Claro que lo sabes, pero puedes quedarte tranquila. Es en ti en quien me he

fijado.

¿Acaso esperaba que se sintiera halagada?, se preguntó.

-¿Te parezco un objetivo?

-Más bien me pareces el gran premio -alzó una mano con gesto conciliador-. Mira, antes de que explotes, ¿por qué no nos ocupamos de nuestro negocio?

-Tú y yo no tenemos ningún negocio en común.

-Trent me dijo que, hasta que volviera, tú eras la única con quien debía tratar de todo lo relacionado con las reformas. Al parecer eres la persona más capacitada para ello de la familia, y además conoces bien el negocio hotelero.

-¿Qué es lo que quieres saber?

-Pensé que te gustaría echar un vistazo a lo que llevo trabajado.

Aunque se moría de ganas, procuró disimularlo.

-De acuerdo, pero solo dispongo de unos minutos.

-Tendré que conformarme -esperó mientras ella atravesaba la sala-. He esbozado los planos de dos suites -la informó, revolviendo unos papeles-. Además de la torre y de la mayor parte del comedor que ocupará esta habitación.

Amanda se acercó. Y, como Lilah, se quedó impresionada con sus bocetos.

-Trabajas rápido -comentó, sorprendida.

-Para eso me pagan -disfrutó observando la forma en que alzaba una mano para apartarse el pelo de los ojos. Olía maravillosamente bien.

-¿Qué es esto?

-¿El qué? -estaba demasiado ocupado admirando el reflejo del sol en su pelo para prestar atención a cualquier otra cosa.

-Esto -señaló un punto del dibujo.

-Mmm. Es una antigua escalera para uso de la servidumbre. Derribándola

podremos hacer una suite de dos niveles: en un piso el salón y el cuarto de baño, y en otros dos dormitorios y un baño más grande. Dado que las escaleras están abiertas, eso nos permite una separación de funciones sin por ello reducir el espacio.

-Queda bien. Supongo que ahora tendrás que conseguir los presupuestos.

-Ya he hecho algunas llamadas.

Amanda era consciente de que se debilitaba por momentos. Estaba demasiado cerca de ella.

-Bueno, obviamente... -volvió la cabeza para mirarlo. La miraba con expresión tranquila. Peligrosamente tranquila-... sabes lo que estás haciendo.

-Sí.

«Claro que lo sabía», pensó en el instante en que se vio irremediamente atraída hacia él... por una especie de fuerza interior, por una cálida necesidad que la recorría por dentro. Solo tenía que ceder, inclinarse un poco más... Sí, podría besar esos labios, y volver a sentir, como el día anterior, aquel inefable placer y aquella arrebatadora excitación. La estaba esperando, observándola con aquellos ojos verdes oscurecidos de deseo, anhelante de que hiciera aquel leve pero significativo movimiento. Y conforme seguía deslizándose a su encuentro, se oyó a sí misma suspirar.

Pero entonces recordó.

Lo había sorprendido en una postura muy semejante con Lilah hacía tan solo unos minutos. Solo una estúpida se dejaría manipular por un hombre que se tomaba tan a la ligera los sentimientos de las mujeres. Y Amanda Calhoun no era ninguna estúpida. Rápidamente se apartó.

-¿Me he perdido algo? -le preguntó él.

-No sé lo que quieres decir.

-Por supuesto que lo sabes. Has estado a un paso de besarme, Mandy. Se podía ver en tus ojos. Pero ahora tu mirada ha vuelto a helarse.

A Amanda le habría encantado poder hacer lo mismo con su sangre.

-Creo que te traiciona tu propio ego. Supongo que es algo típico en los hombres

como tú. Si quieres pasar un rato divertido con alguna mujer, vuelve a intentarlo con Lilah.

Sloan estaba acostumbrado a dominar su impaciencia. Pero en aquel momento, con Amanda, no le resultaba nada fácil.

-¿Me estás diciendo que Lilah está disponible para cualquier hombre que la pretenda?

-Tú no sabes nada de mi hermana, O'Riley -estalló, roja de furia-. Vigila lo que dices o yo...

-Solo te preguntaba por lo que tú misma habías dicho -le recordó.

-Yo puedo decir lo que quiera, tú no. Lilah tiene un gran corazón, generoso a más no poder. Si le haces daño...

-Espera, espera -riendo, alzó las manos en un gesto de rendición-. Mira, si tienen que juzgarme, prefiero que lo hagan por algo que he hecho... o al menos por lo que pretendo hacer. En primer lugar, no soy el peligroso depredador que parece pensar que soy. Y, en segundo lugar, no estoy interesado en... flirtear con Lilah.

-¿Seguro? -inquirió Amanda, alzando la barbilla.

-Seguro. Dime, ¿es que has heredado la demencia de tu bisabuela o simplemente eres así de obstinada?

Había llegado a un punto en que se sentía tan avergonzada como furiosa, y se acercó a la ventana. Si Sloan era un depredador, eso no era problema suyo. Su problema era que había reaccionado de manera exagerada al verlo con Lilah. Se estaba complicando la vida por nada. Si seguía enfrentándose con él cada vez que pasaban cinco minutos juntos, su relación profesional acabaría resintiéndose. Y, después de todo, el trabajo era lo principal.

-Bien. Creo que deberíamos limitar nuestra relación a un nivel profesional. Y dejarla ahí.

-Lo haces muy bien -observó Sloan.

-¿El qué?

-Engañarte a ti misma. No tiene que ser nada fácil si sientes por dentro al menos

la mitad de lo que siento yo -sonrió-. Adelante, ponte tu máscara de profesional. Es algo que admiro muchísimo en ti.

Amanda no sabía si ponerse a gritar, o llorar, o simplemente reconocer su derrota. Finalmente sacudió la cabeza y lo intentó de nuevo.

-Me gusta tu trabajo.

-Gracias.

-Trent y yo ya estuvimos hablando del presupuesto del proyecto. Puede que C.C. y él sigan de luna de miel para cuando empecemos a recibir las primeras ofertas. Si ese es el caso, tú y yo tendremos que tomar decisiones. Por lo que se refiere a la parte de la casa habilitada como hotel, tienes las manos libres para hacer lo que quieras. Sin límite. En cuanto a la otra parte de la casa, la familiar, solo nos interesan las reparaciones más esenciales.

-¿Por qué? -inquirió Sloan-. Todo el edificio se merece una remodelación completa.

-Porque el hotel es un negocio, y las Calhoun y los St. James serán los socios. Nosotros tenemos la propiedad, él tiene el capital. Todas convinimos en que no nos aprovecharíamos de su generosidad, ni del hecho de que quisiera casarse con C.C.

-Me parece que Trent tiene otros planes -reflexionó por un momento-. Y sé que jamás permitiría que alguien se aprovechara de su generosidad.

-Lo sé -sonrió Amanda-, y nosotras, todas nosotras, le estamos muy agradecidas por su deseo de ayudarnos, pero nuestra decisión es firme. Las Torres, o al menos la parte de Las Torres que nos pertenece, es un asunto de las Calhoun. Aceptaremos las reparaciones que tengan que hacerse en la instalación eléctrica, la del agua y las que sean necesarias, pero después le devolveremos la parte proporcional de los gastos. Si el negocio marcha bien, podremos ser autosuficientes durante los próximos años.

Sloan advirtió que había mucho orgullo en aquella actitud. Y mucha integridad.

-Bueno, ya hablarás de todo eso con Trent. Mientras tanto, nos concentraremos en el ala oeste.

-Bien. Si al final dispones de tiempo, también podrás echar un vistazo al resto. Sería estupendo que nos dieras una idea del presupuesto de las obras en la parte familiar de la casa.

-Claro. Os haré una estimación.

-Gracias. Cuando la tengas hecha, preferiría que me la entregaras a mí.

-Tú eres la jefa.

Amanda arqueó una ceja. Era extraño, pero hasta ese momento no había tomado conciencia de aquel hecho. Sonrió.

-Veo que empezamos a entendernos. Una cosa más.

-Tantas como quieras -respondió, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

-Solo una. Cuando estuve revisando los planes de boda, me di cuenta de que tú figurabas como padrino. Tu lista la tiene tía Coco.

-¿Mi lista?

-Sí. Con los horarios, las tareas y deberes que se te han adjudicado, todo eso. También hay una copia con toda la información necesaria: el nombre y el número de teléfono del fotógrafo, el contacto de los músicos, los camareros que hemos contratado... oh, y los nombres de las tres tiendas donde puedes alquilar un frac.

-Eres tremendamente eficaz, Calhoun -sacudió la cabeza, maravillado.

-Sí que lo soy. Bueno, te dejo trabajar. Hasta la una estaré en el almacén del tercer piso, en la otra ala. Después, si tienes alguna otra pregunta que hacerme, estaré en el BayWatch.

-Oh, ya sé dónde hallarte, Calhoun. Buena suerte, y a ver si encontráis alguna pista del collar.

La observó marcharse, y se la imaginó sentada en la habitación que hacía las veces de almacén, rodeada de cajas polvorientas y montañas de amarillentos papeles. Probablemente ya habría encontrado algún método para ordenarlo todo, pensó con una sonrisa. Se preguntó si sería consciente del maravilloso contraste que ofrecía su tarea: buscar, catalogar y ordenar todo de la manera más práctica posible... mientras reconstruía las piezas gastadas de un antiguo sueño.

Aquella mañana, sin embargo, poco pudo reconstruir Amanda de aquel sueño. Para cuando llegó al BayWatch, se dio cuenta de que había estado casi cinco horas trabajando en el almacén. Cuando semanas atrás empezó la búsqueda del collar, se habría prometido a sí misma que no se desanimaría, por muy poco que encontrara.

Hasta ese momento solo habían encontrado el recibo original de las esmeraldas, y una agenda donde Bianca las había mencionado. Suficiente para demostrar que el collar había existido, y para mantener viva la esperanza de recuperarlo. A menudo Amanda se había puesto a reflexionar sobre el significado que habría tenido aquel collar para su bisabuela, y en los motivos que habría tenido para esconderlo. Si acaso lo había escondido realmente, porque otro antiguo rumor decía que Fergus lo había arrojado al mar. Después de todas las anécdotas que había oído acerca de la avaricia de Fergus Calhoun, le resultaba difícil creer que pudiera haber renunciado tan gratuitamente a un cuarto de millón en joyas.

Además, no quería creer en ese rumor, admitió Amanda mientras se ponía la placa con su nombre en la solapa de la chaqueta. En el fondo de su carácter tenía una fuerte vena romántica, y era ese aspecto de su personalidad el que se aferraba a la suposición de que Bianca había escondido las esmeraldas, a la espera de que pudiera necesitarlas otra vez.

Dada su mentalidad práctica, la avergonzaba un tanto concebir aquella esperanza. La propia Bianca le resultaba tan misteriosa e inasible como el collar de esmeraldas. Su inveterado pragmatismo la imposibilitaba comprender a una mujer que lo había arriesgado todo, y finalmente se había matado, por amor. Un sentimiento tan intenso y desesperado le resultaba inverosímil, a no ser que lo viera reflejado en las páginas de una novela.

-¿Amanda?

Como estaba ocupada con las reservas realizadas en agosto, alzó una mano murmurando:

-Un momento -y terminó de hacer los cálculos-. ¿Qué pasa, Karen? ¡Oh, vaya! -se quitó las gafas de lectura y observó admirada el enorme ramo de rosas que cargaba en los brazos-. ¿Es que has ganado un concurso de belleza?

-No son más -Karen aspiró su fragancia, deleitada-. Ojalá lo fueran. Las han traído para ti.

-¿Para mí?

-Sí, si es que aún te sigues llamando Amanda Calhoun -Karen le entregó la tarjeta de la floristería-. Son tres docenas de rosas.

-¿Tres docenas?

-Las he contado -sonriendo, las dejó sobre el mostrador-. Bueno, tres docenas y una suelta añadió, señalando la rosa solitaria que las acompañaba.

«Sloan», pensó de inmediato Amanda, sintiendo que el corazón le daba un vuelco de ternura. ¿Cómo habría podido adivinar su secreta debilidad por las rosas rojas?

-¿No vas a leer la tarjeta? -le preguntó Karen.

-Ya sé quién me las manda... -empezó a decir, inconsciente del brillo de emoción que había asomado a sus ojos-. Ha sido tan amable al... -pero se interrumpió de pronto al leer el nombre que figuraba en la tarjeta-... ¡oh!

No era Sloan, se dijo con una punzada de decepción que no pudo menos que sorprenderla.

-¿Y bien? ¿Es que quieres que me ponga de rodillas?

Todavía desconcertada, Amanda le entregó la tarjeta.

-«En agradecimiento. William Livingston» -leyó Karen-. Oye, ¿qué has hecho para merecer semejante gratitud?

-Conseguirle una máquina de fax.

-Le conseguiste una máquina de fax -repitió Karen, devolviéndole la tarjeta-. El domingo pasado preparé un pollo fantástico, con todo tipo de guarnición, y lo único que conseguí fue una botella de vino barato.

-Supongo que tendré que darle las gracias -pronunció, frunciendo el ceño.

-Sí, es lo propio -Karen tomó una de las rosas y se la acercó a la nariz-. A no ser que quieras delegar esa tarea...

-Gracias, me las arreglaré yo sola -sonrió. Segundos después levantaba el auricular y marcaba la extensión de la suite Island.

-Livingston.

-Señor Livingston, soy Amanda Calhoun.

-Ah, la eficiente señorita Calhoun. ¿Qué puedo hacer por usted?

-Quería darle las gracias por las flores. Son preciosas. Ha sido un detalle muy bonito.

-Oh, solo ha sido una modesta manera de demostrarle mi agradecimiento por la ayuda que me ha prestado. Y por la rapidez de su trabajo.

-Mi trabajo consiste precisamente en eso. Por favor, avíseme si puedo volver a serle útil durante su estancia aquí.

-De hecho, hay algo en lo que bien podría usted ayudarme.

-Por supuesto -Amanda tomó papel y bolígrafo y se dispuso a tomar nota.

-Me gustaría que cenara conmigo.

-¿Perdón?

-Me gustaría invitarla a cenar. Comer solo es bastante aburrido.

-Lo siento, señor Livingston, pero va en contra de las normas del hotel relacionarse con los clientes. No obstante, ha sido usted muy amable al proponérmelo.

-La amabilidad no tiene nada que ver en esto. ¿Puedo preguntarle si se podrían... flexibilizar un tanto las normas del hotel?

Eso no podía ser, pensó Amanda. No con un jefe tan rígido como Stenerson.

-Me encantaría complacerlo -repuso con mucho tacto-. Desafortunadamente, al ser usted cliente del BayWatch...

-Sí, sí. Por favor, discúlpeme. Ahora mismo estoy con usted.

Amanda parpadeó asombrada y colgó el auricular. Diez minutos después, Stenerson entraba en su despacho.

-Señorita Calhoun, al señor Livingston le gustaría cenar con usted -pronunció con su habitual tono relamido-. Es usted libre de aceptar. Naturalmente, espero que se conduzca de una manera apropiada que no deje en desdoro la reputación de este hotel.

-Pero...

-De todas formas, no se acostumbre demasiado.

-Yo...

Pero Stenerson ya se había retirado. Amanda seguía sin salir de su asombro cuando volvió a sonar el teléfono.

-Amanda Calhoun.

-¿A las ocho le parece bien?

Suspirando profundamente, se recostó en su asiento. Estaba a punto de negarse cuando se sorprendió acariciando el capullo de rosa que le había regalado Sloan. Rápidamente retiró la mano.

-Lo lamento, pero hoy trabajo hasta las diez.

-Mañana entonces. ¿Dónde podré recogerla?

-Mañana estará bien -aceptó Amanda en un impulso-. Le daré mi dirección.

Sloan se enteró del momento exacto en que Trent llegó a Las Torres. Incluso desde la biblioteca situada al final del largo pasillo pudo escuchar los alegres ladridos del perro y la alegre algarabía de los niños. Dejando a un lado su cuaderno, se levantó para saludar a su viejo amigo.

Trent no había logrado pasar del vestíbulo. Jenny seguía agarrada a sus piernas mientras Fred corría en torno suyo. Alex saltaba y chillaba en un esfuerzo por llamar la atención mientras Coco, Suzannah y Lilah lo acribillaban a preguntas. Solo C.C. permanecía en silencio, radiante de alegría, del brazo de su prometido. De repente, al oír un grito procedente de arriba, Sloan alzó la mirada y vio a Amanda bajando las escaleras a la carrera. Tenía una expresión de gozo y felicidad que nunca antes le había visto. Abriéndose paso entre sus hermanas, se lanzó a abrazarlo.

-Si no hubieras venido hoy, habríamos tenido que enviar a un comando de mercenarios a buscarte -le dijo a Trent-. Faltaban ya cuatro días para la boda y tú aún seguías en Boston.

-Confiaba en ti para que te encargaras de todo.

-Mandy ha hecho miles de listas -señaló Coco-. Es aterrador.

-¿Lo ves? -Trent le dio a Amanda un rápido beso.

-¿Qué me has traído? ¿Qué me has traído? -preguntaba Jenny.

-Hablando de mercenarios... -riendo, Suzanna levantó en brazos a su hija. Pero cuando vio a Sloan en el pasillo, su sonrisa se borró de inmediato. Intentó decirse que era su imaginación la responsable de aquel cambio en su mirada siempre que la miraba. Tenía que serlo. ¿Qué otro motivo podía haber para que, aparentemente, lo disgustara siempre su presencia?

Sloan continuó observándola: una mujer alta y esbelta, con una melena de color rubio pálido recogido en una cola de caballo, rostro de una belleza clásica y unos ojos azules que rezumaban tristeza. Luego miró a Trent. Y volvió a sonreír.

-Detesto interrumpirte cuando te veo rodeado de tan bellas mujeres.

-Sloan -le estrechó la mano, sin apartarse de C.C. Entre los numerosísimos socios y colegas que tenía, Sloan era el único al que consideraba un verdadero amigo-. ¿Ya estás trabajando?

-Empezando.

-Cualquiera diría que acabas de regresar de unas largas vacaciones en el trópico, en vez de haber pasado mes y medio trabajando en Budapest. Me alegro de verte.

-Lo mismo digo -Sloan lanzó un rápido guiño de complicidad a C.C.-. Me alegro de ver que finalmente has demostrado buen gusto.

-Me gusta -comentó C.C.

-Como a la mayoría de las mujeres -apuntó Trent-. ¿Qué tal está tu familia?

De nuevo Sloan desvió la mirada hacia Suzanna.

-Bien.

-Creo que vosotros dos tenéis un montón de cosas que hablar -sintiéndose incómoda, Suzanna tomó a su hijo de la mano-. Nosotros saldremos a dar un paseo antes de cenar.

Amanda esperó a que Coco se hubiera llevado a todo el mundo al salón antes de dirigirse a Sloan.

-Espera un momento.

-Espero, Calhoun -sonrió.

-Quiero saber por qué has mirado así a Suzanna.

El brillo de humor abandonó sus ojos.

-¿Así cómo?

-Como si la detestaras.

-Tienes más imaginación de lo que creía.

-No es mi imaginación -desconcertada, sacudió la cabeza-. ¿Qué puedes tener tú en contra de Suzanna? Es la persona más buena que conozco.

Le costó no esbozar una mueca, pero se mantuvo imperturbable.

-Yo nunca he dicho que tuviera algo contra ella. Lo has dicho tú.

-No necesitas decirlo. Obviamente no he podido sacarte nada, pero...

-Quizá sea porque prefiera hablar de nosotros. De ti y de mí.

-Si estás intentando cambiar de tema...

-Otra vez estás frunciendo el ceño -alzó una mano, como si quisiera borrarle suavemente con el pulgar-. ¿Cómo es que nunca me sonríes a mí como acabas de sonreírle a Trent?

-Porque me gusta Trent.

-Es curioso, porque la mayoría de la gente piensa que yo soy un tipo afable, que cae bien.

-A mí no -replicó Amanda, con tanto apresuramiento que no pudo menos que sonreírse. Sabía que Sloan habría ganado el primer premio en un concurso de tenacidad. Y de repente tuvo que dominar el fuerte impulso de deslizar los dedos por aquel cabello siempre despeinado, con aquellos reflejos cobrizos-. «Afable» no es la palabra que yo utilizaría. «Engreído», «irritante», «tenaz» serían calificativos más adecuados.

-Me gusta lo de tenaz -se acercó a ella, aspirando su aroma-. Un hombre no consigue nada dándose cabezazos contra una pared. Es mejor saltarla, cavar un túnel por debajo, o incluso demolerla.

Amanda le puso una mano en el pecho para conservar un mínimo de distancia.

-O puede romperse la cabeza si sigue dándose de cabezazos contra ella.

-Ese es un riesgo calculado, que merece la pena correrse si detrás de la pared hay una mujer mirándolo como tú me estás mirando ahora mismo a mí.

-Yo no te estoy mirando de una manera especial.

-Cuando te olvidas de adoptar una actitud fría y distante, me miras con una enorme ternura en los ojos, y un cierto miedo. Y mucha curiosidad. Es una mirada que me hace ansiar levantarte en brazos y llevarte a un lugar lo suficientemente tranquilo como para satisfacer esa curiosidad.

Amanda podía imaginarse esa escena demasiado claramente. Solo había una solución: escapar.

-Bien, hasta aquí ha sido divertido, pero tengo que cambiarme.

-¿Vas a volver al trabajo?

-No -empezó a alejarse-. Voy a una cita.

-¿Una cita? -repitió Sloan, pero para entonces Amanda ya estaba subiendo las escaleras.

Se dijo que no la estaba esperando, aunque llevaba más de veinte minutos caminando de un lado a otro del vestíbulo. No iba a quedarse allí como un idiota para ver cómo se marchaba al encuentro de otro hombre... después de haberlo mirado como lo había hecho hacía tan solo unos instantes. Tenía muchas cosas que hacer, que incluían disfrutar de la cena a la que Coco lo había invitado, o hablar de los viejos tiempos y elaborar nuevos planes con Trent. No iba a pasarse toda la velada lamentando el hecho de que cierta obstinada mujer hubiera preferido la compañía de otro hombre a la suya.

Después de todo, se recordó Sloan mientras seguía caminando por el vestíbulo, Amanda era libre de irse con quien quisiera. Y lo mismo le pasaba a él. No estaban ligados el uno al otro. No tenía sentido que le sentara tan mal que fuera a pasar un par de horas con otro tipo...

Al diablo. Claro que tenía sentido.

-¿Calhoun? -subió en un par de zancadas las escaleras y fue llamando a todas las puertas del pasillo-. Maldita sea, Calhoun, quiero hablar contigo -ya había llegado al final cuando vio a Amanda abrir la puerta del fondo.

-¿Qué pasa?

Se la quedó mirando por un momento, recortada su silueta contra la luz de la habitación. Se había hecho un peinado muy sexy. Y también se había maquillado. Llevaba un vestido de color azul pálido, ceñido a la cintura y con dos finos tirantes que destacaban contra la piel cremosa de sus hombros. Lucía unos pendientes y un collar a juego, de piedras azules. Ahora sí que no parecía profesional, pensó airado. No, ni profesional ni eficiente. Más bien tenía un aspecto exquisitamente delicioso.

Amanda ya estaba golpeando el suelo con el pie, impaciente, cuando Sloan se le acercó. «¿Afable?», se preguntó para sus adentros, resistiendo el impulso de darle con la puerta en las narices. En aquel instante, nadie lo habría calificado de afable.

-¿Qué tipo de cita? -le espetó Sloan, aún más alterado cuando aspiró su perfume.

Amanda inclinó lentamente la cabeza y bajó las manos que antes había tenido apoyadas en las caderas, con actitud desafiante. Pensó que cuando alguien se enfrentaba con 'un toro bravo, lo mejor no era blandir un trapo rojo, sino refugiarse detrás de la valla más próxima.

-Lo normal.

-¿Para una cita normal te has vestido así?

-¿Qué tiene de malo mi vestido?

Por toda respuesta, Sloan la agarró de un brazo.

-Cancélala.

-¿Que cancele el qué? -repitió, asombrada.

-La cita, maldita sea. Llámalo y dile que no puedes ir.

-Estás completamente loco -a esas alturas, ya se había olvidado de toros bravos y de trapos rojos-. Voy a donde me place y con quien me place. Si crees que voy a cancelar una cita con un hombre inteligente, atractivo y encantador, entonces estás muy, pero que muy equivocado. ¿Sabes una cosa? He quedado para cenar con tu antítesis: un verdadero caballero. Y, ahora, fuera de aquí.

-Me iré de aquí... -le prometió Sloan-... después de darte algo en lo que pensar.

Antes de que pudiera ser consciente de nada, la acorraló contra la pared a la vez que la besaba en la boca. Amanda podía saborear la furia en sus labios, y contra eso sí

que habría podido luchar hasta el último aliento. Pero también podía percibir una desesperada necesidad, y fue a eso a lo que se rindió. Una necesidad que era un reflejo perfecto de la suya propia.

A Sloan no le importaba que tuviera razón o no, que estuviera o no cometiendo una estupidez. Quería maldecirla por haberlo obligado a comportarse como un airado adolescente, pero lo único que podía hacer era paladearla, ahogarse en aquel delicioso sabor que parecía haberle impregnado el alma. Solo podía atraerla más y más hacia sí, hasta fundirse con su cuerpo. Sentía cada cambio que estaba experimentado. Primero, la furia que la mantenía tensa, rígida. Después la redención, la reacia entrega. Y, por último, la pasión que lo dejó sin aliento. Fue entonces cuando comprendió que no podía vivir sin ella.

Amanda sentía su cuerpo vibrando y latiendo con una única y dolorosa necesidad. Una necesidad que siempre había echado en falta. Besaba y mordisqueaba sus labios, consciente de que en cualquier instante el delirio se apoderaría de ella. Deseando, ansiando aquel liberador torbellino que solo él podía encender en su interior.

En una larga y posesiva carencia, Sloan deslizó las manos desde sus hombros desnudos hasta sus muñecas, sintiendo su acelerado pulso bajo las palmas. Cuando alzó la cabeza, vio que apoyaba lánguidamente la espalda en la pared, mirándolo a los ojos mientras se esforzaba por recuperar el aliento, mientras luchaba por sobreponerse a aquel torrente de sensaciones y comprender los sentimientos que se ocultaban detrás.

El pensamiento de otro hombre tocándola, o simplemente mirándola como él la estaba mirando en ese instante, viendo cómo sus ojos se nublaban de deseo, lo aterraba. Y porque prefería la furia al miedo, la agarró bruscamente de los hombros.

-Piensa en ello -le advirtió con una voz peligrosamente baja.

¿Qué le había hecho aquel hombre para suscitarle aquella terrible necesidad?, se preguntó Amanda. Por fuerza tenía que saber, con solo mirarla, que no tenía más que hacerla entrar de nuevo en la habitación para conseguir de ella todo lo que se le antojara. Solo tenía que volver acariciarla para obtener todo lo que tan desesperadamente ella misma ansiaba darle. Ni siquiera tenía que pedirle nada. Ese descubrimiento la avergonzaba tanto que la obligó a reaccionar:

-Ya lo has conseguido -pronunció, humillada-. ¿Quieres oírme decir que puedes conseguir que te desee? Muy bien. Te deseo. Ya está.

El brillo de las lágrimas en sus ojos consiguió lo que la furia no había podido. Profundamente consternado, alzó una mano para acariciarle el rostro.

-Amanda...

Cerró los ojos con fuerza. Sabía que se derrumbaría si se mostraba tierno con ello.

-Ya tienes tu conquista. Ahora, te agradecería que me soltaras.

Dejó caer la mano a un lado antes de dar un paso atrás.

-No voy a decirte que lo siento -pronunció Sloan, pero por la manera que tenía de mirarla, parecía como si acabara de destrozar algo pequeño y frágil.

-Es igual. Yo lo siento por los dos.

-Amanda -de repente, Lilah apareció en lo alto de las escaleras, observándolos con curiosidad. Acaba de llegar tu cita.

-Gracias -desesperada por escapar, entró en su habitación para recoger el bolso y la chaqueta. Luego, teniendo buen cuidado de no mirar a Sloan, bajó apresuradamente las escaleras.

Después de seguirla con la mirada, Lilah se acercó a Sloan.

-Vaya. Me parece a mí que en estos momentos bien podrías necesitar el consejo de una buena amiga.

-Quizá lo que necesite sea bajar al vestíbulo y arrojar a ese tipo por una ventana.

-Podrías hacerlo -asintió Lilah-, pero Mandy siempre ha tenido una debilidad especial por los más débiles.

Maldiciendo entre dientes, Sloan decidió desahogar su frustración caminando de un lado a otro del pasillo.

-Bueno, ¿y quién es?

-No le había visto antes. Se llama William Livingston.

-¿Y?

-Es alto, guapo y moreno. Muy elegante, con acento británico, traje italiano, de clase selecta. Con el típico lustre de riqueza y buen gusto, pero sin resultar ostentoso.

-Parece que acabas de describir a un dandy.

-Solo lo parece -repuso, preocupada.

-¿Qué pasa?

-Malas vibraciones -respondió, abrazándose-. Y tiene un aura muy turbia.

-Oh, Lilah, por favor...

-Tranquilízate, Sloan -le sonrió Lilah-. Recuerda que estoy de tu lado. Y el señor William Livingsgton no tiene ni una sola oportunidad con mi hermana. No es su tipo -riendo, lo acompañó escaleras abajo-. Ella piensa que sí, pero no. Así que relájate y disfruta de la cena. No hay nada como la trucha que prepara la tía Coco para ponerte de buen humor.

Fingiéndolo que tenía apetito, Amanda leyó el menú. El restaurante que había escogido William era un precioso y acogedor local con vistas a la Bahía del Francés. Sentados en la terraza, ante una mesa decorada con velas, disfrutaban de la fresca brisa del mar.

Amanda le dejó que eligiera el vino e intentó convencerse de que iba a pasar una muy agradable velada.

-¿Te gusta Bar Harbor? -le preguntó.

-Mucho. Espero salir pronto a navegar, pero mientras tanto me contento con admirar el paisaje.

-¿Has visitado el parque?

-Aún no -miró la botella que le mostró el camarero, examinó la etiqueta y asintió con gesto aprobador.

-No debes perdértelo por nada del mundo.

Las vistas desde la montaña Cadillac son maravillosas.

-Eso me han dicho -paladeó el vino, satisfecho, y esperó a que sirvieran a Amanda-. Quizá puedas conseguir un poco de tiempo libre y enseñarme esos lugares.

-No creo que...

-Las normas del hotel ya se han flexibilizado -la interrumpió, chocando su copa con la suya.

-Precisamente quería preguntarte cómo lo habías conseguido.

-Muy sencillo. Le di al señor Stenerson a elegir. O hacía una excepción con sus normas, o me trasladaba a otro hotel.

-Entiendo -pensativa, tomó un sorbo de vino-. Me parece una medida demasiado drástica solo por una cena.

-Una cena muy deliciosa. Quería conocerte mejor. Espero que no te importe.

¿A qué mujer podría importarle?, se preguntó Amanda, y se limitó a sonreír. Le resultó imposible no relajarse, no sentirse cautivada por las historias que le contó, y halagada por sus constantes atenciones. Había viajado por todo el mundo, y durante la cena, escuchando sus palabras, llegó a vislumbrar París y Roma, Londres y Río de Janeiro.

Pero como sus pensamientos volvían una y otra vez a Sloan, llegó a dudar de su determinación de disfrutar realmente de aquella compañía.

-La cómoda de palorrosa de tu vestíbulo... -le comentó William, ya en los postres-... es una pieza única.

-Gracias. Es del período Regencia, creo...

-Crees bien -sonrió-. Si la hubiera conseguido en una subasta, me habría sentido muy afortunado.

-Mi bisabuelo se la trajo de Inglaterra cuando edificó la casa.

-Ah, la casa -se llevó la taza de café a los labios-. Impresionante. Casi esperaba ver a doncellas medievales paseando por el jardín.

-O murciélagos sobrevolando la torre -rió Amanda-. Sí, nos encanta la casa. Y quizá la próxima vez que visites la isla, puedas alojarte en el Refugio de las Torres.

-El Refugio de Las Torres -murmuró, pensativo-. ¿Dónde he oído eso antes?

-¿El nuevo proyecto de la cadena hotelera St. James?

-Por supuesto. Leí algo acerca de ello hace unas semanas.

-Esperamos habilitar una parte del edificio como hotel. Para dentro de un año, más o menos.

-Fascinante. ¿Pero no existía cierta leyenda asociada a ese lugar? ¿Algo acerca de fantasmas y unas joyas desaparecidas?

-Las esmeraldas Calhoun. Pertenecieron a mi bisabuela.

-Ah, ¿son reales? -esbozando una media sonrisa, ladeó la cabeza-. Yo pensaba que solo era un truco publicitario. «Alójese en una casa encantada y busque el tesoro perdido». Ese tipo de cosas.

-No, de hecho no nos ha gustado nada que ese asunto trascendiera tanto. El collar existe... o al menos existió. Lo que no sabemos es dónde puede estar oculto. Mientras tanto, tenemos que soportar las constantes molestias de los periodistas o ahuyentar a los buscadores de tesoros.

-Vaya, lo siento.

-Tenemos que encontrarlo pronto para poner punto final a todo este absurdo. Una vez que comencemos las obras de reforma, tal vez aparezca debajo de una loseta.

-O detrás de una puerta disimulada en un panel -añadió William, haciéndola reír.

-Me temo que no tenemos ninguna de esas puertas... al menos que yo sepa.

-No puede ser. Una casa como la tuya merece tener al menos una puerta secreta -le puso una mano encima de la suya-. Quizá me permitas ayudarte a buscar ese collar... o, en todo caso, utilizarlo como excusa para volver a verte.

-Lo siento, pero durante los dos próximos días voy a estar muy ocupada. Mi hermana se casa el sábado.

-Siempre queda el domingo -sonrió-. Me gustaría verte otra vez, Amanda. Me gustaría mucho -no insistió más, y ella retiró discretamente la mano.

Durante el trayecto de vuelta a casa charlaron sobre temas generales, tópicos. Amanda agradeció que no volviera a presionarla. William Livingston era el tipo de hombre que sabía tratar a una mujer con tanto respeto como atención. Todo lo contrario que Sloan.

Pero, entonces, ¿por qué se sintió tan abatida cuando, al detenerse frente a la casa, no vio por ninguna parte el coche de Sloan? Intentando sobreponerse a su desánimo, esperó a que William saliera y le abriera la puerta.

-Gracias por la velada -le dijo ella-. Ha sido maravillosa.

-Sí. Y tú también -con extremada delicadeza, le puso las manos sobre los hombros antes de besarla en los labios. Fue un beso leve y tierno. Pero, para su decepción, la dejó completamente indiferente-. ¿De verdad que vas a hacerme esperar hasta el domingo para volver a verte?

Sus ojos le decían que aquel contacto, al revés que a ella, no lo había dejado indiferente. Amanda esperó a sentir una mínima punzada de deseo. Nada.

-William, yo...

-Una comida juntos -la interrumpió, esbozando una encantadora sonrisa-. Una comida sencilla, en el hotel. Así podrás seguir hablándome de la casa.

-De acuerdo -se apartó antes de que pudiera besarla de nuevo-. Gracias de nuevo.

-Ha sido un verdadero placer, Amanda -esperó, como un perfecto caballero, hasta que ella hubo entrado en la casa. Cuando la puerta se cerró a su espalda, su sonrisa se transformó ligeramente; se hizo más dura, más fría-. Créeme. Y el placer será aún mayor.

Volvió a su coche. Se alejaría de Las Torres, hasta perderse de vista. Pero luego volvería para dar una rápida y sigilosa vuelta por la finca, buscando algún acceso más discreto.

Si Amanda Calhoun podía servirle para penetrar en Las Torres, todo iría bien. Y contaría con el beneficio de una aventura fácil con una mujer hermosa. Pero si ese no

era el caso... simplemente ya encontraría un medio distinto para lograr el mismo fin.

En cualquier caso, no se marcharía de la isla Mount Desert sin las esmeraldas Calhoun.

-¿Te lo has pasado bien? -le preguntó Suzanna a Amanda nada más verla entrar.

-Suze -divertida, pero no sorprendida, Sacudió la cabeza-. ¿Te has quedado levantada esperándome?

-Oh, no -para demostrárselo, señaló la taza que sostenía en una mano-. Acababa de prepararme un té.

Amanda se echó a reír mientras se acercaba a ella para ponerle cariñosamente las manos sobre los hombros.

-¿Por qué será que las Calhoun somos tan incapaces de mentir?

-No lo sé -reconoció al fin Suzanna, rindiéndose a la evidencia-. Supongo que deberíamos practicar más.

-Cariño, pareces cansada.

-Mmm -pensó que «exhausta» habría sido una palabra más adecuada, pero no se lo dijo. Tomó un sorbo de té antes de que empezaran a subir juntas las escaleras-. Es primavera. Y todo el mundo quiere tener sus flores cuanto antes. Bueno, al menos parece que el negocio está comenzando a dar beneficios.

-Sigo pensando que deberías contratar a alguien para que te ayudara. Entre el negocio y los niños, vas a acabar agotada.

-¿Y ahora quién está jugando a la mamá? En cualquier caso, Jardines de la Isla necesita aguantar una temporada más antes de poder permitirse contratar a un trabajador a media jornada. Además, me gusta mantenerme ocupada -se detuvo ante la puerta de la habitación de Amanda-. Mandy, ¿puedo hablar contigo un momento antes de que te acuestes?

-Claro. Entra -la hizo pasar, y empezó a descalzarse-. ¿Pasa algo malo?

-No. Me gustaría saber lo que piensas de Sloan.

-¿Lo que pienso de él? -repitió mientras guardaba cuidadosamente sus zapatos en el armario.

-Sí, la impresión que te produce. A mí me parece un hombre muy agradable. Los niños están encantados con él, y eso es importante.

-Sí, es muy cariñoso con ellos -Amanda se quitó los pendientes y los guardó en su joyero.

-Lo sé -preocupada, Suzanna empezó a caminar por la habitación-. Tía Coco ya lo ha adoptado. Y se lleva muy bien con Lilah. C.C. también lo aprecia, y no solo porque es un gran amigo de Trent.

-Sí -Amanda se desabrochó el collar-. Los de su tipo siempre tienen un gran éxito con las mujeres.

Distraída, Suzanna negó con la cabeza.

-No, no me refería a eso. Creo que tiene una simpatía natural. Parece un hombre muy bueno.

-¿Pero?

-Probablemente sean imaginaciones mías, pero siempre que me mira, percibo unas vibraciones extrañas, como de hostilidad -medio riendo, se encogió de hombros-. Vaya, me temo que empiezo a parecerme a Lilah...

Amanda miró a su hermana en el reflejo del espejo del tocador.

-No, yo también lo he sentido. No logro explicármelo. Y se lo hice notar.

-¿Te dijo algo? No espero caer bien a todo el mundo, pero cuando percibo un disgusto tan intenso, al menos quiero saber a qué se debe.

-Él me lo negó. No sé qué decir, Suzanna, excepto que no me parece el tipo de hombre que reaccione así, de una manera tan gratuita, ante una persona a la que ni siquiera conoce -hizo un gesto de impotencia-. No sé. Puede que ambas estemos siendo demasiado suspicaces.

-Tal vez. Bueno, todas estamos muy alteradas con la boda de C. C., y con las

obras de reforma. En cualquier caso, seguro que ese hombre no me va a quitar el sueño esta noche -besó a Amanda en las mejillas-. Buenas noches.

-Buenas noches.

Mientras se acostaba, Amanda soltó un largo y profundo suspiro. Sabía que era lamentable. E irritante. Pero estaba completamente segura de que, a esas alturas, Sloan sí que le estaba quitando el sueño a ella.

Amanda llegó a la hora en punto. «Tan puntual como siempre», pensó Sloan. Caminaba con rapidez, como era habitual en ella, así que tuvo que apresurarse para alcanzarla en la puerta que comunicaba el patio con la piscina. Se sobresaltó al verla.

-¿No tienes nada mejor que hacer?

-Quiero hablar contigo.

-Esta es mi hora libre -abrió la puerta y se volvió hacia él-. Así que no tengo por qué hablar contigo -y, para demostrárselo, le cerró la puerta en las narices.

Sloan suspiró profundamente antes de abrirla de nuevo.

-De acuerdo, entonces tan solo escúchame -se le acercó en el momento en que estaba dejando su toalla sobre una silla.

-Ni voy a hablar contigo ni voy a escucharte. No me interesa nada de lo que puedas decirme se despojó de su albornoz y, acto seguido, se zambulló en el agua.

Sloan la observó mientras nadaba el primer largo. Si no había funcionado por las buenas, tendría que ser por las malas.

A cada brazada que daba, Amanda lo maldecía. Se había pasado la mitad de la noche recordando el encuentro que habían tenido. Y se había sentido humillada, a la par que furiosa. Cuando se despertó aquella mañana, se había prometido a sí misma que nunca más le daría la oportunidad de tocarla otra vez. Y, sobre todo, jamás le daría la oportunidad de hacerla sentirse tan impotente y necesitada. Estaba llevando la vida que quería. Y ni Sloan O'Riley ni nadie iba a torcer su camino o alterar sus planes.

Pero cuando estaba haciendo el largo de vuelta, lo vio. Y, más que verlo, casi chocó contra su pecho desnudo. Se había metido en el agua.

-¿Qué estás haciendo?

-Pensé que podría conseguir que me escucharas si me metía en el agua, en vez de quedarme en el borde, gritándote.

Entrecerrando los ojos, se apartó el pelo de la cara. Por mucho que le disgustara reconocerlo, sentía ganas de reír.

-Hasta las diez no se abre la piscina para los clientes.

-Ya, creo que eso ya me lo habías dicho antes. Lo que no me dijiste es que el agua está helada.

En ese momento Amanda ya no pudo contenerse más y sonrió.

-Lo sé. Por eso nunca me quedo quieta dentro.

Y continuó nadando. A los pocos segundos, él logró ponerse a su altura. Amanda descubrió que se había quitado algo más que la camisa. De hecho, solo llevaba unos pequeños calzoncillos, de color azul marino. Cada vez que metía la cabeza bajo el agua, no podía resistir la tentación de admirar su cuerpo.

Sus anchos hombros y espaldas terminaban en una estrecha cintura. No parecía tener un solo gramo de grasa superflua. Tenía el estómago plano, musculoso, y le brillaba la piel como si fuera de cobre. Se preguntó por lo que se sentiría al deslizar los dedos por aquella piel, al sentir aquellos fuertes y finos músculos bajo los dedos...

Estaba tan excitada que de repente la piscina parecía haberse convertido en una sauna. Incrementó el ritmo. Tal vez si lo dejaba atrás, podría también dejar atrás aquellos indeseables pensamientos.

Pero Sloan continuaba nadando a su lado. Ambos atravesaban la piscina en completa armonía, sincronizando sus movimientos. Era maravillosa, casi sensual, la forma que tenían de alzar los brazos y de batir el agua sin esfuerzo aparente, impulsándose al mismo tiempo con los pies. «Casi como si estuviéramos haciendo el amor», pensó Amanda por un instante, antes de sacudir la cabeza para desechar aquella ocurrencia.

Decidió volcar toda aquella frustrada pasión en la velocidad. Aun así, los brazos y piernas de ambos seguían cortando el agua a la vez. Y Amanda empezó a disfrutar de aquella especie de tácita competición. Perdió la cuenta de los largos que llevaban, y no le importó. Cuando ya no pudo más, se apoyó en el borde de la piscina, riendo.

Sloan pensó que nunca le había parecido tan hermosa como en aquel momento, con aquel brillo de gozo y deleite en los ojos. Ansiaba más que nunca abrazarla, pero se había hecho una firme promesa durante la noche anterior, en la que no había podido dormir nada. Y tenía intención de cumplirla.

-Nadas muy bien. Para ser de Oklahoma. -Tú tampoco lo haces mal.

Amanda se echó nuevamente a reír y apoyó la cabeza en los brazos para mirarlo.

-Me gusta competir.

-¿Competir? ¿Es eso lo que hemos estado haciendo? Yo creía que estábamos disfrutando de un relajante baño.

En plan de broma, Amanda le tiró agua a los ojos.

-¿Vas a escucharme ahora? -le preguntó Sloan, y ella se puso repentinamente seria.

-Dejemos eso, por favor -tomando impulso, se sentó ágilmente en el borde de la piscina.

-Mandy...

-No quiero volver a discutir contigo. ¿Por qué no podemos dejarlo así?

-Porque quiero pedirte disculpas.

-¿Qué? -exclamó, mirándolo asombrada.

-Que quiero disculparme -se sentó también en el borde de la piscina, a su lado, y deslizó las manos por sus brazos hasta apoyarlas ligeramente en sus hombros-. Anoche perdí los estribos, y lo siento.

-Oh -bajó la mirada, desconcertada.

-Ahora se supone que tienes que decir: «de acuerdo, Sloan, acepto tus disculpas».

Amanda lo miró. Se sentía demasiado cómoda con él para persistir en su enfado.

-De acuerdo -sonrió-. Te comportaste como un auténtico estúpido.

-Muchas gracias -esbozó una mueca.

-Sí, como un estúpido y un loco. Escupiendo amenazas y órdenes... Hasta humo te salía por las orejas.

-¿Quieres saber por qué?

Amanda se dispuso a levantarse, pero él se lo impidió.

-No podía soportar la idea de que estuvieras viéndote con otro. Mírame -le alzó suavemente la barbilla-. Fue como si activaras un extraño resorte en mi interior. Es algo que no puedo evitar. Ni quiero hacerlo.

-No pienso que...

-Pensar nada tiene que ver con esto. Sé lo que siento cuando te miro.

La punzada de pánico que por un instante sintió Amanda no podía competir con la ola de placer que la inundaba.

-Te lo diré más claro -añadió Sloan-: me estoy enamorando de ti.

-No puedes estar hablando en serio -se volvió para mirarlo, estupefacta.

-Claro que sí. Y tú lo sabes, porque en caso contrario no me estarías mirando así.

-Yo no...

-No te estoy preguntando por lo que sientes -la interrumpió-. Te estoy diciendo lo que siento yo, para que te vayas acostumbrando a ello.

Amanda no creía que pudiera llegar a hacer eso nunca. Al menos más de lo que podría acostumbrarse a él. Y, ciertamente, le resultaría imposible acostumbrarse a los sentimientos que bullían en su interior. ¿Sería eso el amor?, se preguntó. ¿Aquella inquietante y aterradora sensación que podía tornarse cálida y tierna sin previo aviso?

-No... no estoy segura de que...

-Bésame, Calhoun.

Amanda se liberó de su abrazo:

-No voy a volver a besarte, porque cuando lo hago dejo de pensar. Es como si el cerebro se me derritiera.

-Cariño -sonrió-, eso es lo más bonito que me has dicho hasta ahora.

Mientras él terminaba de salir de la piscina, Amanda recogió rápidamente su toalla, tensa.

-Mantente alejado de mí. Hablo en serio. O me das tiempo para asimilar todo esto... o te juro que te pegaré. Y yo suelo golpear debajo del cinturón -había tanta diversión como desafío en sus ojos-. En una zona que, en este momento, no tienes nada protegida.

-Estoy a tu disposición. ¿Qué te parece si damos una vuelta por ahí cuando salgas de trabajar?

Pensó que sería estupendo recorrer con él las colinas, disfrutando de la brisa fresca. Pero, lamentablemente, el deber era lo primero.

-No puedo. Esta noche es la fiesta de C.C. Queremos darle una buena sorpresa cuando vuelva del trabajo -de repente frunció el ceño-. Figura en la lista que te di. ¿No te acuerdas?

-Supongo que se me olvidó. Mañana entonces.

-Tengo una cita con el fotógrafo, y después tendré que ayudar a Suzanna con las flores. Y la tarde siguiente tampoco -se adelantó antes de que pudiera preguntarle-. Vendrán la mayoría de los invitados de fuera, y además está la cena.

-Y luego la boda -pronunció Sloan, asintiendo-. Y después de la boda...

-Después de la boda... -sonrió, dándose cuenta de repente de que estaba disfrutando con aquella situación-. Ya te lo haré saber -y, recogiendo su albornoz, se dirigió hacia la puerta.

-Hey. Yo no tengo toalla.

-Ya lo sé -repuso, riendo.

Aquella misma tarde Sloan se encontraba en la terraza del piso bajo, haciendo bocetos del exterior de Las Torres. Quería añadir otra escalera externa pero sin que afectara a la armonía del edificio. De pronto, dejó de dibujar cuando apareció Suzanna con dos cestas de flores.

-Perdone -vaciló, y a continuación ensayó una sonrisa-. No sabía que estaba aquí. Quería decorar la terraza para la fiesta de C. C.

-Me iré dentro de un momento.

-Oh, no importa -dejó las cestas en el suelo y volvió a entrar en la casa.

Durante los siguientes minutos estuvo entrando y saliendo, cargada con sillas y artículos decorativos. Y todo ello en medio de un tenso y violento silencio, hasta que finalmente se detuvo para mirarlo.

-Señor O'Riley, ¿nos hemos visto antes? Me lo preguntaba porque tenía la sensación de que usted me conocía... y que tenía una muy pobre opinión de mí.

-No la conozco... señora Dumont.

-¿Entonces por qué...? -se interrumpió. Detestaba los enfrentamientos, le provocaban una tensión insoportable. Volviéndose, se dispuso a retroceder. Podía sentir su mirada fija en ella, fría y resentida-. No, no voy a irme. Estoy en mi casa, señor O'Riley, y quiero saber qué problema tiene usted conmigo.

Sloan lanzó su cuaderno de bocetos sobre la mesa más cercana.

-¿Mi apellido no le suena de nada, señora Dumont?

-No, ¿por qué habría de sonarme?

-Tal vez sí le sonara si le añadiera un nombre: Megan O'Riley. ¿Lo recuerda ahora?

-No -frustrada, se pasó una mano por el pelo-. ¿Adónde quiere llegar?

-Supongo que a alguien como usted le resulta fácil olvidar. Sí, ella no fue más que una ligera inconveniencia en su vida.

-¿Quién?

-Megan. Mi hermana Megan.

Completamente desorientada, Suzanna negó con la cabeza.

-Yo no conozco a su hermana.

El hecho de que su nombre nada significara para ella no hizo más que aumentar su irritación. Se levantó, ignorando el temor que se reflejaba en sus ojos.

-No, claro, tú nunca llegaste a enfrentarte con ella cara a cara -la tuteó, furioso-. ¿Para qué molestarse? Conseguiste desembarazarte de ella, como si fuera una engorrosa molestia. Baxter Dumont siempre fue un miserable, pero ella lo amaba.

-¿Su hermana? -Suzanna se llevó una mano temblorosa a una sien-. Su hermana y Bax.

-¿Ya empiezas a recordar? -cuando ella empezó a volverse, se lo impidió agarrándola de un brazo-. ¿Fue por amor o por dinero? -le preguntó-. En cualquier caso, pudiste haber tenido un poco de compasión. Maldita sea, ella solo tenía diecisiete años y estaba embarazada. ¿Tanto esfuerzo te costaba permitirle al menos a ese canalla que viera a su hijo?

Se había quedado blanca como la cera.

-Su hijo -susurró.

-Solo era un niño, un niño asustado que se creía todas las mentiras que le contaban. Yo quería matar a su padre, pero con ello solo habría conseguido empeorar las cosas para Meg. Sin embargo tú... tú no sentiste piedad alguna. Seguiste adelante con tu vida fácil y regalada, como si ni Megan ni el niño existieran. Y cuando ella te llamó suplicándote que le permitieras a Baxter ver al chico una o dos veces al año, tú la insultaste y la amenazaste con quitarle al niño si se le ocurría volver a molestar a tu maridito.

Suzanna no podía respirar.

-Por favor. Por favor, necesito sentarme.

Pero Sloan seguía mirándola fijamente. Mientras el ímpetu de su rabia cedía poco a poco, pudo ver que no había vergüenza en sus ojos, ni tampoco desprecio, o furia. No. Solo había un puro asombro.

-Dios mío -exclamó en voz baja-. No lo sabías.

Lo único que pudo hacer Suzanna fue negar con la cabeza. Al sentir que se aflojaba la presión de su mano, se volvió y entró en la casa. Sloan se quedó durante

unos segundos donde estaba, sin moverse. Todo el disgusto que había sentido por Suzanna se había vuelto de pronto contra sí mismo.

Cuando ya salía en su busca, tropezó con una furiosa Amanda en el umbral.

-¿Qué diablos le has dicho para que esté llorando así?

-¿Adónde ha ido?

-No volverás a acercarte a ella. Cuando pienso que había empezado a creer que podría... maldito seas, Sloan.

-Nada de lo que digas podrá empeorar la opinión que tengo ya de mí mismo. ¿Dónde está?

-Vete al infierno -cerró bruscamente la puerta de la terraza y echó el cerrojo.

Sloan pensó por un instante en derribarla de una patada, pero luego, maldiciendo entre dientes, se dirigió a la escalera de piedra que rodeaba la casa. Encontró a Suzanna en la terraza del segundo piso, contemplando los acantilados y el mar. Ya había dado un paso hacia ella cuando Amanda apareció de nuevo.

-Aléjate de ella -le gritó, rodeando con un brazo los hombros de su hermana-. Lárgate. Y no te detengas hasta que regreses a Oklahoma.

-Esto no es asunto tuyo.

-Está bien -musitó Suzanna, apretando la mano de Amanda-. Necesito hablar con él, Mandy. A solas.

-Pero...

-Por favor. Es importante. Baja y termina de prepararlo todo, ¿quieres? Reacia, Amanda dio un paso atrás.

-Si eso es lo que quieres... -murmuró, pero lanzó luego una mirada asesina a Sloan-. Y tú, ten cuidado.

Una vez que se quedaron solos, Sloan no sabía por dónde empezar.

-Suzanna...

-¿Cómo se llama el niño?

-No...

-Maldita sea, ¿cómo se llama? -su expresión de estupor había sido sustituida por unas lágrimas de furia-. Es el hermanastro de mis hijos. Quiero saber cómo se llama.

-Kevin. Kevin O'Riley.

-¿Cuántos años tiene?

-Siete.

Volviéndose de nuevo de cara al mar, Suzanna cerró los ojos. Siete años atrás ella había sido una joven feliz y enamorada, llena de sueños e ilusiones.

-¿Y Baxter lo sabía? ¿Sabía que ella había tenido un hijo suyo?

-Sí, lo sabía. Al principio Megan no le dijo a nadie quién era el padre. Pero después de que te llamó y habló contigo... pero en realidad no habló contigo, ¿verdad?

-No -Suzanna continuaba con la mirada fija en el mar-. Quizá fuera con la madre de Baxter.

-Quiero disculparme.

-No hay necesidad. Si eso le hubiera ocurrido a una de mis hermanas, creo que habría reaccionado mucho peor que tú. Continúa.

Sloan se dijo que era más dura de lo que había creído, pero eso no consiguió aliviar en nada el peso de su culpa.

-Después de hacer aquella llamada, se vino abajo. Fue entonces cuando finalmente me lo contó todo. Había conocido a Dumont en un viaje que hizo a Nueva York, con unos amigos. El debía de encontrarse por cuestiones de negocios y se mostró interesado por ella. Mi hermana nunca había estado en Nueva York antes, y se sintió entusiasmada. Solo era una chiquilla.

-Diecisiete años -murmuró Suzanna.

-Era muy ingenua -añadió Sloan con un tono de amargura-. Baxter le contó la historia de costumbre: que estaba dispuesto a ir a Oklahoma a conocer a su familia, y

que quería casarse con ella. Pero una vez que Megan regresó a casa, ya no volvió a tener noticias suyas. Pudo contactar telefónicamente con él varias veces, y solo recibió excusas y más promesas. Luego descubrió que estaba embarazada -se esforzó por dominarse, procurando no recordar lo furioso y aterrado que se había sentido al enterarse de la noticia-. Cuando se lo dijo, Baxter cambió de táctica. Le soltó unas cuantas palabras horribles, y mi hermana maduró. Demasiado rápido.

-Debió ser una situación terriblemente difícil para ella... tener un hijo sola ...

-Se las arregló. La familia la apoyó. Afortunadamente, el dinero no constituyó ningún problema, así que pudo atender perfectamente a las necesidades del niño y de ella misma. Ella nunca aceptó su dinero, Suzanna.

-Lo comprendo.

Sloan asintió lentamente.

-Y cuando nació Kevin... bueno, Megan se comportó estupendamente. Fue solo pensando en Baxter por lo que intentó contactar nuevamente con él, sin éxito, y al final apeló a su esposa. Lo único que quería era que su hijo tuviera algún contacto con su padre.

-Sloan, si yo hubiera tenido alguna influencia sobre Bax, la habría usado -alzó las manos y al momento las dejó caer, impotente-. Pero no la tenía.

-Supongo que al final fue mejor para Kevin. Suzanna... -se pasó una mano por el pelo-... ¿cómo diablos una mujer como tú pudo relacionarse con un tipo como Dumont?

Suzanna sonrió levemente.

-Era joven e ingenua, como tu hermana, y creía en las historias con finales felices.

Sloan sintió el impulso de tomarle una mano, pero vaciló. Temía que pudiera rechazarlo.

-Antes me dijiste que no querías que te pidiera disculpas, pero me sentiría muchísimo mejor si las aceptaras.

Finalmente fue ella quien le ofreció su mano.

-Eso, entre familiares, siempre es fácil. Porque supongo que, de una manera ciertamente extraña, tú y yo estamos emparentados -más tarde, se prometió a sí misma, ya encontraría el tiempo y la ocasión adecuada para desahogar su dolor-. Quiero pedirte algo. Me gustaría que mis hijos conocieran a Kevin, y a no ser que tu hermana no quiera, o le afecte demasiado...

-¿Sabes? Creo que eso significaría mucho para ella. Haré todo lo posible.

-A Jenny y a Alex les encantaría -miró su reloj-. Por cierto, probablemente ya habrán vuelto del colegio y estén volviendo loca a la tía Coco. Será mejor que me vaya.

Sloan desvió la mirada hacia la escalera que conducía a la terraza superior. Y pensó en Amanda.

-Yo también. Tengo otro asunto que arreglar.

Suzanna lo miró arqueando una ceja.

-Buena suerte.

Sloan tuvo el presentimiento de que iba a necesitarla. Y, para cuando llegó a la terraza, estaba absolutamente seguro de ello. Allí estaba Amanda, colgando guirnaldas y serpentinas mientras Lilah ataba globos blancos en los respaldos de las sillas. Habían desplegado una larga mesa cubierta con una fina mantelería.

Amanda oyó los pasos de sus botas en los escalones y se volvió para lanzarle una mirada letal.

-Bueno -pronunció Lilah mientras terminaba de atar un globo-, creo que iré a ver si tía Coco ya ha terminado con esos pastelitos de chocolate -al pasar al lado de Sloan, se detuvo por un instante. Al contrario que la mirada de Amanda, la suya no revelaba hostilidad, pero el sentido de sus palabras no dejaba lugar a dudas-. Detestaría haberme equivocado contigo -y salió de la terraza, dejándolos a solas.

Amanda, por su parte, no perdió el tiempo:

-¿Todavía tienes el descaro de aparecer ante mí después de lo que has hecho?

-Suzanna y yo ya lo hemos arreglado todo.

-Ah, ¿eso crees? Cuando pienso que hace apenas unas horas estuviste a punto de convencerme de que eras el tipo de hombre al que yo... Cuando vuelvo a casa, voy y me

encuentro con que has hecho llorar a mi hermana. Quiero saber lo que le hiciste.

-Tenía una información equivocada sobre ella. Y lo siento terriblemente.

-No me basta con eso.

Después de todo lo ocurrido, Sloan no se sentía en condiciones de mostrarse razonable.

-Bueno, pues tendrá que bastarte. Si quieres saber más, solo tienes que preguntárselo a ella.

-Te lo estoy preguntando a ti.

-Y yo te estoy diciendo que lo que sucedió fue algo privado entre ella y yo. No tiene nada que ver contigo.

-Ahí es donde te equivocas -cruzó la terraza y se acercó a él-. Si has molestado a una Calhoun, has molestado a todas las demás. Cuando termine la boda, haré todo lo posible por conseguir que te vuelvas por donde has venido.

Cada vez más tenso, Sloan la agarró de las solapas de la chaqueta.

-Ya te lo dije antes: yo siempre acabo lo que empiezo.

-Eres tú el que está acabado, O'Riley. Esta casa no te necesita, y yo tampoco.

Estaba a punto de demostrarle lo equivocada que estaba cuando Trent salió a la terraza. Después de lanzar una mirada a su amigo y a su futura cuñada, claramente enzarzados en una discusión, se aclaró la garganta.

-Vaya, me parece que he sido muy poco oportuno al...

-Efectivamente -lo interrumpió Amanda-. Esta noche es la fiesta de C.C., y no queremos hombres en la casa. Así que... ¿por qué no te llevas a este estúpido y os perdéis por ahí?

Se marchó de la terraza, furiosa.

-Bueno -suspiró Trent-, mucho me temo que no te hablé del temperamento de las Calhoun cuando te llamé para ofrecerte este trabajo.

-No, no me avisaste. Dime, ¿hay en este pueblo algún oscuro y ruidoso bar donde se pueda tomar algo?

-Supongo que podríamos encontrar alguno.

-Bien. Pues vamos a emborracharnos.

Trent encontró el bar, y Sloan la botella. Iba ya por la segunda copa de whisky cuando le contó la conversación que había tenido con Suzanna.

-¿Baxter Dumont es el padre de Kevin? No me lo habías dicho.

-Le di a Meg mi palabra de que no se lo contaría a nadie. Ni siquiera lo saben sus amigos.

Trent se quedó en silencio por un momento, pensativo.

-Resulta difícil imaginar que un canalla tan egoísta como él haya podido engendrar tres hijos tan maravillosos.

-Sí, es un verdadero enigma. El caso es 'que me desahogué con Suzanna -se interrumpió, jurando entre dientes-. Maldita sea, Trent, nunca olvidaré la manera en que me miró cuando le dije todas esas cosas.

-Lo superará. Por lo que C. C. me ha contado, Suzanna se ha enfrentado a cosas peores.

-Ya, quizá. El caso es que me encontraba en ese estado de ánimo cuando Amanda la tomó conmigo.

-No me extraña. Las dos están muy unidas. ¿Pero por qué no se lo explicaste todo a ella?

-No era asunto suyo.

-Pero a mí acabas de explicármelo.

-Es distinto.

-Oye, ¿no quieres pedir algo de comer con eso? -señaló su copa de whisky.

-No.

Permanecieron durante un rato en silencio. Como sentía lástima de sí mismo, Sloan estaba empezando a disfrutar de la sensación de emborracharse poco a poco. Y Trent, que reconocía los síntomas, se mantenía sobrio.

-¿Sabes? Esa maldita mujer me ha estado volviendo loco desde la primera vez que la vi -le confesó Sloan, refiriéndose a Amanda.

-Ya -recostándose en su asiento, Trent sonrió-. Creo que entiendo la sensación.

-Primero se acerca a mí, y luego me despide dándome una patada en el trasero. Apenas puedo pronunciar dos palabras sin que me clave las garras -después de pedir otra copa, se inclinó sobre la mesa-. Hace diez años que me conoces. ¿No es verdad que soy un tipo de hombre afable, de buen carácter?

-Absolutamente -sonrió Trent-. Excepto cuando lo pierdes y te pones de mal humor.

-Ahí está -dio un manotazo en la mesa y sacó un cigarro-. Entonces, ¿qué diablos le pasa a esa mujer?

-No sé. Dímelo tú.

-Yo te lo diré. Tiene un carácter endiablado y la terquedad de una mula.

Al ver que apuraba de un solo trago otra copa, Trent esbozó una mueca.

-¿Voy a tener que llevarte en brazos a casa?

-Muy probablemente. ¿Por qué quieres casarte, Trent? Con lo bien que se está solo, sin complicaciones de ningún tipo...

-Porque amo a C.C.

-Ya -suspiró-. Siempre se las arreglan para conseguirlo. Te lían y te enredan hasta que dejas de pensar con lógica. ¿Has visto la manera que tiene de moverse? ¿La forma que tiene de ladear la cabeza cuando te riñe, o te grita? tomó otro trago de whisky-. Me quema por dentro. Me aturde. Pierdo la consciencia. Y cuando me recupero, estoy como atontado, tembloroso.

Cuidadosamente, Trent dejó su copa sobre la mesa y observó detenidamente a su amigo.

-Sloan, ¿esto está llegando al punto al que parece que está llegando, o simplemente estás borracho?

-No lo suficiente. Desde que la vi, no he podido dormir ni una sola noche bien. Y desde que puse por primera vez los ojos en ella es como si ya no existiera nadie más. Como si ya no fuera a existir nadie más -acodándose en la mesa, se frotó la cara con las dos manos-. Estoy locamente enamorado de ella, Trent.

-Suele pasar con las Calhoun -comentó, sonriendo-. Bienvenido al club.

Estuvo lloviendo todo el día, así que no pude bajar a los acantilados para ver a Christian. Durante la mayor parte de la mañana estuve jugando con los niños. Para mí, fue uno de aquellos días tan agradables que las madres siempre recuerdan: la risa de los niños, las graciosas preguntas que suelen hacer, la dulzura con que se duermen en tu regazo cuando se acerca la hora de la siesta...

Creo que el recuerdo de ese sencillo día es uno de los más hermosos que he tenido nunca. O que tendré. Porque muy pronto mis niños comenzarán a dejar de serlo. Colleen ya está hablando de bailes y vestidos largos. Eso me ha hecho preguntarme cómo habría sido mi vida si hubiera estado casada con Christian. El no se habría mostrado indiferente con sus hijos. Habría jugado y reído con ellos. Sí, se habría reído, como lo oí reír durante aquellas preciosas horas robadas en los acantilados.

Y habría sido feliz, sin ese amargo dolor que me corroe el corazón. Sin esta culpa. Entonces ...no habría necesitado buscar el silencio y la soledad de mi torre, o quedarme sentada sola contemplando la lluvia gris mientras recojo mis pensamientos' 'en este diario.

Habría podido vivir mis propios sueños.

Pero todo esto no deja de ser una fantasía, como uno de esos cuentos que les leo a los niños en la cama. Un cuento con final feliz, de preciosas princesas y hermosos príncipes. Y mi vida no es un cuento de hadas. Pero, quizá, algún día alguien lea estas páginas y descubra mi historia. Espero que esa persona tenga un amable y generoso corazón, y no me condene por deslealtad a un marido al que nunca he amado, sino que

se regocije conmigo por aquellos pocos momentos compartidos con un hombre al que amaré incluso después de la muerte.

Sloan tenía el cerebro lleno de hombrecillos blandiendo picos y haciendo ruido. O al menos esa era su sensación. En un intento por acallarlos, dio un par de vueltas en la cama. Craso error, ya que aquel movimiento parecía haber dado la señal para que una diminuta banda de música ejecutara una marcha marcial, con todo lujo de instrumentos de percusión.

En vano se tapó una y otra vez la cabeza con la almohada, porque no tardó en darse cuenta de que el ruido que torturaba su sistema nervioso no procedía solamente de su resaca. Alguien estaba llamando a su puerta. Al fin, dándose por vencido, se levantó de la cama y fue a abrir.

Amanda advirtió de inmediato que tenía un aspecto lamentable, con aquellas ojeras, la barba crecida y el gesto avinagrado. Llevaba puestos unos vaqueros, sin abrochar, como si se hubiera quedado dormido antes de desnudarse del todo.

-Vaya, parece que has pasado una noche estupenda.

Ella, por el contrario, tenía un aspecto fresco y descansado.

-Si has venido a estropearme el día, llegas demasiado tarde -intentó cerrar la puerta, pero ella se lo impidió y entró en la habitación.

-Tengo algo que decirte.

-Ya me lo has dicho.

-Supongo que te sentirás bastante mal -comentó, conmovida por su tono abatido.

-¿Bastante mal? -entrecerró los ojos-. No, me siento perfectamente. Me encantan las resacas.

-Lo que necesitas es una ducha fría, una aspirina y un desayuno decente.

-Calhoun, estás pisando un terreno peligroso -volvió al dormitorio.

-No te entretendré demasiado -lo siguió, decidida a cumplir su misión-. Solo quiero hablar contigo de... -se interrumpió cuando Sloan le cerró la puerta del baño en

las narices-. Vaya -suspirando, apoyó las manos en las caderas.

Dentro del cuarto de baño, Sloan se quitó los vaqueros y entró en la ducha. Apoyándose en la pared de azulejo, abrió a tope el grifo del agua fría. La maldición que soltó resonó en toda la habitación. Poco después salió y se tomó una aspirina.

Se dijo, irónico, que la resaca no había desaparecido, pero al menos ya estaba lo suficientemente despierto como para disfrutarla. Después de enrollarse una toalla a la cintura, salió del cuarto de baño.

Había pensado que Amanda captaría su mensaje, pero allí estaba, inclinada sobre su mesa de dibujo. Antes se había dedicado a ordenar la habitación, vaciando ceniceros, retirando tazas y platos, apartando la ropa sucia. De hecho, en aquel instante tenía las manos cargadas de ropa mientras contemplaba sus dibujos, con las gafas de lectura puestas.

-¿Qué diablos estás haciendo?

Alzó la mirada y sonrió, decidida a mostrarse amable.

-Oh, ya has salido -al verlo vestido únicamente con una pequeña toalla, procuró por todos los medios no bajar la mirada de sus ojos-. Solo estaba echando un vistazo a tu trabajo.

-No me refería a eso. ¿Por qué no te has ido? Tú no trabajas en el servicio de habitaciones, ¿verdad?

-No entendía cómo podías trabajar en medio de un caos semejante, así que te he ordenado un poco esto.

-Me gusta trabajar en el caos. Si no fuera así, habría ordenado yo mismo esta maldita habitación.

-Estupendo -repentinamente furiosa, lanzó al aire el montón de ropa que hasta ese momento había estado cargando en los brazos-. ¿Mejor así?

Lentamente Sloan recogió la camiseta que había aterrizado sobre su cabeza.

-Calhoun, ¿sabes qué es más peligroso que un hombre con resaca?

-No.

-Nada -ya había dado un paso hacia ella cuando volvieron a llamar a la puerta.

-Es tu desayuno -lo informó Amanda cuando fue a abrir-. Yo misma te lo había encargado.

Dándose por vencido, Sloan se dejó caer en el sofá.

-No quiero ningún maldito desayuno.

-Bueno, pues te lo comerás y dejarás de compadecerte a ti mismo -firmó la factura y recogió la bandeja para depositarla en la mesa baja, frente a él-. Café solo, tostadas y zumo de tomate con salsa picante.

A regañadientes, Sloan tomó un sorbo de café. Satisfecha con aquel buen comienzo, Amanda se quitó las gafas y se las guardó en un bolsillo. Se dijo que tenía un aspecto verdaderamente patético. Aun así, o quizá precisamente por eso, sintió el fuerte impulso de arrodillarse a su lado y acariciarle el pelo mojado.

Pero estaba segura de que la habría rechazado con un manotazo, y su instinto de supervivencia era tan fuerte o más que aquel impulso.

-Trent me dijo que ayer estuviste bebiendo bastante.

Después de probar el zumo de tomate, la miró ceñudo.

-Por eso has venido a comprobarlo con tus propios ojos.

-No exactamente. Pensé que quizá te habías emborrachado por mi culpa, y me pareció que debía...

-Espera un momento. Si me emborraché fue porque quise.

-Ya, pero...

-No quiero tu compasión, Calhoun. Ni tampoco tu arrepentimiento.

-Estupendo -en el interior de Amanda comenzaron a batallar el orgullo y la furia. Ganó el orgullo-. Solamente quería pedirte disculpas.

-¿Por qué? -le preguntó Sloan, mordiendo una tostada.

-Por lo que te dije, y por mi comportamiento de ayer -incapaz de quedarse

quieta, se acercó a la ventana y la abrió de par en par-. Aunque sigo pensando que estaba plenamente justificado. Después de todo, yo solo sabía que le habías dicho a Suzanna algo que le había afectado terriblemente -sin embargo, había un brillo de culpa en sus ojos cuando se volvió hacia él-. Cuando ella me contó lo de tu hermana, y lo de Bax, me di cuenta de lo que debiste de haber sentido. Maldita sea, Sloan, debiste habérmelo dicho.

-Quizá. Y quizá tú pudiste haber confiado en mí.

-No fue un problema de confianza, sino de reflejo automático. Tú no sabes lo mal que lo pasó Suzanna. O, si puedes imaginártelo, teniendo en cuenta lo mucho que sufrió tu hermana, deberías comprender por qué no pude soportar verla así otra vez -se le habían llenado los ojos de lágrimas-. Y fue todavía peor, porque... siento algo por ti.

Si había algo contra lo que Sloan no tenía ninguna defensa, eran las lágrimas. Desesperado por consolarla, se levantó para tomarle las manos.

-Ayer cometí un montón de errores -sonriendo, le acarició una mejilla con el dorso de la mano-. Supongo que pedir disculpas te resulta tan duro a ti como a mí.

-Tienes razón.

-¿Por qué no lo dejamos en un empate? -le preguntó.

Pero cuando bajó la cabeza para besarla, ella se apartó.

-Necesito poder pensar con un mínimo de claridad.

-Y yo necesito hacerte el amor -volvió a tomarle una mano.

-Yo... -el corazón se le había subido a la garganta-... eh... estoy trabajando. Ya se me ha acabado la media hora libre, y Stenerson...

-¿Por qué no lo llamas? -sonriendo, empezó a besarle los dedos. La resaca se había transformado en un dolor apagado, no tan perceptible como otro, más dulce, que se le anudaba en las entrañas-. Dile que necesito los servicios de su ayudante ejecutiva por un par de horas.

-Pienso que...

-Otra vez pensando... -murmuró Sloan, acariciándole los labios con los suyos.

-No, de verdad, tengo que... -la mente se le nubló cuando él empezó a besarle el cuello-. Tengo que volver al trabajo. Y yo... -aspiró profundamente-... necesito estar segura -desesperada, lo rechazó-. Tengo que saber lo que estoy haciendo.

-Te diré una cosa, Calhoun. Piensa en ello, y piensa a fondo. Hasta después de la boda, como hemos acordado -antes de que ella pudiera relajarse, le sujetó firmemente la barbilla con una mano-. Y después de la boda, si no vienes a mí, será mejor que salgas corriendo.

-Eso parece un ultimátum -replicó Amanda, frunciendo el ceño.

-No, es un hecho. Y si yo fuera tú, saldría ahora mismo por esa puerta, cuando todavía estás a tiempo de hacerlo.

Toda digna, Amanda se marchó no sin antes volverse hacia él con una sonrisa que lo desquició aún más.

-Que disfrutes de tu desayuno.

Y cerró de un portazo, en venganza. Casi podía imaginárselo agarrándose la dolorida cabeza con las dos manos.

-No me imaginaba que me pondría tan nerviosa -C.C. contemplaba fijamente el vestido de boda, de seda y encaje, colgado en el armario-. Quizá sería mejor que me pusiera simplemente una ropa normal...

-No seas ridícula. Y estate quieta -Amanda se inclinó hacia ella para añadir un poco de colorete a sus mejillas-. Se suponía que tenías que estar tranquila.

-Es verdad -disgustada consigo misma, C.C. se llevó una mano al estómago-. Amo a Trent y quiero casarme con él. ¿Por qué habría de ponerme nerviosa ahora, cuando eso va a suceder? -volvió a mirar el vestido y tragó saliva-. Queda menos de una hora.

-Quizá debería llamar a tía Coco para que te diera ánimos -sonrió Amanda.

-Muy gracioso. ¿Cuándo vendrá Suzanna?

-Ya te lo dije, tan pronto como termine de vestir a los niños. A Jenny le encanta la idea de vestirse de damita de honor, pero Alex no parece muy contento con la idea

de tener que llevar los anillos en un cojín de satén. Y, antes de que me lo preguntes otra vez, se supone que Lilah tiene que quedarse abajo y ocuparse de los detalles de última hora. Aunque todavía no sé por qué diablos tenemos que confiar en ella...

-Lo hará muy bien. Nunca falla en los momentos importantes -la tranquilizó C.C.-. Y este lo es, Mandy.

-Lo sé, cariño. Es el día más importante de tu vida -con los ojos nublados de emoción, acercó una mejilla a la suya-. Oh, tengo la sensación de que debería decir algo profundo, pero lo único que se me ocurre decirte es que seas feliz.

-Lo seré. Y no te apenes, que no es como si fuera a irme de casa. Viviremos aquí la mayor parte del tiempo, excepto cuando... cuando estemos en Boston -se le hizo un nudo en la garganta.

-No empieces otra vez -le advirtió Amanda-. Hablo en serio. Después de todo el trabajo que me ha costado ponerte bonita, no te vas a echar a llorar ahora. Bueno, y ahora déjame ayudarte a vestirme.

Cuando Suzanna bajó poco después, con un niño en cada mano, también ella tuvo que hacer un esfuerzo por no llorar.

-¡Oh, C.C.! ¡Estás maravillosa!

-¿Seguro? -nerviosa, se ajustó un lazo del cuello. El vestido era de una elegante sencillez, casi sin adornos-. Quizá tendría que haberme puesto algo menos formal...

-No, es perfecto -comentó, y se dirigió luego a su hijo-. Alex, estate quieto, por favor.

-Odio las chaquetas.

-Ya lo sé, pero tendrás que aguantarte. Tengo algo para ti -le dijo a C.C. mientras le tendía una pequeña caja. Dentro había un zafiro en forma de lágrima, al extremo de una cadena de oro.

-La cadena de mamá.

-Tía Coco me la dio cuando... el día de mi boda -abrazó a su hermana, emocionada-. Quiero que la lleves y conserves como si fuera tuya.

C.C. cerró los dedos sobre el zafiro.

-Ya no estoy nerviosa.

-Ahora soy yo la que está al borde del llanto -temerosa de decir más, Amanda le dio un rápido beso-. Voy a bajar para asegurarme de que todo está listo.

-Mandy...

-Sí, le diré a Lilah que suba -y salió de la habitación para bajar corriendo las escaleras. Solo se detuvo un instante en el pasillo para atusarse el peinado ante el espejo, pero fue entonces cuando vio a Sloan.

-Estás preciosa. Sencillamente preciosa.

-Gracias.

Se miraron durante unos instantes. El, vestido de frac, y ella con un precioso vestido largo de color melocotón.

-Er... ¿sabes dónde está Trent?

-Necesitaba unos minutos de soledad. Su padre quería darle algunos consejos... -sonrió-. Cuando un hombre se ha casado tantas veces como el señor St. James, siempre se cree con derecho a dar algún que otro consejo interesante -y se echó a reír al ver la expresión de Amanda-. No te preocupes, que me lo llevé al jardín para que tomara una copa de champán con Coco. Parece que son viejos amigos.

-Creo que se conocen desde hace mucho tiempo -al ver que se acercaba a ella, Amanda empezó a hablar con rapidez, parlotando de puro nerviosismo-. Estás magnífico. No imaginaba que te quedaría tan bien el frac -y añadió, cuando él se echó a reír-. No, no quería decir eso, sino que...

-Te pones muy guapa cuando te ruborizas.

-Bueno, debo irme -pronunció-. Empezaremos dentro de unos minutos. Hay que ocuparse de los invitados.

-La mayor parte están ya en el jardín.

-El fotógrafo.

-Ya he hablado yo con él.

-El champán.

-En hielo -dio un paso hacia ella y le alzó la barbilla con un dedo-. ¿Te ponen tan nerviosa las bodas, Calhoun?

-Esta sí.

-¿Me reservarás un baile?

-Por supuesto.

Se puso a jugar con las flores que adornaban su cabello.

-¿Y después?

-Yo...

-¡C.C. ya está lista! -gritó de pronto Alex, apareciendo en lo alto de las escaleras.

-Muy bien -sonrió Sloan-. Ya me aseguraré yo de que el novio está en su puesto.

-De acuerdo... ¡maldita sea! -exclamó Amanda cuando sonó su teléfono móvil-. ¿Diga? Oh, William, no puedo hablar ahora contigo. Va a empezar la boda... ¿mañana? -se llevó una mano al peinado, con gesto distraído-. No, por supuesto. Hum... sí, está bien. A primera hora de la tarde sería lo mejor. ¿Las tres? Te veré a esa hora -cuando cortó la llamada, se volvió para descubrir a Sloan mirándola con frialdad.

-Estás corriendo grandes riesgos, Calhoun.

-¿Qué quieres decir? -le preguntó, frunciendo el ceño.

-Ya hablaremos de eso después. Tenemos una boda por delante.

-Tienes toda la razón.

Momentos después, las mujeres de la familia Calhoun ocuparon sus lugares en el sendero del jardín que llevaba al altar, situado bajo una carpa. Primero Suzanna y luego Lilah y Amanda, seguidas de una radiante Jenny y un visiblemente avergonzado Alex. Amanda se esforzaba todo lo posible por no mirar en la dirección de Sloan, pero no tardó en olvidarse de todo al ver avanzar a su hermana, cubierta por un velo blanco, del brazo de Coco.

Embargada de emoción, contempló la ceremonia. A través de las lágrimas vio cómo Trent deslizaba un anillo de esmeraldas en el dedo de C.C. La mirada de amor que se cruzaron fue más elocuente que todos los votos y promesas del mundo. Luego, tomando de la mano a Lilah y a Suzanna, pudo ver la radiante expresión que iluminó el rostro de su hermana cuando recibió el primer beso de su marido.

-¿Ya ha terminado todo? -quiso saber Mex.

-No -respondió Amanda mientras su mirada se desviaba hacia Sloan-. Apenas acaba de empezar.

-Una boda preciosa -después de besarla en las mejillas, el padre de Trent felicitó efusivamente a Amanda-. Mi hijo me comentó que tú lo habías organizado todo.

-Se me dan bien los detalles -repuso, y le ofreció un plato del bufé.

-Eso había oído -alto, esbelto y de tez bronceada, St. James le sonrió-. Y también que todas las hermanas Calhoun erais maravillosas. Ahora he podido comprobarlo con mis propios ojos.

-Nos sentimos encantadas de tenerlo en la familia -sonrió Amanda mientras le servía comida en el plato.

-Qué cosas tiene la vida. Hace un año yo estaba navegando en mi yate por esa bahía y me fijé en esta casa. Nada más verla, me dije que tenía que ser mía. Y ahora no solo forma parte de mi negocio, sino también de mi familia -miró a C. C. y a Trent, bailando en la terraza-. Ella lo ha hecho feliz -añadió con tono suave-. Y eso es algo que yo nunca pude conseguir -encogiéndose de hombros, hizo a un lado ese pensamiento-. ¿Te apetece bailar?

-Me encantaría.

Apenas habían dado tres pasos en la pista de baile, cuando Sloan se acercó con Coco y cambiaron de pareja.

-Podías haberme pedido el baile -musitó Amanda cuando él deslizó los brazos por su cintura.

-Ya te lo pedí antes. Enhorabuena. Has hecho un excelente trabajo con esta boda.

-Gracias. Espero que sea la última que tenga que organizar en mucho tiempo.

-¿Es que tú no piensas casarte?

Amanda perdió el paso, nerviosa, y a punto estuvo de tropezar.

-No, esto es... sí, pero no...

-A eso lo llamo yo una respuesta clara.

-Lo que quiero decir es que es algo que no entra en mis planes a corto plazo. Durante los próximos años voy a estar muy ocupada con el hotel. Siempre he querido dirigir un hotel de primera clase. Es para eso para lo que me he estado preparando, y ahora que Trent me ha dado la oportunidad, no puedo permitirme dividir mis lealtades.

-Una interesante manera de verlo. En mi caso, siempre que me he comprometido en alguna relación, en cualquiera de los lugares que he visitado en mi viajes, he terminado descubriendo que se trataba de un error.

-Sí, también está ese peligro -aliviada al ver que no estaban discutiendo, sonrió-. Nunca te lo he preguntado, pero supongo que habrás viajado mucho.

-Si. Oye, ¿por que no vamos a un lugar tranquilo donde podamos hablar de todo esto?

-Lo siento, pero tengo cosas que hacer -dejó de bailar-. Y si quieres ser de alguna ayuda, podrías ir a buscar más botellas de champán a la cocina. Yo tengo que ir por las serpentinas.

-¿Para qué?

-Para decorar el coche. Las tengo arriba, en mi habitación.

-Te propongo una cosa -le dijo Sloan cuando se dirigían hacia la cocina-. ¿Y si subo contigo a tu habitación y te ayudo con esas serpentinas?

-No, porque quiero decorar el coche antes de que vuelvan de su luna de miel -respondió, riendo, y se alejó de él.

Ya había recorrido Amanda la mitad del pasillo del segundo piso cuando oyó crujir una tabla en el suelo de la planta superior, y se detuvo en seco. Pasos. Sí, eran pasos, sin lugar a dudas. Preguntándose si alguno de los invitados habría decidido dar una vuelta por la casa por su propia cuenta, regresó a las escaleras. En el rellano del tercer piso vio a Fred, hecho un ovillo, durmiendo plácidamente.

-¡Vaya un guardián! -musitó, agachándose para acariciarlo. El perro apenas se movió-. ¿Fred? -lo sacudió, pero seguía casi inmóvil. En el momento en que lo levantó en brazos, la cabecita le cayó sobre el brazo, inerte.

Todavía no se había incorporado del todo cuando alguien surgió a su espalda y la empujó contra la pared. Aturdida, se arrodilló en el suelo. Quienquiera que la hubiera empujado estaba bajando las escaleras a la carrera. Rápidamente se levantó, agarró al perrillo debajo del brazo y corrió tras él.

Acababa de llegar al piso principal cuando tropezó con Sloan.

-¿A qué viene tanta prisa? -le preguntó, sonriente-. ¿Y qué estás haciendo con Fred?

-¿Lo has visto? -le preguntó, echando a correr hacia la puerta.

-¿A quién?

-Había alguien arriba -el corazón le latía a toda velocidad, y le temblaban las piernas. Hasta ese instante no se había dado cuenta-. Alguien estaba husmeando por el piso de arriba. Y no sé lo que le ha hecho a Fred...

-Espera, déjame ver -se inclinó sobre el cachorro y, después de levantarle un párpado, soltó una maldición. Cuando se volvió hacia Amanda, había un oscuro brillo en sus ojos que ella nunca antes había visto-. Alguien lo ha drogado.

-¿Drogado? -Amanda apretó al perrillo contra su pecho-. ¿Quién podría drogar a un cachorro indefenso?

-Alguien que no quería que ladrara, imagino. Cuéntame lo que pasó.

-Escuché unos pasos en el tercer piso y subí a ver. Encontré a Fred tumbado en el suelo acarició al perrillo-. Cuando me disponía a recogerlo, alguien me empujó por detrás, contra la pared.

-¿Estás herida? -le acunó de inmediato el rostro entre las manos.

-No. De no haber sido por eso, creo que lo habría agarrado.

-¿Y no se te ocurrió pedir ayuda? Dios mío, Amanda, ¿no te das cuenta de que ese tipo pudo hacer algo peor que empujarte?

Lo cierto era que no había pensado en eso. Pero no por ello cambió de actitud.

-Puedo cuidar de mí misma. Ya es bastante malo tener que soportar que haya gente que llame a nuestra puerta por lo del collar, o se dedique a merodear por los alrededores, como para que además de todo eso se cuelen en la casa. Bueno, por lo menos yo también le he dado un buen susto a ese tipo -añadió, satisfecha-. A la velocidad a la que salió corriendo, ahora mismo estará casi en el pueblo. No creo que vuelva. ¿Qué hacemos con Fred?

-Yo me encargaré de él -le quitó cuidadosamente el cachorro de los brazos-. Lo único que necesita es dormir. Y tú necesitas llamar a la policía.

-Después de la boda. No voy a estropearles la fiesta a mi hermana y a Trent solo porque algún estúpido escogió este día para colarse en la casa. Lo que sí haré será revisar el tercer piso para comprobar si se han llevado algo. Luego regresaré para despedir a los novios. Y, por último, llamaré a la policía.

-Ya lo has arreglado todo. Tan metódica como siempre -repuso Sloan, irritado-. Pero las cosas no suelen ser tan fáciles.

-Ya lo solucionaré.

-Claro que sí. ¿Cómo podrían un intento de robo y un pequeño asalto alterar tus planes a corto plazo? De ninguna manera. Al igual que no puedes permitir que alguien como yo se entrometa en tus planes a largo plazo.

-No sé por qué te enfadas tanto.

-¿No lo sabes? Oyes los pasos de un desconocido en la casa y el tipo te empuja contra la pared, pero tú ni te planteas llamarme. No se te ocurre pedirme ayuda, ni siquiera cuando sabes que estoy enamorado de ti.

Amanda volvió a sentir aquel familiar nudo de tensión en el pecho.

-Yo solo hice lo que tenía que hacer.

-Ya -asintió lentamente-. Pues continúa y haz lo que tengas que hacer ahora.
Quédate tranquila, que yo no te molestaré.

Y Sloan se prometió a sí mismo que no la molestaría más. Aquella mujer ya había trastornado bastante su cerebro. Demasiado.

Salió a la terraza de su habitación para disfrutar de aquella cálida tarde primaveral. Había abandonado Las Torres lo antes posible. Por supuesto, había cumplido escrupulosamente con sus obligaciones. Amanda no era la única persona capaz de hacer siempre lo que se esperaba de ella. Con la ayuda de Suzanna y de los niños, había decorado el coche de los recién casados. Forzando una sonrisa, les había lanzado arroz junto con todos los demás. Incluso le había ofrecido a Coco su pañuelo para que se enjugara las lágrimas de felicidad que corrían por su rostro. Y, en compañía de una preocupada Lilah, había esperado a que Fred se despertara y soltara su primer ladrido.

Y luego se había largado a toda prisa de allí.

Amanda no lo necesitaba. El hecho de que hasta entonces no se hubiera dado cuenta de lo mucho que necesitaba que ella lo necesitara le servía de bien poco. Y allí estaba él, esperando ayudarla y protegerla, mientras ella salía corriendo tras algún ladrón o se citaba con un tipo llamado William. Pues bien, ya estaba harto de hacer el ridículo.

Tenía un trabajo que hacer, y lo haría. Amanda tenía una vida que vivir, y él también. Ya era hora de que contemplara su situación con un poco de perspectiva. Un hombre tenía que estar loco para enredarse, con una mujer así. Así que se sacaría a Amanda Calhoun de la cabeza y...

-Sloan.

Con una mano todavía apoyada en la barandilla, se volvió. Amanda estaba en el umbral. Se había cambiado el vestido de seda por una blusa y unos pantalones de algodón.

-He llamado -empezó a decir, entrando en la terraza-. Pero temía que no quisieras abrirme, así que utilicé mi llave maestra.

-¿No va eso contra las reglas?

-Sí. Lo siento, pero en casa me fue imposible hablar contigo. Después de que se marchó la policía, seguía inquieta -suspiró. Se dijo que, evidentemente, él no iba a facilitarle las cosas. Seguía allí, todavía con los pantalones del frac y la camisa blanca desabrochada, descalzo, mirándola con expresión pensativa-. Supongo que no me sentía cómoda... con este asunto, el nuestro, sin terminar.

-De acuerdo -después de encender un cigarro, se apoyó en la barandilla.

-No es tan sencillo. Antes estaba enfadada y furiosa porque... porque alguien se había metido en la casa. En mi casa. Sé que estabas preocupado por mí, y que fui muy brusca contigo. Y, solo después de que me tranquilizara un poco, me di cuenta de que te sentías dolido porque no se me había ocurrido pedirte ayuda.

-Descuida -soltó una bocanada de humo-. Lo superaré.

-No es solo eso... -se interrumpió y comenzó a caminar de un lado a otro de la estrecha terraza. No, no le iba a poner las cosas nada fáciles-. Estoy acostumbrada a enfrentarme sola a las cosas. Siempre he sido la única capaz de encontrar una solución lógica para todo, o el camino más corto para solucionar un problema. Forma parte de mi carácter. Cuando hay que hacer algo, lo hago. Supongo que no tengo más remedio. No es que no quiera pedir ayuda. Es más bien... que estoy acostumbrada a que me la pidan a mí, más que pedirla yo misma.

-Una de las cosas que admiro de ti, Amanda, es tu eficacia, la manera que tienes de hacer las cosas. ¿Por qué no me dices lo que vas a hacer conmigo?

-Porque no lo sé -se esforzó por mantener la calma y siguió caminando por la terraza-. Y eso no me gusta. Siempre sé lo que tengo que hacer. Pero, por mucho que me devano los sesos, no puedo encontrar una respuesta.

-Quizá sea porque dos y dos no siempre hacen cuatro.

-Pero deberían hacer cuatro -insistió-. Al menos para mí. Lo único que sé es que tú me haces sentir... diferente de como me sentía antes. Y eso me asusta -cuando se volvió hacia él, tenía la mirada oscurecida por la furia-. Ya sé que para ti es fácil, pero para mí no.

-¿Que para mí es fácil? -repitió Sloan-. ¿Crees que es fácil para mí? -en un impulso, tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con el pie-. He estado quemándome a fuego lento desde la primera vez que te vi. Eso, para un hombre, no es nada fácil, Amanda. Créeme.

Como le resultaba difícil incluso respirar, le salió la voz en un murmullo:

-Nadie me había deseado tanto como tú. Eso me asusta -apretó los labios-. Y nunca he deseado a nadie como te deseo a ti. Y eso me aterra.

Sloan extendió una mano y la sujetó de una muñeca.

-No esperes decirme una cosa así, o mirarme como me estás mirando ahora mismo, y luego pedirme que te deje en paz.

Presa de una mezcla de pánico y excitación, Amanda negó con la cabeza.

-No es eso lo que te estoy pidiendo.

-Entonces suéltalo.

-Maldita sea, Sloan. No quiero que seas razonable. No quiero pensar. Quiero que dejes de hacerme pensar, ahora mismo -con un gemido le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios.

Tenía miedo. Temía estar dando un gigantesco paso en el borde de un profundo acantilado. Y sentía júbilo, también. Porque estaba dando aquel paso con los ojos bien abiertos. Y él estaba con ella en aquella caída. Su cuerpo caía con el suyo.

-Sloan...

-No digas nada -la abrazó con fuerza mientras deslizaba los labios por su cuello. Su pulso acelerado latía al mismo ritmo que su corazón. Se dio cuenta de que jamás antes había experimentado aquella sensación de unidad, de fusión, con ninguna otra mujer-. Ni una sola palabra.

La hizo entrar en la habitación, dejando abierta la puerta de la terraza para que entrara la brisa del mar, perfumada por el aroma de las flores. Le acarició primeramente el cabello, deleitándose con su textura. Luego, muy suavemente, como si fuera la caricia de una pluma, le rozó los labios con los suyos. No, no quería escuchar ninguna palabra suya, porque no estaba seguro de poder encontrar, a su vez, las palabras necesarias para decirle que la tenía dentro del corazón. Pero se lo iba a demostrar.

Vacilante, Amanda se abrazó a su pecho. No quería mostrarse débil en aquel momento, sino fuerte. Pero aun así, al sentir sus labios en su rostro, tembló.

Con exquisita lentitud, tocándola apenas, Sloan le desabrochó la blusa y se la deslizó por los hombros. Llevaba debajo una camiseta blanca de algodón. Sin dejar de mirarla a los ojos le soltó los pantalones, que cayeron al suelo. Luego, cuando ella se disponía a acariciarlo, le tomó las manos.

-No, déjame tocarte.

Indefensa, cerró los ojos mientras Sloan delineaba con las yemas de los dedos la curva de sus senos. Acariciándola como si estuviera hecha del cristal más fino y delicado del mundo. Elegantemente erótica, aquella levísima caricia le inflamó la sangre hasta que, por un instante, creyó morir de puro placer.

Echó la cabeza hacia atrás, y un gemido escapó de su garganta mientras Sloan proseguía su lánguida exploración con paciente ternura. Podía ver el oscuro brillo que relumbraba en sus ojos, sentir el temblor que recorría su cuerpo. Cada vez más excitado, comenzó a acariciar con los pulgares 105 pezones que se tensaban contra la tela. Luego su lengua sustituyó a sus manos, y Amanda se aferró frenéticamente a sus hombros para sostenerse.

-Por favor... no puedo...

En aquel instante se sentía ya cayendo rápidamente al vacío, pero él estaba allí para recogerla. Cuando sintió que se le doblaban las rodillas, Sloan la levantó en brazos y la tumbó sobre la cama.

-Nadie... -murmuró ella contra sus labios-... nadie me había hecho nunca el amor así.

-Pues apenas he empezado.

Y se lo demostró. Con exquisita paciencia fue acariciando y excitando sensibles zonas de su cuerpo que ella ni siquiera sabía que existían. Con cada caricia era como si descubriera puertas hasta ese momento firmemente cerradas, abriéndolas de par en par para que entrara la luz, el aire.

No se detenía nunca. Cuando sentía la tentación de apresurarse, de proceder a su propio desahogo, se descubría a sí mismo ansioso de explorar, de saborear más. Deslizó las manos por sus costados subiéndole la camiseta, hasta sacársela por la cabeza. Y al fin pudo paladear la finísima piel de sus senos. Amanda enterró los dedos en su pelo, estrechándolo contra su pecho con verdadera desesperación. «Quemarse a fuego lento»; ¿no era eso lo que le había dicho antes?, se preguntó frenéticamente

mientras los labios de Sloan descendían poco a poco por su cuerpo. Ahora podía entenderlo, cuando el cuerpo le ardía por dentro cada vez más, grado a grado.

Para entonces Sloan ya estaba apartando la última barrera de ropa, y ella no podía hacer otra cosa que retorcerse bajo sus dedos, jadeante.

Cuando comenzó a acariciarla con la lengua, se arqueó contra él, aferrando con fuerza las sábanas. Inefables sensaciones asaltaban su cerebro, demasiado rápidas, demasiado agudas. Y por mucho que se esforzara por separarlas, por discernirlas, parecían anudarse en una confusa maraña sin principio ni final.

¿Era consciente de que estaba gritando su nombre una y otra vez?, se preguntó. ¿Sabía que su cuerpo se movía con voluntad propia, con un ritmo lento y sinuoso, como si ya hubiera entrado en ella? Sloan continuaba excitándola incansable, gradualmente, saboreando cada instante, cada necesidad, cada anhelo.

Amanda abrió los ojos, aturdida. Solo podía ver su rostro, tan cerca del suyo, con aquella mirada tan intensa. Alzó las manos para abrirle la camisa y acariciarlo tan lenta y meticulosamente como él la había acariciado a ella. Luego se incorporó para besarle el pecho y deslizar los labios lentamente hasta su garganta.

Atardecía, y la luz se volvía por momentos más débil, hasta convertirse en penumbra. Ágilmente procedió Amanda a desvestirlo, y le fue sembrando el cuerpo de besos, sintiéndolo temblar bajo sus labios.

Poco después, con un suspiro, Sloan se deslizaba en su interior. Amanda contuvo el aliento, y se fue relajando poco a poco. Comenzaron a moverse juntos, a un ritmo deliberadamente lento, deliciosamente suave. Era una sensación tan dulce que se le llenaron los ojos de lágrimas, que él enjugó beso a beso.

Pero gradualmente la dulzura se fue transformando en ardor, y el ardor en un verdadero incendio. Nublada la mirada de pasión, sintió que Sloan le tomaba las manos entrelazando los dedos con los suyos y apretándoselos conforme la arrastraba a la cumbre del placer. Y su nombre estalló en sus labios en el instante en que se reunió en aquella misma cumbre con ella.

Sloan yacía en la cama con los labios todavía en contacto con la piel de su cuello, deleitado con su sabor. La respiración de Amanda era firme, regular. Preguntándose si estaría dormida, empezó a apartarse. Pero ella alzó los brazos y lo atrajo hacia sí.

-No -su voz era un ronco murmullo que le aceleró nuevamente el pulso-. No quiero que esto termine.

Sloan cambió de postura, colocándola encima suyo.

-¿Te ha gustado?

-Claro que sí. Ha sido precioso. Precioso de verdad. ¿Sabes? Creo que nunca en toda mi vida me había sentido tan relajada.

-Bien -le apartó el pelo de los ojos para contemplar su rostro-. Se está haciendo demasiado oscuro para ver algo -extendió un brazo y encendió la luz.

-¿Por qué has hecho eso? -le preguntó Amanda, protegiéndose los ojos.

-Porque quiero verte cuando volvamos a hacer el amor otra vez.

-¿Otra vez? -riendo, dejó caer la cabeza contra su hombro-. Tienes que estar de broma.

-Para nada. Creo que podría seguir hasta el amanecer.

Saboreando aquella deliciosa languidez, se acurrucó contra él.

-No puedo quedarme toda la noche.

-¿Quieres apostar?

-No, de verdad -se arqueó como un gato cuando Sloan le acarició la espalda-. Ojalá pudiera, pero tengo muchísimas cosas que hacer por la mañana. Oh... -se estremeció bajo su contacto-. ¿Sabes? Tienes unas manos maravillosas... -murmuró mientras se perdía en un largo, soñador beso.

-Quédate.

-Bueno, quizá un poquito más...

Poco a poco se fue despertando, y abrió los ojos, reacia. La luz del sol entraba en

la habitación. Estaba sola en la cama. Apartándose el cabello de los ojos, se levantó.

«Se salió con la suya», pensó, esbozando una sonrisa. Se había quedado a pasar la noche con Sloan, y no se había saciado de ella, ni ella de él, hasta el amanecer. Había sido la noche más maravillosa de toda su vida.

¿Pero dónde diablos estaba Sloan?

Como si hubiera podido escuchar sus pensamientos, entró de pronto en el dormitorio, empujando un carrito con una bandeja.

-Buenos días.

-Buenos días -sonrió, aunque se sentía un tanto incómoda con él vestido y ella todavía desnuda, en la cama.

-He pedido que nos trajeran el desayuno -percibiendo su dilema, le entregó su bata y le dio un beso-. Oye, ¿por qué no desayunamos en la terraza?

-Estaría bien. Dame un minuto.

Cuando volvió a reunirse con él en la terraza, la mesa ya estaba puesta, incluso decorada con una solitaria rosa roja en una copa. Y se sintió conmovida al ver que se estaba mostrando tan tierno por el día como durante la noche anterior.

-Estás en todo.

-Todo es poco tratándose de ti -sonrió, sentándose frente a ella-. Podemos considerar esto como nuestra primera cita, ya que nunca pude convencerte de que comiéramos juntos.

-Es verdad -sirvió las dos tazas de café-. Eso no llegaste a conseguirlo.

Empezó a comer. Pensó, admirada, que estaba desayunando tranquilamente después de una larga noche de placer. Y, sin embargo, se conocían tan poco... No pudo evitar sentirse un tanto asustada.

-Sloan, ya sé que es un poco estúpido a estas alturas, pero... yo no tengo por costumbre pasar la noche con un hombre en una habitación de hotel. No suelo intimar tanto con alguien a quien conozco de tan poco tiempo.

-No tienes necesidad de decírmelo -repuso Sloan, cerrando una mano sobre la

suya-. Esto ha sido demasiado rápido para ambos. Quizá sea porque lo que sucedió entre nosotros es especial. Estoy enamorado de ti, Amanda. No, no te retraigas -le apretó la mano-. Habitualmente soy un hombre paciente, pero contigo tengo que contenerme mucho. Esta vez haré todo lo posible por darte tiempo.

-Si te dijera que estoy enamorada de ti... ¿qué pasaría a continuación?

Vio en sus ojos una extraña expresión, que le aceleró el pulso.

-Algunas veces hay que vivir sin saber de antemano las respuestas. Tienes que tener ganas de jugar, de arriesgarte.

-A mí nunca me ha gustado el riesgo -se mordió el labio, decidida a sobreponerse a su miedo. No habría venido aquí anoche si no hubiera estado enamorada de ti.

Sloan alzó su mano para llevársela a los labios, y sonrió.

-Lo sé.

Amanda soltó una carcajada que era tanto de alivio como de diversión.

-Lo sabías, pero tenías que oírmelo decir...

-Exacto -de repente se puso serio-. Tenía que oírlo de tus labios.

-Te amo, pero aún estoy algo asustada. Me gustaría que fuéramos lentamente, paso a paso.

-Me parece justo. Así que sigamos disfrutando de nuestra primera cita antes de que se nos enfríe el desayuno.

Más relajada, se untó una tostada con mantequilla.

-¿Sabes? Desde que empecé a trabajar aquí, ni una sola vez me he sentado en una de estas terrazas a contemplar la bahía.

-¿Nunca te metiste en una habitación y jugaste a hacer de cliente? -rió Sloan-. No, claro. No se te habría ocurrido. Bueno, ¿y qué se siente al estar al otro lado?

-Bueno, la cama es cómoda, y la vista maravillosa -respondió con tono alegre-. Sin embargo, en El Refugio de Las Torres, ofreceremos mucho más que eso. Gimnasios privados, románticas chimeneas, una botella del mejor champán con cada reserva,

exquisitas comidas cordon bleu preparadas por Coco... y todo ello en un ambiente de principios de siglo, adornado con fantasmas y la leyenda de un tesoro oculto -apoyó la barbilla en una mano-. A no ser que encontremos las esmeraldas antes de abrir el hotel.

-¿De verdad crees que ese collar existe todavía?

-Sí, pero no por una cuestión de misticismo, como Coco y Lilah. Por simple lógica. El collar existió. Si alguien de la familia lo hubiera vendido, se habría sabido. Así que sigue existiendo. Un cuarto de millón en joyas no puede desaparecer así como así.

-¿Tan valioso es? -inquirió Sloan, asombrado.

-Oh, probablemente más... y eso sin contar con su valor estético.

Sloan pensó que aquel dato cambiaba completamente su visión de los hechos.

-Así que tenemos a cinco mujeres y dos niños viviendo solos en una casa llena de antigüedades, más una fortuna en joyas. Y sin sistema alguno de alarma.

-No está precisamente llena de antigüedades... -repuso Amanda, frunciendo levemente el ceño... dado que, con los años, hemos tenido que vender muchas. Y eso nunca ha sido un problema. No estamos indefensas.

-Ya lo sé. Las mujeres de la familia Calhoun siempre se las han arreglado solas. Estoy empezando a pensar que, además de duras, son tontas.

-Hey, espera un momento...

-No, espera tú -para subrayar lo que iba a decir, la acusó con su tenedor-. Lo primero que vamos a hacer esta mañana es buscar un buen sistema de alarma.

Amanda ya había tomado esa misma decisión después del incidente del día anterior. Pero eso no significaba que él tuviera que decirle lo que debía o no hacer.

-Oye, no vas a empezar ahora a tomar las riendas de mi vida...

-Entonces sigue siendo igual de testaruda, ignora lo obvio y arriégate a que alguien vuelva a entrar en la casa y haga daño a los niños.

-Soy consciente de todo eso. Para tu información, llevo dos semanas mirando sistemas de alarma.

-¿Y por qué no me lo has dicho?

-Porque estabas demasiado ocupado dándome órdenes -podía haber seguido haciéndole recriminaciones, pero la distrajo el sonido de la sirena de uno de los barcos de turistas-. ¿Qué hora es?

-La una.

-¿La una? -abrió mucho los ojos-. ¿La una de la tarde? No es posible, si acabamos de levantarnos.

-Es muy posible cuando nos hemos pasado toda la mañana durmiendo.

-Tengo un millón de cosas que hacer -se levantó de la mesa-. Tengo que arreglar y ordenar la casa después del lio de la boda. El padre de Trent iba a comer con nosotras hace una hora, y William se pasará a las tres...

-Espera un poco -Sloan también se levantó-. ¿Vas a seguir viéndolo?

-¿Al señor St. James? Supongo que a estas horas ya se habrá marchado. ¿Cómo he podido ser tan...?

-A William -la interrumpió-. Al hombre inteligente y atractivo con quien cenaste la otra noche.

-¿William? Bueno, claro que voy a verlo.

-No. No irás.

-Ya te he dicho que no vas a tomar las riendas de mi vida.

-No me importa lo que me hayas dicho. No voy a consentir que saltes de mi cama para ir a ver a otro hombre.

-Puedo hacer lo que quiera; entérate. Y además, no se trata de una cita. William Livingston es tratante de antigüedades, y le prometí que le mostraría algunas piezas de Las Torres. Ya está bien. Me voy -salió de la terraza y se dirigió al cuarto de baño. Sin dejar de murmurar entre dientes, se quitó la bata. Acababa de ajustar la temperatura del agua, entrar en la ducha y cerrar la cortina, cuando él la abrió de un tirón-. ¡Maldita sea, Sloan!

-¿Es tratante de antigüedades?

-Eso es lo que me dijo.

-¿Y quiere ver el mobiliario?

-Exactamente.

-Te acompaño -pronunció, enganchando los pulgares en las trabillas de sus vaqueros.

-Estupendo -encogiéndose de hombros, se echó un poco de jabón en la mano y empezó a frotarse los hombros-. Ahora ponte a representar el papel de marido posesivo.

-De acuerdo.

Amanda intentó decirse que no le encontraba la gracia a aquella situación. De pronto vio que se quitaba la camisa.

-¿Qué estás haciendo?

-Adivínalo -sonrió-. Una dama tan inteligente como tú debería adivinarlo a la primera.

Procuró contener una carcajada mientras veía cómo se desabrochaba los vaqueros.

-De acuerdo -no pudo resistirse más y lo salpicó, riendo-. Pero antes enjabóname la espalda.

Antes de salir del coche, Livingston revisó la micrograbadora y la diminuta cámara fotográfica que llevaba en el bolsillo. Era un apasionado de las nuevas tecnologías y pensaba que aquel sofisticado equipo añadía cierta prestancia a su trabajo. Desde el momento en que leyó la primera noticia sobre las esmeraldas de las Calhoun, se había obsesionado con ellas quizá más que con cualquier otra joya que hubiera robado en su carrera. Estaba considerado por la Interpol como uno de los ladrones más inteligentes y escurridizos de los dos continentes.

Aquellas esmeraldas constituían un desafío al que no podía resistirse. No estaban expuestas en un museo, ni en el cuello de alguna dama millonaria. Estaban escondidas en algún rincón de aquella extraña casa, esperando a que alguien las encontrara. Y él pretendía ser ese alguien.

Aunque no se oponía a emplear la violencia como método, rara vez la utilizaba. Lamentaba haber tenido que usarla con 'Amanda el día anterior, pero más lamentaba que ella hubiera interrumpido sus investigaciones.

Era culpa suya, pensó mientras se dirigía a la puerta principal de Las Torres. Con lo impaciente que estaba, había pensado que la boda sería la distracción ideal que le permitiría investigar en el interior de la casa. Ese día, sin embargo, iba a entrar en el edificio en calidad de invitado.

Llamó y esperó. El ladrido del perro fue la primera contestación que obtuvo, y entrecerró los ojos, contrariado. Detestaba a los perros, y aquella pequeña criatura había estado a punto de delatarlo antes de que consiguiera suministrarle una dosis de somnífero.

Cuando Coco abrió la puerta, William ya tenía preparada su encantadora sonrisa.

-Señor Livingston, es un placer verlo otra vez -Coco se dispuso a tenderle la mano, pero juzgó más prudente sujetar del collar a Fred antes de que se lanzara a morderle una pierna-. Fred, quieto. Esos modales... -sonrió débilmente-. Es un animalito muy bueno. Generalmente no se porta así, pero ayer sufrió un accidente y es como si ya no fuera el mismo -después de tomar al cachorro en brazos, llamó a Lilah-. Pasemos al salón, por favor.

-Espero no haber trastocado sus planes para la tarde del domingo, señora McPike. No pude resistirme a pedirle a Amanda que me mostrara su fascinante casa.

-Estamos encantadas de enseñársela -repuso Coco, cada vez más desconcertada por la agresiva reacción de Fred, que seguía gruñendo y ladrando-. Amanda todavía no ha venido, y no sé por qué ha podido retrasarse tanto. Siempre es tan puntual...

Bajando las escaleras, Lilah soltó una carcajada.

-Yo ya me estoy imaginando lo que ha podido retenerla -sin embargo, no había humor alguno en sus ojos cuando miró al visitante-. Hola, señor Livingston.

-Señorita Calhoun.

-Me temo que hoy Fred está un poquito nervioso -volvió a disculparse Coco, entregándole el cachorro a Lilah-. ¿Por qué no te lo llevas a la cocina? Tal vez le vendría bien una infusión de hierbas.

-Yo me encargo -cuando se dirigía por el pasillo con el perrillo en brazos, murmuró en voz baja-: A mí tampoco me gusta, Fred. ¿Por qué será?

-Bueno -aliviada, Coco sonrió-. ¿Le apetece una copita de jerez? Voy a enseñarle primero un preciso armario lacado. Me parece que es de estilo Carlos II.

-Me encantará -también se sintió encantado al descubrir que lucía un valioso collar de perlas, con unos pendientes a juego.

Cuando veinte minutos después llegó Amanda, acompañada de Sloan, encontró a su tía relatándole a Livingston la historia de la familia mientras admiraban un bargueño del siglo XVIII.

-William, lamento llegar tan tarde.

-Oh, no te preocupes -con una sola mirada que Livingston le lanzó a Sloan, desechó de inmediato la posibilidad de utilizar a Amanda para sus propósitos-. Tu tía es la anfitriona más sabia y encantadora que he conocido nunca.

-Tía Coco sabe más de esos muebles que cualquiera de nosotras. Te presento a Sloan O'Riley. Es el arquitecto que está diseñando las obras de restauración.

-Señor O'Riley. Esas obras deben de representar todo un desafío.

El apretón de manos fue muy breve. Sloan sintió una inmediata aversión por aquel estirado tratante de antigüedades.

-Oh, me las voy arreglando.

-Le estaba contando a William lo muy tedioso que resulta rebuscar entre todos esos viejos papeles de la familia. No es ni mucho menos tan excitante como creen los periodistas comentó Coco-. Pero he decidido organizar otra sesión de espiritismo. Mañana por la noche, la primera de luna llena del mes.

-Tía Coco... -protestó Amanda-... estoy segura de que William no está interesado en esas cosas.

-Al contrario -concentró todo su encanto en Coco mientras un plan cobraba

forma en su mente-. Me apasionaría participar en esa sesión, si no estuviera tan ocupado con mi trabajo...

-En otra ocasión, entonces. Quizá quieras subir arriba y...

Pero antes de que pudiera terminar la frase, Alex entró corriendo procedente de la terraza, seguido de Jenny y de Suzanna, que no dejaban de reír. Los tres llevaban las manos y los vaqueros llenos de polvo. Entrecerrando los ojos con aire desconfiado, Alex se detuvo delante de Livingston.

-¿Quién es?

-Alex, no seas maleducado -le recriminó Suzanna-. Lo siento. Estábamos en el jardín... y cometí el error de sugerirles que tomáramos un helado.

-No se disculpe -Livingston forzó una sonrisa. Si había algo que lo disgustara todavía más que los perros, eran los niños-. Son... encantadores.

-No, no lo son -bromeó Suzanna-, pero hay que aguantarlos. Bueno, nos vamos.

Mientras los llevaba a la cocina, Alex se volvió para mirar por última vez al visitante.

-Tiene ojos de malo -le dijo a su madre.

-No seas tonto -lo despeinó cariñosamente-. Ha debido de enfadarse un poco porque estuviste a punto de arrollarlo.

Pero Alex se volvió muy serio hacia Jenny, que asintió a su vez.

-Sí, tiene ojos como de serpiente...

-¿Lo ves? -Amanda le dio a Sloan un rápido beso en la mejilla-. No ha sido tan malo.

Pero él no parecía muy satisfecho.

-Estuvo nada menos que cinco horas aquí. No sé por qué Coco tuvo que invitarlo a comer.

-Porque es un hombre encantador, y además soltero -bromeó, echándole los brazos al cuello-. Acuérdate de lo de los posos de té...

Se hallaban en la galería alta de la casa, frente al mar.

-¿Qué posos de té? -le mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja.

-Mmm... aquellos en los que la tía Coco leyó que vendría un hombre que sería muy importante para todas nosotras.

-Vaya. Yo creía que ese era yo.

-Quizá -dio un respingo cuando Sloan la mordió-. Salvaje.

-A veces se despierta el indio cherokee que hay en mí.

Amanda se apartó un poco para contemplar su rostro. A la mortecina luz del crepúsculo, su tez era casi cobriza, y el verde de sus ojos prácticamente negros. Sí, en aquel momento podía ver las dos ramas de su ascendencia, la céltica y la cherokee.

-¿Sabes? La verdad es que no sé gran cosa sobre ti. Solo que eres un arquitecto de Oklahoma que se graduó en Harvard.

-Sabes también que me gusta la cerveza y las mujeres de piernas largas.

-Sí, eso también.

Como sabía que aquello era importante para ella, Sloan se apoyó en el muro, de

espaldas al mar.

-De acuerdo, Calhoun, ¿qué quieres saber?

-No quiero someterte a un interrogatorio -explicó. Sin poder evitarlo, volvía a sentirse inquieta-. Lo que pasa es que tú lo sabes todo sobre mí. Conoces mi familia, el ambiente en el que me muevo, mis sueños.

Sloan sacó un cigarro, lo encendió y empezó a contar:

-Mi tatarabuelo dejó Irlanda para venir al

Nuevo Mundo, y emigró al oeste para dedicarse a la caza de castores. Un auténtico hombre de las montañas. Se casó con una mujer cherokee, con la que tuvo tres hijos. Un día salió de cacería y no volvió nunca más. Los hijos montaron un establecimiento comercial, y les fue bien. Uno de ellos encargó una esposa por correo, una bonita chica irlandesa. Tuvieron un montón de hijos, incluido mi abuelo. El era, y es, un viejo y astuto diablo que compró unas tierras aprovechándose de los precios baratos, y las vendió después sacando un jugoso beneficio. Para seguir la tradición familiar se casó con una irlandesa, una explosiva pelirroja que supuestamente lo volvió loco. Debió de quererla mucho, porque le puso su nombre a su primer pozo de petróleo.

-¿A un pozo de petróleo?

-Lo llamó Maggie -pronunció Sloan con una sonrisa mientras soltaba una bocanada de humo-. A ella debió de gustarle. Y siguió bautizando también los otros pozos.

-Los otros pozos...

-Mi padre se hizo con el control de la compañía en los años sesenta, pero el viejo todavía sigue metiendo baza en los asuntos de la empresa. Lo molestó que yo no me metiera en ella, pero yo quería ser arquitecto, y supongo que Industrias Sun tampoco me necesitaba.

-¿Industrias Sun? -repitió, asombrada. Era una de las mayores corporaciones del país-. Tú... ignoraba que tuvieras tanto dinero.

-Bueno, mi familia lo tiene. ¿Algún problema?

-No. Solo que no me gustaría que pensaras que yo... -se interrumpió, sin saber cómo decirlo.

-¿Que tú andas tras el dinero de mi familia? -se echó a reír-. Cariño, sé perfectamente que andas detrás de mi cuerpo, y no de otra cosa.

Amanda pensó que tenía la desconcertante habilidad de hacerla maldecir y reír al mismo tiempo.

-Verdaderamente eres un canalla engreído.

-Pero me amas -tiró el cigarro antes de atraerla hacia sí.

-Quizá... -con fingida reluctancia, deslizó los brazos en torno a su cintura... un poco riendo, lo besó en los labios.

Sloan empezó a tentarla, a seducirla. Sus manos se mostraban tan pronto tiernas como insistentes, hasta que finalmente Amanda se olvidó de todo en aquel beso.

-¿Cómo puedes hacerme eso? -murmuró, aturdida.

-¿Hacerte qué?

-Hacerme desearte hasta el dolor.

-Vamos dentro -la besó en el cuello-. Así podrás enseñarme mi habitación.

-¿Qué habitación?

-La habitación en la que simularemos dormir cuando me quede a dormir contigo.

-¿De qué estás hablando?

-Estoy hablando de que hagamos el amor hasta que nos falte el aire. Y del hecho de que me quedaré aquí hasta que el sistema de alarma de la casa sea operativo.

-Pero no necesitas...

-Oh, lo necesito -y la besó nuevamente para demostrarle cuánto lo necesitaba.

Mientras lo esperaba, Amanda se recriminaba por su nerviosismo: casi parecía

una novia en su noche de bodas. Se había puesto un ligero vestido azul, transparente, un capricho que se había permitido unos meses atrás. Guardaba varias velas en la mesilla para una emergencia, y cuando las encendió el ambiente adquirió un tinte íntimo, romántico. Suzanna había decorado la habitación con flores, como tenía por costumbre. En esa ocasión eran unas delicadas lilas, que despedían un fragante aroma. Y había abierto las puertas de la terraza, de forma que pudiera oírse el rumor del mar contra las rocas.

Finalmente llegó Sloan. Ella lo esperaba de pie en el umbral, con la negra noche a su espalda.

Al verla, se olvidó de todo. Solo podía mirarla fijamente, con el corazón en la garganta. Tenerla allí, esperándolo, tan deseable a la luz de las velas, ver aquella sonrisa de bienvenida... eso era todo lo que podía desear en el mundo.

Quería mostrarse tierno con ella, tanto como lo había sido la noche anterior. Pero cuando se le acercó, el lento fuego que lo abrasaba por dentro terminó por consumirlo.

-Creía ya que no vendrías nunca -le dijo Amanda antes de besarlo en los labios.

Sloan se preguntó cómo podría sobrevivir la ternura ante semejante ardor. O la paciencia ante tanta urgencia. Sentía ya su cuerpo vibrando de deseo bajo sus dedos, amoldándose a la perfección al suyo. La finísima tela de su vestido parecía tentar su pecho desnudo, provocándolo a que lo rasgara e hiciera a un lado. Su delicioso aroma había impregnado su cerebro, embriagándolo con oscuros secretos, seduciéndolo con febriles promesas..

En aquel preciso instante se sintió tan lleno de ella, que no pudo encontrarse a sí mismo. Sin aliento, desorientado, alzó la cabeza. Sabía que su deseo era enorme, y que podía hacerle daño si no conservaba el control.

-Espera -necesitaba recuperar el resuello y la cordura, pero vio que ella negaba con la cabeza.

-No -enterrando los dedos en su pelo, lo atrajo hacia sí.

Amanda no supo cuándo aquella terrible necesidad se apoderó de ella; solo que lo arrastró a la cama y, agresiva y desesperada, comenzó a acariciarlo. Esa vez no hubo debilidad alguna por su parte. Ni sumisión. Quería poder, el poder de saber que podía hacerle perder todo control, y convertirlo en un ser tan vulnerable como él la convertía a ella.

Eran una maraña de brazos y piernas rodando sobre la cama. Cada vez que Sloan intentaba refrenarla, ella se le adelantaba, ansiosa, con una carcajada de júbilo resonando en sus venas. Le desabrochó a toda prisa los vaqueros, deslizándoselos por los muslos. Los músculos de su estómago se tensaron bajo el contacto de aquellos dedos. Sloan maldijo entre dientes, sujetándola de las muñecas antes de que fuera demasiado tarde.

Respirando aceleradamente, la miró, sin soltarle las manos. Sus ojos tenían el color del cobalto, brillantes en medio de la penumbra. Podía escuchar, por encima del rumor de sus respectivos jadeos, el tictac del reloj de la mesilla.

Entonces sonrió. Fue una lenta sonrisa, que indicaba que lo había comprendido. Ardiendo de deseo, la besó en los labios. Y ella respondió, demanda por demanda, placer por placer. El control estalló en mil pedazos. Sloan casi pudo oír el chasquido de una cadena rota mientras se saciaba con ella. Desesperado por sentirla, le rasgó la camiseta. Su gemido de sorpresa no sirvió más que para excitarlo aún más.

Atrapada en aquel remolino de sensaciones, Amanda se dejó llevar, se rindió a la furia. Nada de pensamientos. Ni de preguntas. Con los ojos clavados en los suyos, Sloan se hundía una y otra vez en ella, dejando que el estupor del placer los anegara a ambos.

-Sí, señor Stenerson -murmuró Amanda mientras soportaba el interminable sermón de su jefe. Paciencia. Solo faltaban diez minutos para que su jornada laboral tocara a su fin. Ni siquiera la inminente sesión de espiritismo podía opacar aquel placer.

Muy pronto se reuniría con Sloan. Quizá tuvieran tiempo para dar un paseo antes de cenar.

-No parece tener la mente puesta en su trabajo, señorita Calhoun.

Aquel comentario la hizo sentir una punzada de culpa.

-Me preocupa mucho que uno de nuestros camareros dejara caer una bandeja entera de copas sobre el regazo de la señora Wicken.

-Sí, lo entiendo, señor. Pero ya nos ocupamos de llevarle la ropa a la tintorería, y

de obsequiarles con una cena gratis a ella y a su marido durante el resto de su estancia en el hotel. Y, al final, los dos se quedaron satisfechos.

-¿Y despidió usted al camarero?

-No, señor.

-¿Puedo preguntar por qué... -arqueó las cejas-... cuando le ordené específicamente que lo hiciera?

-Porque Tim lleva nada menos que tres años con nosotros, y difícilmente se le podía echar la culpa de lo sucedido cuando fue el hijo del matrimonio Wicken el culpable de su caída, por haberle puesto una zancadilla. Otros camareros y varios clientes vieron lo que pasó.

-Tal vez, pero yo le di una orden muy concreta.

-Sí, señor. Pero después de conocer las circunstancias del caso, decidí actuar de manera distinta.

-¿Necesito recordarle quién está al mando de este hotel, señorita Calhoun?

-No, señor, pero pensaba que después de todos los años que llevo trabajando en el BayWatch, confiaría usted en mi buen juicio -aspiró profundamente, y decidió asumir un gran riesgo-. Pero si no es así, será mejor que le presente mi renuncia.

El señor Stenerson parpadeó varias veces.

-¿No le parece que esa reacción es un tanto... drástica? -le preguntó, después de aclararse la garganta.

-No, señor. Si no me siento con competencia suficiente para tomar ciertas decisiones, no me será posible seguir aquí.

-No se trata de un asunto de competencia, sino de falta de experiencia. Sin embargo... -añadió, alzando una mano-... estoy seguro de que, en este caso concreto, hizo lo que juzgó era lo mejor.

-Sí, señor Stenerson.

Para cuando abandonó su despacho, le dolía la mandíbula de tanto apretarla. Se obligó a relajarse cuando William la abordó en el vestíbulo.

-Solo quería darte nuevamente las gracias por lo mucho que disfruté visitando tu casa, y también por la maravillosa cena.

-Fue un placer.

-¿Sabes? Tengo la sensación de que si te pidiera que volviéramos a cenar juntos, te negarías por una razón distinta a la que me diste acerca de las normas del hotel.

-William, yo...

-No, no -le dio una cariñosa palmadita en una mano-. Lo comprendo. Estoy desolado, pero lo comprendo. Supongo que el señor O'Riley participará en la sesión de espiritismo de esta noche, ¿verdad?

Amanda se echó a reír.

-Desde luego. Tanto si le gusta como si no.

-Lamento sinceramente no poder participar. Será a las ocho, ¿no?

-No, a las nueve. Para esa hora tía Coco nos habrá reunido en torno a la mesa del comedor, para que nos demos las manos y emitamos ondas alfa, o lo que sea...

-Confío en que me lo harás saber si recibes algún mensaje de... del otro lado.

-Te lo prometo. Buenas noches.

-Buenas noches -mientras ella se marchaba, William miró su reloj. Disponía de tiempo más que de sobra para prepararse.

-Sabía que te encontraría aquí -Amanda entró en la gran sala circular que la familia denominaba «la torre de Bianca». Lilah estaba sentada en el alféizar de la ventana, abrazándose las rodillas, con la mirada fija en los acantilados.

-Sí, a mí y al fiero Fred -saliendo de sus ensoñaciones, acarició al cachorro-. Nos estamos poniendo a tono para la sesión de espiritismo -cuando su hermana se sentó a su lado y pudo mirarla de cerca, le comentó-: Veo que se te ha borrado de la cara esa satisfecha sonrisa que tenías esta mañana en la cara... ¿Has discutido con Sloan?

-No.

-Ah, entonces ha debido de ser ese Stenerson. ¿Por qué lo soportas, Mandy? Ese tipo no es un hombre, es una rata.

-Porque trabajo para él.

-Pues despídete.

-Para ti es muy fácil -lanzó a Lilah una impaciente mirada-. No todas podemos pasarnos los días enteros vagando por ahí como duendecillos del bosque... -de pronto se interrumpió, suspirando-. Perdona.

Lilah se encogió de hombros.

-Me da la impresión de que no es solamente Stenerson lo que te molesta.

-Fue él quien empezó a amargarme el día. Me dijo que no tenía la mente puesta en mi trabajo, y tenía razón.

-Así que te distraes en tu trabajo.

-Me gusta mi trabajo, y se me da bien. Pero no me he estado concentrando, ni en eso ni en el collar, ni en nada desde que...

-Desde que apareció ese vaquero de Oklahoma.

-No tiene gracia.

-Claro que la tiene -Lilah se abrazó las rodillas-. Así que pierdes un poco la concentración o te olvidas de alguna cita que otra. ¿Y qué?

-Mira, Sloan me está haciendo cambiar, y yo no sé qué hacer. Yo tengo responsabilidades, obligaciones. Maldita sea, tengo objetivos en la vida. Tengo que pensar en el mañana -el problema era que, cuando lo hacía, siempre pensaba en Sloan-. ¿Y si no se trata más que de una aventura? ¿Una maravillosa y excitante aventura que acaba trastocando todos mis planes? Imagínate que dentro de unas semanas termina su trabajo aquí y se vuelve a Oklahoma. Y mi vida hecha un desastre...

-¿Y si te pide que lo acompañes?

-Eso sería peor -ruborizada, Amanda se levantó y empezó a caminar, nerviosa-. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Renunciar a todo aquello por lo que he estado trabajando, a todo lo que he esperado desde hace años?

-¿Lo harías?

-Me temo que sí -cerró con fuerza los ojos.

-¿Entonces por qué no hablas con él?

-No puedo -se sentó de nuevo-. Nunca hemos hablado del futuro. Supongo que ninguno de los dos quiere pensar en ello. Lo que pasa es que hoy yo sí que he empezado a pensar... y me he dado cuenta de que, apenas un mes atrás, ni siquiera lo conocía. Es una locura empezar a planificar mi vida en torno a alguien a quien conozco desde hace tan poco tiempo.

-Pero tú siempre has sido la más razonable de la familia -apuntó Lilah.

-Bueno, sí.

-Entonces relájate -le dio unas palmadas en el hombro, cariñosa-. Cuando llegue el momento, tomarás la decisión más sensata.

-Espero que tengas razón -murmuró Amanda, y se obligó a asentir con decisión. No tenía más remedio-. Claro que la tienes. Bueno, me voy a trabajar al almacén.

-Bien. Ya veo que vuelves a ser la misma de siempre... -se echó a reír Lilah cuando su hermana abandonaba la habitación. Luego, cuando ya no podía oírla, añadió-: Venga, Fred. Vamos a ver si podemos desbaratar un poco sus planes...

Sloan entró en el almacén, provisto de una botella de champán, una cesta de mimbre y un sabio consejo de Lilah: «trastórnala. No le permitas que sea lógica y razonable contigo».

Allí estaba Amanda, inclinada sobre su escritorio, con las gafas de leer, en la punta de la nariz y la melena recogida. A su lado tenía unos archivadores nuevos cuidadosamente etiquetados, y docenas de cajas polvorientas y gruesos fajos de documentos frente a ella.

-Hey, Calhoun, ¿te apetece descansar un poco?

-¿Qué? -alzó bruscamente la cabeza, y tardó un momento en enfocar lo con la mirada-. Oh, hola. No te había oído entrar.

-¿Dónde estabas?

-En 1929 -le mostró un libro de contabilidad-. Parece ser que mi ilustre bisabuelo hizo una fortuna con el contrabando de alcohol desde Canadá durante la Ley Seca.

-El bueno de Fergus...

-El mezquino de Fergus -lo corrigió-. Pero también un meticuloso hombre de negocios. Si guardó todos estos libros que recogían con todo detalle esas actividades ilegales, seguro que habría guardado también la factura de una hipotética venta de las esmeraldas.

-Yo creía que Bianca las había escondido.

-Eso es lo que dice la leyenda -se recostó en su asiento, frotándose los ojos doloridos de tanto forzar la vista-. Pero yo preferiría atenerme a los hechos. Llegué a pensar que quizá las guardó en algún escondite del que no le habló a nadie. Pero tampoco he podido encontrar ningún dato sobre eso.

-Quizá estés mirando en un lugar equivocado -dejó la botella y la cesta a un lado y se colocó a su espalda. Suavemente empezó a darle un masaje en los músculos del cuello-. Quizá deberías concentrarte en Bianca. Después de todo, se trataba de su collar.

-Tampoco tenemos mucha información sobre Bianca. Mi bisabuelo destruyó todos sus dibujos, sus cartas, todo lo concerniente a ella.

-Debió de haberse vuelto rematadamente loco.

-Sí. Y de dolor, me temo.

-No -Sloan se inclinó para besarle la cabeza-. Si hubiera sufrido realmente por ella, lo habría recordado todo.

-Quizá le dolía recordarla.

-Si la hubiera amado de verdad, habría querido recordarla. Habría sentido esa

necesidad. Cuando amas a alguien, todo lo relativo al ser amado se convierte en algo precioso -sintió que se tensaba bajo sus dedos-. ¿Qué te pasa, Amanda? Estás muy tensa.

-Llevo demasiado tiempo sentada, eso es todo.

-Entonces esta es la ocasión perfecta -se apartó para recoger el champán.

-¿Para qué?

Después de descorchar la botella, volvió a besarla.

-No sé tú, pero yo he trabajado lo mío hoy. Pensé que podríamos tomarnos un merecido descanso.

Amanda se dijo que no necesitaba el champán para que se le nublara el cerebro. Para conseguir ese efecto ya se bastaba y sobraba Sloan. Pero era eso precisamente, se recordó mientras se levantaba, lo que se había propuesto evitar.

-Te lo agradezco, pero tengo que ayudar a la tía Coco con la cena.

-Ya la está ayudando Lilah.

-¿Lilah? -arqueó las cejas-. Tienes que estar de broma.

-No -abrió la cesta de mimbre y sacó dos copas de tallo largo-. Suzanna está ayudando a los niños a hacer los deberes, y tú y yo vamos a cenar solos.

-Sloan, no estoy vestida para salir...

-Me gusta tal como estás -sirvió las copas-. Y no vamos a ir a ninguna parte.

-Pero acabas de decir...

-Acabo de decir que vamos a cenar solos. Aquí mismo.

-¿Aquí? ¿En el almacén?

-Sí. He traído un poco de paté de tu tía, algo de pollo frío y espárragos, y fresas frescas de postre -chocó su copa contra la de 'ella-. Llevo todo el día pensando en ti.

Amanda pensó que, cuando le decía aquellas cosas tan dulces, se derretía por

dentro. De puro amor.

-Sloan, tenemos que hablar.

-Claro -pero se inclinó para rozarle los labios con lo suyos-. ¿Por qué antes no nos ponemos cómodos?

-¿Qué? -aturdida, vio con asombro que extendía una manta en el suelo.

-Vamos.

-Realmente creo que sería mejor que... -pero Sloan ya la estaba atrayendo hacia sí.

Le quitó la copa de la mano y la dejó en el suelo antes de besarla en los labios.

-Así está mejor -murmuró-. Mucho mejor.

-Los niños están en casa -protestó mientras él le deslizaba las manos bajo la camisa-. Si alguien entrara...

-He cerrado la puerta con llave -con exquisita delicadeza, comenzó a acariciarle los pezones con los pulgares-. Presta atención, Calhoun, porque voy a enseñarte a relajarte.

Estaba tan relajada, que ni siquiera podía pensar en moverse. Sentía pesados los párpados mientras Sloan le ponía en la punta de la lengua una pizca de paté.

-Está muy rico -le dijo, y a continuación le untó otro poquito en la espalda, para lamérselo-. Así -la atrajo hacia sí, estrechándola contra su pecho antes de entregarle su copa de champán. Se suponía que primero debíamos bebernos esto, pero me he distraído.

Sabía deliciosamente bien. Amanda tomó otro sorbo, y abrió obediente la boca cuando él le ofreció más paté, esa vez untado en una galleta salada.

-¿Más?

Asintió, suspirando. Y se dieron de comer mutuamente entre beso y beso.

-Vamos a llegar tarde a la sesión de espiritismo.

-No -hizo que apoyara cómodamente la cabeza sobre su pecho-. Coco decidió a última hora que las vibraciones no eran las adecuadas. Parece que ha percibido la intromisión de una presencia oscura.

-Eso es muy propio de mi tía.

-Ahora quiere esperar a la última noche de la luna nueva -le acarició el cuello-. Así que podemos quedarnos aquí toda la noche.

Amanda estaba empezando a creer que, con él, todo era posible.

-Vaya. Nunca antes había disfrutado de un picnic nocturno, y este será el primero.

-Después de que nos casemos, lo convertiremos en una costumbre.

Al oírlo, le tembló la mano y le derramó un poco de champán en una pierna.

-Hey, ten cuidado, Calhoun. No lo desperdicies.

-¿Qué has querido decir con eso? -se volvió para mirarlo.

-Ya sabes. Casarnos, marido y mujer, ese tipo de cosas...

Con exquisito cuidado, Amanda bajó su copa. «Sí», pensó, tan furiosa como aterrada. Se había estado esperando eso.

-¿De dónde te has sacado la idea de que nos vamos a casar?

A Sloan no le gustó nada la manera que tenía de fruncir el ceño.

-Yo te amo, tú me amas a mí. Tú eres la más lógica de los dos, Amanda. Desde mi punto de vista, el siguiente paso es el matrimonio.

-Puede que desde tu punto de vista sea un simple paso, pero desde el mío es un gran salto. No puedes dar por sentado que vaya a asumirlo así, de pronto.

-¿Por qué no?

-Porque no puedes. En primer lugar, no pienso casarme hasta dentro de unos años. Tengo que pensar en mi carrera.

-¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

-Todo. Ya me has desconcentrado bastante, y has trastornado mis prioridades -de pronto se interrumpió, pasándose una mano por el pelo-. Mírame -le pidió-. Simplemente mírame. Estoy aquí en el suelo del almacén, desnuda, y discutiendo de matrimonio con un hombre al que solo hace un par de semanas que conozco. Esta no soy yo.

Perezosamente, Sloan se apartó levemente para mirarla de arriba a abajo.

-¿Entonces quién diablos es?

-No lo sé -nerviosa, se levantó y empezó a vestirse-. Ya no sé quién soy, y eso es algo que te lo debo a ti. Desde que irrumpiste en mi vida, ya nada parece tener sentido.

-Fuiste tú quien irrumpió en la mía.

-Sueño despierta cuando se suponía que debería estar trabajando. Hago el amor contigo cuando debería estar manteniendo entrevistas, y me dedico a disfrutar de un picnic, para colmo desnuda, cuando debería estar ordenando papeles. Esto tiene que terminar.

-¿Por qué no te sientas y resolvemos esto tranquilamente?

-No, no me sentaré. Me seducirás otra vez, y ya no seré capaz de pensar. No vas a hacer ningún plan para el resto de mi vida sin consultarme, o sin siquiera tener la cortesía de preguntármelo. Voy a recuperar de nuevo el control de mi propia vida.

Sloan también se levantó, desnudo y furioso.

-Estás enfadada porque deseo casarme contigo.

-Y tú eres un estúpido -siseó, con los dientes apretados. Se dirigió hacia la puerta y luchó con la cerradura hasta que logró abrirla-. Vete al diablo, y llévate contigo tu... increíblemente romántica proposición de matrimonio.

La calurosa y bochornosa tarde era perfecta para el placer. Christian me

sorprendió con una pequeña cesta de vino y carnes frías. Juntos nos sentamos en la hierba, detrás de las rocas, y contemplábamos los barcos surcar el mar debajo. Siempre es así cuando estoy con él. En esta maravillosa fantasía de atardeceres, no hay nada más que luz clara de sol y aire limpio, fragante.

Hablamos de todo y de nada mientras me dibujaba. Desde que comenzó el verano, ya me ha hecho dos retratos. Sin riesgo de pecar de inmodesta, puedo afirmar que me ha convertido en una mujer bella. ¿Qué mujer no lo sería estando enamorada? Y han sido sus sentimientos los que han guiado su pincel. Si no hubiera sabido antes lo profundo y verdadero de su amor por mí, lo habría descubierto en esos retratos.

¿Le comprará alguien mi retrato? Me entristece pensarlo. Y a la vez me enorgullece. Esa sería, tal vez, la única manera de poder proclamar mis sentimientos. Colgado en la pared de alguna casa, el retrato de una mujer cuya mirada estaba llena de amor por el hombre que la pintó.

He dicho que hablamos de todo y de nada. Pero no mencionamos la rapidez con que los días se convierten en semanas. Quedan tan pocas semanas para que tenga que dejar la isla, y a Christian. Creo que, cuando llegue ese momento, algo morirá en mí.

Fergus y yo dimos un baile esta noche. Fue todo muy alegre, aunque se habló demasiado de la guerra. Fergus llegó a comentar que los hombres inteligentes saben que siempre habrá guerra, y que las guerras producen dinero. Me quedé sorprendida al oírlo hablar así, pero él no le dio ninguna importancia.

-Tú piensa en cómo gastar el dinero, que ya pensare yo en conseguirlo -fue lo que me dijo.

Y eso me disgusta porque no fue por dinero por lo que me casé con él, ni por lo que sigo a su lado, sino por sentido del deber. Por eso he vivido bajo su tejado, comido su comida, aceptado sus regalos sin detenerme a pensar en nada más.

Me remuerde la conciencia pensar que aprecié muchísimo más el sencillo picnic que Christian me obsequió, que todas las suntuosas cenas pagadas con el dinero de Fergus. Como eso siempre le agrada, en el baile de esta noche llevé las esmeraldas, y aún no me las he quitado. Las esmeraldas que me evocan tanto dolor como alegría.

Si no fuera por los niños... pero no he de pensar en ello. Por muchos pecados que corneta, jamás abandonaré a mis hijos. Ellos tienen unas necesidades que ni Christian ni yo tenemos derecho a ignorar. Sé que, en la inmensa soledad que me espera, serán mi consuelo y mi solaz. Siendo como son un bendito regalo del cielo, no tengo derecho a lamentarme por el niño que Christian y yo nunca podremos, ni debemos, concebir.

Pero, aun así, me duele.

Esta noche, cuando apague la lámpara, intentaré dormirme rápidamente. Porque pronto llegará la mañana, y con la mañana la tarde dorada, cuando pueda volver a ver a Christian.

Lo único que le impidió a Amanda cerrar de un portazo fue el hecho de que Suzanna ya había acostado a los niños.

Maldiciendo entre dientes, caminó apresurada por el pasillo. A esas alturas, ya no sabía si estaba más furiosa con Sloan por haber dado por sentado que se casaría con él, o consigo misma por haber querido aceptar su proposición. El matrimonio no había entrado en sus planes, pero, maldita fuera, ella siempre había sido lo suficientemente rápida de reflejos como para aceptar lo inesperado y obrar en consecuencia. Aunque eso no significaba que fuera a darle la satisfacción de aceptar sumisamente su voluntad...

Se detuvo ante la puerta de su dormitorio, con el corazón acelerado. Claro que quería casarse con Sloan. A pesar de todas sus sólidas y sensatas razones en contra, casarse con él era exactamente lo que deseaba. Con la mano en el picaporte, vaciló, pensando en volver a la habitación del almacén y ceder al impulso de lanzarse a sus brazos para responderle... ¡sí!

Pero no. Resueltamente, abrió la puerta. No le facilitaría tanto las cosas. Si Sloan la quería realmente, entonces tendría que esforzarse un poco más.

De repente, cuando ya había cerrado la puerta, un brazo le rodeó la garganta. Forcejeó instintivamente, utilizando las dos manos para liberarse al tiempo que se esforzaba por tomar aire. Hasta que sintió en la sien el frío y duro contacto del cañón de una pistola.

-No te muevas -le susurró una voz al oído-. Quédate quieta, muy quieta. Por tu propio bien.

Obediente, Amanda dejó caer lentamente los brazos a los lados, pero su mente estaba trabajando a toda velocidad. Los niños estaban abajo. Su seguridad era lo primero. Y Sloan... estaba segura de que Sloan aparecería en cualquier momento, furioso, con intención de proseguir la discusión.

-Así está mejor -la presión del cañón se atenuó un tanto-. Si gritas, habrá gente que resultará herida... empezando por ti. Y no creo que quieras eso -vio que ella negaba

con la cabeza-. Bien. Y ahora...

De pronto, maldiciendo entre dientes, la agarró nuevamente con fuerza. Sloan se aproximaba por el pasillo.

-¡Calhoun! Todavía no he terminado contigo.

-No te muevas lo más mínimo -advirtió el hombre a Amanda, arrastrándola hacia atrás-. O lo mataré.

Amanda cerró los ojos y rezó.

Sloan abrió la puerta. La habitación estaba a oscuras, y en silencio. Mientras permanecía en el umbral, rezongando, Amanda se apretaba contra una esquina, consciente de que la pistola estaba apuntando en su dirección. Ni siquiera se atrevía a respirar, rezando con todas sus fuerzas para que diera media vuelta y se marchara.

Pero cuando lo hizo, cuando oyó sus pasos resonando en el pasillo, no pudo menos que preguntarse si alguna vez volvería a verlo.

-Bien. Ahora que ya podemos disfrutar de un poco de intimidad, tú y yo vamos a hablar... dijo la voz, que seguía agarrándola por la garganta y encañonándole la sien... de las esmeraldas.

-No sé dónde están.

-Sí. Al principio me costaba creer eso, pero ahora ya estoy convencido de que no lo sabes. Así que haremos otra cosa. Tendremos que movernos con rapidez. Primero, el almacén. Me llevaré los papeles que todavía te queden por mirar y ordenar. Luego, para rentabilizar algo esta excursión, me llevaré también el collar de perlas de Coco y alguna que otra joya más...

-Nunca lograrás salir de la casa.

-Tú déjame eso a mí -había un leve matiz de placer en su voz, como si estuviera disfrutando del desafío que aquella situación entrañaba-. Vamos a ir tan sigilosa como rápidamente al almacén. Si intentas alguna heroicidad, te aseguro que te arrepentirás.

Evidentemente Amanda no se atrevía a intentarlo, con los niños tan cerca. Pero el almacén, pensó mientras se dirigían hacia allí... era otro asunto.

Sloan había dejado encendida la luz. Los restos de su improvisado picnic seguían

en el suelo. El aire olía levemente a fresas y champán.

-Qué bonito -murmuró Livingston, y cerró la puerta a su espalda-. Me habría con venido mucho más que hubierais organizado esa sesión de espiritismo, pero es lo mismo -la soltó, pero sin dejar de encañonarla.

Amanda lo miró. Iba vestido todo de negro, con una bolsa de cuero cruzada sobre el pecho. Llevaba guantes de plástico.

-¿No vas a hacerme ninguna recriminación, Amanda? -arqueó una ceja al ver que no decía nada-. Esperaba que tú y yo pudiéramos disfrutar algo mientras yo realizaba mi trabajo, pero... Basta de charla: no perdamos el tiempo -sacó de su bolsa de cuero un petate, que desdobló rápidamente-. Mete aquí todos los documentos de esas cajas.

Amanda se inclinó para recoger el petate, que había lanzado al suelo.

-Veo que has perdido tu acento británico.

-Ya no tiene sentido conservarlo. Date prisa -entrecerró los ojos-. Mucha prisa.

Comenzó a introducir los papeles en la bolsa. Le estaba robando la historia de su familia, pensó furiosa.

-Estos papeles no te servirán de nada.

-Me extraña, porque en caso contrario tú no estarías perdiendo el tiempo con ellos -adoptó una postura casi relajada, mientras permanecía de pie, entre ella y la puerta-. Eres demasiado práctica. ¿Sabes? Conozco bastante bien a tu familia. Por eso decidí concentrarme en ti, la más eficaz y sencilla, sin dobleces, de las mujeres de la familia Calhoun.

Amanda decidió atacarlo a través de su ego, pensando que tal vez fuera ese su punto vulnerable.

-Espero que no llegaras a imaginarte que me iba a enamorar de ti -le lanzó una mirada cargada de frialdad-. Tú no eres mi tipo. Nunca lo has sido.

Aquel comentario produjo el efecto deseado. Al parecer, su vanidad era tan enorme como su ambición.

-Es una pena que la falta de tiempo me impida comprobar esa afirmación. Quizá, cuando vuelva, retomemos lo que dejamos pendiente.

-Incluso aunque logres escapar, jamás volverás a esta casa.

-Ya lo veremos -sonrió-. El haberme topado contigo esta noche ha complicado un poco mis planes, pero eso no me impedirá alcanzar mi objetivo final. El collar. Me muero de ganas de tenerlo. Algunas joyas tienen poderes, y tengo la sensación de que ese collar también. Es como un fuerte presentimiento.

Pero, de pronto, el ambiente de la habitación parecía haberse tornado frío, helado. La expresión de los ojos de Livingston cambió también.

-Corrientes de aire -murmuró, incómodo-. Este lugar está lleno de corrientes de aire.

Amanda también lo sentía. Y lo reconoció, como buena Calhoun que era.

-Es Bianca -pronunció, y a pesar de la pistola, y de sus escasas posibilidades de escapar, se sintió completamente a salvo-. No creo que ella quiera que te lleves sus papeles. Ni su collar.

-¿Fantasmas? -se echó a reír, pero no las tenía todas consigo. Aunque podía ver con sus propios ojos que nada había cambiado en la habitación, ya no estaba seguro de encontrarse completamente a solas con Amanda-. Eso no es muy propio de ti.

-Entonces, ¿por qué estás tan asustado?

-No estoy asustado, simplemente tengo prisa. Ya basta -sintió el desesperado impulso de salir de aquella habitación, de aquella casa. Un sudor frío le corría por la frente-. Carga tú con el petate. Dado que esto nos ha llevado más tiempo del que había calculado, prescindiremos por el momento de las perlas de Coco. Vamos, sal a la terraza.

Amanda se planteó por un instante arrojarle el saco y salir corriendo. Pero, si huía, Livingston se quedaría con los papeles. Con el saco al hombro, intentó abrir la puerta.

-Está atascada.

Tan nervioso estaba Livingston, que se adelantó para luchar con la vieja cerradura. Amanda hizo acopio de todo su valor, y en el instante en que se abrió la puerta, le puso una zancadilla, lo empujó con todas sus fuerzas y después echó a correr.

Con la idea de alejarlo de su familia, se dirigió hacia el ala oeste. Mientras subía el primer tramo de escaleras de piedra, llamó a gritos a Sloan. El pesado saco daba botes a cada paso. Podía oír a William tras ella, acercándose cada vez más, y logró doblar una esquina al tiempo que la primera bala se empotraba en un muro.

No se detuvo para recuperar el resuello, aunque le ardían los pulmones. Aquella noche de mayo era terriblemente calurosa después del repentino frío que había hecho en el almacén. El aire estaba sofocante, cargado de la amenaza de lluvia.

La sensación de seguridad, que antes había experimentado en el almacén, se había evaporado. Ya no contaba con ninguna ventaja, excepto su conocimiento de aquel complejo laberinto de escaleras y terrazas. A cada segundo estaba más nerviosa, luchando por abrirse paso en la oscuridad y con la creciente certeza de que jamás lograría escapar por sus propios medios...

Pero fue entonces cuando vio a Sloan al fondo del pasillo, dirigiéndose hacia ella en sentido opuesto. Su alivio duró solo un instante, hasta que oyó un nuevo tiro.

Sloan le gritó algo, antes de echar a correr como un toro furioso; sin armas, ciego de furia, cargaba contra un hombre armado. Sin vacilar, Amanda se giró en redondo y arrojó el petate lleno de papeles contra Invingston. Mientras William agarraba el saco y daba media vuelta para huir, ella alcanzó a escuchar voces procedentes de la casa: el llanto de Jenny, los frenéticos ladridos de Fred. Ansiando protegerlo tanto como buscando su protección, siguió corriendo hacia Sloan.

Pero cuando lo alcanzó, con los brazos extendidos, él la apartó bruscamente.

-Refúgiate en la casa. Voy por él.

-¡Tiene un arma! -le dijo, agarrándose desesperada a su brazo-. No vayas.

-He dicho que te refugies en la casa -y, liberándose, echó a correr.

Con el corazón en la garganta, Amanda vio que saltaba por una ventana para descender trepando hasta la terraza inferior. Decidida a alcanzarlo, se disponía a bajar por las escaleras cuando se abrió una puerta y apareció Lilah.

-¿Qué diablos está pasando?

-Llama a la policía -le ordenó, sin detenerse.

Pero entonces sonó otro disparo, procedente del exterior de la casa. Temiendo por la vida de Sloan, bajó a la carrera las escaleras, siguiendo el sonido de unos pasos apresurados y los ladridos de Fred. Salió a la calle. Todo estaba oscuro, sin una sola luz. En su apresuramiento tropezó una vez, lastimándose las manos con la gravilla del sendero. Oyó una maldición ahogada y el chirrido de unos neumáticos. Luego, por un instante, un aterrador instante, solo pudo oír el rugido del mar y del viento, por encima del atronador latido de su corazón.

Las piernas le temblaban mientras descendía por la cuesta, tan cegada por el miedo que ni siquiera vio a Sloan hasta que chocó contra su pecho.

-¡Oh, Dios mío! -le acunó el rostro entre las manos-. Creía que te había matado.

Pero Sloan estaba demasiado preocupado por la huida de Livingston para apreciar debidamente su preocupación.

-¿Estás bien?

-Sí, sí, estoy bien.

-Estás sangrando -exclamó, consternado-. Tienes sangre en las manos.

-Me caí -apoyó la cabeza sobre su hombro-. Estaba tan oscuro que no podía ver nada -luchando por contener las lágrimas, se aferró a él mientras Fred aullaba a sus pies. De repente, al tomar conciencia de lo sucedido, se apartó bruscamente-. ¿Es que estás loco, para haber corrido hacia él de esa manera? Te dije que estaba armado. Pudo haberte disparado.

-Y a ti -le espetó Sloan-. ¿No te dije que te refugiaras en la casa?

-Yo no acepto órdenes tuyas.

-Estáis los dos vivos -exclamó en aquel instante Lilah, corriendo hacia ellos con una linterna en la mano-. Os he oído discutir desde el final del sendero -de repente descubrió un reguero de papeles en la carretera-. ¿Qué es todo esto?

-Oh, se le deben de haber caído -Amanda se agachó para recogerlos.

-Debió de ser cuando Fred le mordió la pierna -comentó Sloan, ayudándola.

-¿Que Fred lo mordió? -preguntaron Amanda y Lilah al unísono.

-Y bastante, a juzgar por el escándalo que se ha armado. Pudimos haberlo capturado, pero tenía el coche aparcado en la carretera.

-Y también pudo haberte matado -le recordó de nuevo Amanda.

-¿Quién era? -les preguntó Lilah, ayudándolos a recoger los papeles.

-Livingston -respondió Sloan, y soltó una sarta de maldiciones-. Tu hermana te podrá contar todos los detalles.

-Sí, pero dentro -sugirió Lilah-. La familia está muy nerviosa.

-¿Has llamado a la policía?

Lilah había salido de casa descalza. Al oír ladrar al cachorro, sonrió.

-Sí, y yo diría que están en camino, porque Fred ya ha oído las sirenas.

Amanda le entregó una brazada de documentos y siguió recogiendo más. En la puerta de casa apareció de pronto Suzanna, armada con un atizador.

-¿Todo el mundo se encuentra bien?

-Sí, perfectamente -respondió Amanda, cansada-. ¿Y los niños?

-En el salón, con tía Coco. Oh, cariño, tus manos...

-Solo son unos arañazos.

-Voy a buscar un poco de antiséptico.

-Y un poco de brandy también, por favor -añadió Lilah, antes de dejar los papeles sobre la mesa del vestíbulo.

Veinte minutos después, y una vez informada la policía de todo, la familia volvió a reunirse para analizar lo sucedido.

-Y pensar que invitamos a... a ese ladrón a cenar -pronunció Coco, con la mirada fija en su copa de brandy-. Le prepararé incluso un soufflé de chocolate. Y él, durante todo el tiempo, ideando la manera de robarnos...

-La policía lo agarrará -intervino Alex.

-Creo que ya han sido suficientes emociones por esta noche -lo besó Suzanna.

-Se llevó la mayor parte de los papeles -suspirando, Amanda miró los documentos que habían logrado reunir, apilados sobre la mesa del salón-. Espero que Fred le diera un buen mordisco.

-Bien hecho, Fred -Lilah acunaba al cachorro en su regazo-. Y no creo que esos papeles le sirvan de algo a Livingston. No será él, sino nosotras, las que encontraremos las esmeraldas.

-Ni siquiera le daremos esa oportunidad -comentó Sloan, sombrío-. No con el sistema de alarma que voy a instalar -miró a Amanda, como desafiándola a que lo contradijera, pero ella tenía la mirada clavada en uno de los documentos.

-Es una carta -murmuró-. Una carta de Bianca a Christian.

-¡Oh, Dios mío! -Coco se inclinó hacia ella-. ¿Qué dice?

Amor mío,

Te escribo esta carta mientras la lluvia sigue cayendo, alejándome de ti. Me pregunto lo que estarás haciendo, si estarás pintando hoy con esta luz tan gris, pensando en mí. Cuando me encierro sola aquí, en mi torre, lejos de la realidad de mis obligaciones, me dejo llevar por los recuerdos. Recuerdos de la primera vez que te vi, de pie en los acantilados. De la última vez que te toqué. Estoy rezando para que salga el sol, Christian, para que podamos seguir creando más recuerdos. No te puedes imaginar lo mucho que me has hecho cambiar, lo mucho que ahora pueden ver mis ojos, ahora que ven con el corazón. ¡Qué vacía habría sido mi vida sin estos momentos que hemos pasado juntos! Ahora sé que el amor es un bien escaso, raro, de inestimable valor. Es algo digno de ser atesorado y conservado con cariño. Recuerda, incluso cuando se nos acabe nuestro tiempo de estar juntos, que siempre atesoraré tu amor. Tu amor, que vivirá en mi corazón mucho después de que deje de latir.

Bianca

Coco soltó un suspiro nostálgico, soñador.

-¡Oh, cuánto debieron de haberse amado!

Amanda alisó cuidadosamente la carta, lamentando que se hubiera arrugado tanto.

-Supongo que nunca tuvo oportunidad de enviársela. Durante todos estos años estuvo mezclada con facturas y recibos.

-Y esta noche la hemos encontrado nosotras, y no Livingston -le recordó Lilah.

-Suerte -murmuró Amanda.

-El destino -insistió Lilah.

Cuando sonó el teléfono, Amanda fue la primera en contestar.

-Es la policía -informó, antes de escuchar atentamente-. Entiendo. Sí, gracias por avisarnos -colgó, suspirando-. Parece que ha escapado. No volvió al BayWatch para recoger sus cosas.

-¿Cree la policía que volverá aquí? -alarmada, Coco se llevó una mano al pecho.

-No, pero mantendrán vigilada la casa hasta asegurarse de que haya dejado la isla.

-Supongo que a estas alturas ya estará camino de Nueva York -comentó Suzanna-. Y si se le ocurre volver, estaremos preparadas.

-Más que preparadas -asintió Amanda-. Ya están dando al público su descripción física, pero... bueno, supongo que ya no podemos hacer nada más por esta noche.

-No -Sloan se le acercó-. Todavía queda algo -levantándola del sofá, se la llevó fuera del salón. Tendréis que disculparnos.

-Ellas te disculparán, pero yo no -protestó Amanda-. Suéltame.

-De acuerdo -le soltó el brazo, pero al momento la alzó en vilo y se la cargó al hombro-. Contigo siempre tiene que ser por las malas.

-Hey, ino dejaré que me cargues como un saco de patatas! -forcejeó cuando Sloan empezó a subir con ella las escaleras.

-Nos habíamos dejado algunos cabos sueltos antes de que te escaparas del almacén para encontrarte de bruces con ese tipo. Y ahora vamos a atarlos. Recuerda que a ti siempre te ha gustado aclarar las cosas, Calhoun.

-Tú no sabes lo que me gusta o lo que no me gusta -consiguió darle un puñetazo en la espalda-. Tú no sabes nada.

-Entonces ya es hora de que lo sepa -abrió de una patada la puerta de su dormitorio, entró y la dejó caer sobre la cama-. Siéntate. Vamos a resolver esto de una vez por todas.

Pero Amanda se cubrió el rostro con las manos y estalló en sollozos. Los acontecimientos de las últimas horas habían ido acumulando en su interior una tensión que se desbordó de golpe. Con un gemido, Sloan se le acercó.

-No hagas eso, Mandy.

Amanda se limitó a negar con la cabeza y siguió sollozando.

-Oh, por favor -insistió con voz suave, arrodillándose frente a ella-. Lo siento, cariño. Sé lo mal que lo has pasado esta noche. Sé que debería haber esperado, pero... -maldiciéndose, le acarició un brazo-. Mira, pégame, si así te sientes mejor.

Amanda aspiró profundamente y le propinó un fuerte puñetazo, que lo tumbó de espaldas. A través de un velo de lágrimas, vio cómo se pasaba el dorso de una mano por la boca.

-Vaya, me había olvidado de lo literal que siempre has sido -se quedó sentado en el suelo-. ¿Ya has terminado de llorar?

-Creo que sí -se sacó un pañuelo del bolsillo-. Te está sangrando el labio.

-Ya -se dispuso a aceptar el, pañuelo, pero Amanda ya le estaba limpiando la sangre. Se echó a reír-. Dios mío, sí que pegas fuerte.

-Te está bien empleado por haberte tomado esto como un juego. Tuviste suerte de no acabar tumbado boca abajo en la carretera, con un tiro en la cabeza.

-¿Por eso estás tan enfadada? ¿Por qué salí en persecución de Livingston?

-Yo te dije que no lo hicieras.

-Hey -la tomó de la barbilla, mirándola a los ojos-. ¿Crees que me iba a quedar de brazos cruzados después de que hubiera disparado contra ti? De lo único que me arrepiento es de no haber podido cazarlo.

-Esa es una estúpida actitud machista -le dijo, aunque se dejó acariciar la mejilla.

-Es la segunda vez en esta noche que me has llamado estúpido. Me gustaría volver a la primera vez que me lo llamaste.

Amanda se retrajo instantáneamente.

-No quiero hablar de ello.

-Es una pena. Pero lo nuestro sigue pendiente. ¿Por qué reaccionaste con tanta agresividad cuando te mencioné lo del matrimonio?

-¿Que me lo mencionaste? Más bien me lo ordenaste.

-Yo solo te dije que...

-Lo diste por sentado -lo interrumpió, levantándose-. Solo porque te ame, porque hayamos hecho el amor, eso no te da derecho a dar nada por sentado. Ya te había dicho que tenía mis propios planes.

-Yo también tengo planes, y necesidades. Y resulta que tú figuras en todos ellos. Te amo, maldita sea. Tú eres la única mujer a la que he necesitado realmente en mi vida. La única con la que he deseado compartir mi vida, tener hijos, fundar un hogar. Dios sabe por qué, cuando eres tan terca como una mula, pero es así y no puedo evitarlo.

-¿Entonces simplemente por qué no me lo pediste?

Desconcertado, sacudió la cabeza.

-¿Pedirte el qué?

Amanda se puso a pasear por la habitación, inquieta.

-Mira, no espero que te arrodilles ante mí con una mano en el corazón. Pero quizá un poco de música de violines no haría ningún daño -musitó-. O unas velas...

-¿Música de violines?

-Olvídalo -se detuvo para mirarlo, con las manos en las caderas-. ¿Crees que porque soy una mujer sensata y racional no necesito algo de romanticismo? Te

presentas aquí, cambias toda mi vida, me haces amarte hasta la locura, y ni siquiera tienes el detalle de hacerlo bien, correctamente.

-Espera un poco -alzó una mano-. ¿Me estás diciendo que estás enfadada porque no te hice una petición de matrimonio más elaborada, al estilo tradicional?

-Simplemente ni siquiera me lo pediste -replicó Amanda con los ojos brillantes-. ¿Por qué habrías de hacerlo? Ya sabías la respuesta, ¿no?

-Espérame un momento -le pidió de repente, y salió del dormitorio.

-Típico -le gritó Amanda, y se dejó caer en la cama. Seguía rumiando su furia cuando volvió Sloan-. ¿Y ahora qué? -preguntó.

-Solo será un momento -dejó sobre la cómoda la grabadora que llevaba en la mano, y se sacó del bolsillo una caja de cerillas. Sistemáticamente empezó a encender todas las velas de las que se había provisto. Una vez realizada esa tarea, apagó las luces.

-¿Qué estás haciendo?

-Creando el ambiente adecuado para escenificar mi petición de matrimonio sin que me la arrojes a la cara.

Amanda saltó de la cama, con la barbilla bien alta.

-Y ahora te estás riendo de mí.

-No, ni hablar. Maldita sea, Amanda, ¿vas a seguir discutiendo conmigo durante toda la noche o me vas a dejar que arregle las cosas?

Había tanta desesperación en su voz que Amanda se calló, reflexionando. Advirtió que no parecía muy cómodo con aquella situación, y no pudo evitar sonreírse. Estaba haciendo todo aquello por ella. Porque la amaba.

-Te dejaré intentarlo. ¿Qué es eso? -señaló la grabadora.

-Es de Lilah -pulsó el botón del play. Una suave melodía de violines resonó en la habitación. La sonrisa de Amanda se amplió, al tiempo que se le aceleraba el corazón.

-Es muy bonita.

-Tú también, y debería habértelo dicho más a menudo -le tendió una mano.

-No es un mal momento para empezar -se la aceptó.

-Te amo, Amanda -con exquisita delicadeza, le acarició los labios con los suyos-. Amo a todas las mujeres que hay en ti. A la que hace listas de todo y guarda cuidadosamente sus zapatos en el armario. A la que le gusta nadar en el agua helada, y disfrutar de unos momentos de soledad. A la mujer increíblemente sexy que descubrí en la cama, y a la mujer firme y decidida, que sabe lo que quiere.

-Yo también te amo. Hablaba en serio cuando te dije que habías cambiado mi vida.

Esta noche, cuando leí la carta de Bianca, comprendí lo que debió de haber sentido. Y yo nunca volveré a sentir por nadie lo que ahora siento por ti.

Sonriendo, Sloan depositó un beso sobre su palma.

-Entonces, ¿te casarás conmigo?

Amanda le echó los brazos al cuello, riendo.

-Creía ya que nunca me lo ibas a pedir...

**Nora Roberts - Serie Las mujeres Calhoun 2 - Un hombre para Amanda
(Harlequín by Mariquiña)**